Rubén Hernández H.

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Descargar en .pdf

Versión en inglés bajo el título "Creole" por el Dr. Ignacio Nohuitol.

Capítulo 0

Capítulo A

San Just Desvern era un pueblo pequeño al norte de España, cerca de Barcelona. La plaza de la Creu bordeada por la parroquia, el mercado y las masías, granjas enclavadas en las montañas, que le daban vida al pueblo. Calle arriba se distinguía la Can Bassols , masía del notario, con despacho en la planta baja y tres hermosos balcones con herrería churrigueresca, con macetas que dejaban caer las begonias adornando la fachada.

El notario Bassols, todavía de luto por la muerte de su hijo, tenía visita: su joven nuera, recién viuda. La acompañaba la madre y su pequeña hermana, Lucha.

Salió el notario a recibirlas al patio, Toña y Samuel llevaban las maletas de la tartana al cuarto "del calor", recámara orientada hacia el sur y la única con ventana al poniente, que la hacía la más agradable en esa época de invierno, los cuatro observaban junto a la fuente cómo subían el equipaje, dos baúles negros y dos maletas de piel, una todavía con las iniciales de Fernando.

La visita de su nuera no era precisamente de cortesía, esa parte del norte de España era asolada por la guerra y ante la entrada de los nacionalistas temían que tomaran venganza por Fernando, bien conocido idealista republicano.

El notario, de poco menos de cincuenta años, con canas incipientes, se conservaba en forma por los diarios recorridos a caballo por las tres masías, paseo que aunque forzado, disfrutaba todas las mañanas. Su traje de tres piezas le daba la formalidad necesaria para lo que fuera su oficio en tiempos de paz.

Las relaciones con la familia de su nuera habían sido buenas, aunque escasas; la belleza y elegancia de Carolina no pasaban desapercibidas al notario, su gracia, casi infantil, lo había cautivado desde el día en que se la presentó su hijo. Terminaron de subir el equipaje, después de agradecer la hospitalidad, las tres se retiraron a la recámara.

Ya caída la tarde se reunieron para la merienda en el comedor pequeño, de los pájaros, le decían, por el decorado. La luz tenue de la tarde, que entraba por las dos ventanas enmarcadas en cantera, apenas dejaba notar la iluminación del candil. Carolina, totalmente de negro, conservaba su juvenil gracia aún en los trances más angustiantes, su ascendencia andaluza parecía resaltar en cuanto caminaba, se recogía su abundante cabello a manera de chongo como complemento de su vestido formal, hace poco niña que saltaba con el aro, ahora señora viuda.

La plática transcurrió evitando el tema de Fernando. Carolina no podía dejar de observar que su suegro era mejor parecido de lo que recordaba, trataba de adivinar en él los rasgos de su difunto marido, todo lo que le había contado Fernando de su padre venía a su mente, a veces le costaba seguir la conversación por estar observándolo.

Transcurrió la merienda con fluida amenidad. A pesar de la escasez, Toña se dio maña en conseguir galletas y lujo inaudito para los recién llegados: leche, misma que disfrutó especialmente la niña, Lucha, después de varias semanas de probar solo té de hierbabuena.

Así pasaron varios días, las tertulias se extendían hasta después de las diez de la noche. Era frecuente recurrir a las velas para continuar las veladas, los cortes eléctricos eran frecuentes.

Doña Carolina solo observaba callada el conversar de su hija. Una noche, al requerirla para marcharse a su habitación, Carolina le respondió con un inesperado "adeléntense, ahora las alcanzo".

Carolina se mostraba muy serena y el notario parecía estar especialmente dispuesto a permanecer con ella todo el tiempo que se le permitiera.

Había en la plática muchos momentos de silencio, nunca desagradables. El notario, aprovechando uno de esos momentos, le pidió que tocara el piano; pasaron a la estancia, junto a la sala; el notario encendió la lámpara grande ubicada en la esquina y el candelabro de cristal francés de la sala.

Ofreciéndole una copa de coñac que Carolina rechazó elegantemente, el notario levantó la tapa del piano de media cola, apoyándola en el bastón, para después deslizar el atril y levantar su tapa. Después de preparar el piano, se sentó en una silla estilo Luis XV, mientras Carolina se sentaba en el banco del hermoso instrumento checo "Petrof" que dominaba la estancia. Levantó la tapa del teclado. Sus largos dedos se deslizaron sobre el mármol ensayando "Claro de Luna", hizo una pausa, y después empezó en tono bajo Kanon en Do mayor.

La música envolvía el ambiente; desde el patio de la masía, Jesús María el caballerango detenía sus deberes con la pastura para deleitarse con el sonido del piano. Su patrón, músico renombrado en su juventud, no tocaba desde que había muerto su hijo. Acababa de llover, el aroma de las pacas de pastura y la tierra recién mojada del empedrado daban la mejor ambientación a la música que se oía a través de las grandes ventanas de la estancia.

La corriente eléctrica falló de nuevo, Carolina siguió tocando en la oscuridad la pieza de Pachebel. El notario se acercó para encender las velas de los candelabros rusos que le habían regalado junto con el piano. Los colocó en su lugar, a ambos lados del atril. Carolina seguía tocando. El notario retrocedió dos pasos para observar la escena. El perfil de Carolina, todavía juvenil, iluminado por la luz de las velas y enmarcado por el vestido negro, hacía de cada uno de sus movimientos una imagen digna del más sofisticado retrato. Terminando la pieza se recargó suavemente sobre el teclado.

-El piano es bonito, pero prefiero el violín, dijo mirando el estuche que estaba sobre una pequeña mesa cuadrada, como pidiendo permiso; el notario accedió con la mirada, Carolina bajó la tapa del teclado y se levantó hacia el violín. Al acercarse, Carolina se detuvo para observar la base de caoba manufacturada especialmente para sostener el estuche, reparó en la mesa, sobria, sin más adornos, ni siquiera el muy usado mantelillo de encaje; tenía los mismos motivos que la base.

El estuche de piel color negro, sin adornos, reflejaba un cuidado muy especial. Con cuidado retiró los dos broches y abrió el estuche. Al ver el violín Carolina se emocionó, la luz de las velas reflejada sobre la carátula del violín le provocó un deja-vú. Estaba segura que ese momento ya lo había vivido antes, quitó el broche que sujetaba al mango y tomó el violín.

Carolina volvió a dejar el violín en su estuche, no sin antes balancearlo para ver la luz reflejada en su tapa color vino, difuminado en varios tonos.

-¿Qué haces?, no, no, continúa.

Carolina dudó.

-Es una lástima que nadie toque ese violín.

Adelante, por favor -insistió el notario.

Carolina ajustó las cuerdas girando firmemente las clavijas que iban a tener la responsabilidad de sujetar las cuerdas. Tomó con cuidado el arco, que retiró del estuche con una suave presión.

Tardó poco más de diez minutos en afinar. Después, en silencio, se dirigió a la vitrina de la estancia donde estaba una charola con una jarra de agua, tomó uno de los vasos que estaban boca abajo, lo llenó hasta la mitad y tomó dos tragos.

Volvió al violín, el caminar firme en sus zapatos con tacón sevillano resonaba en la duela.

Tocó varios armónicos para checar la afinación.

Tchaikovski, concierto en Re mayor. Carolina sintió que el violín le pedía más fuerza, la caja no se alcanzaba a llenar, el sonido era puro y poderoso, sin ninguna distorsión. Carolina se tuvo que poner de pie para moverse más libremente. Sentía que necesitaba de todo su cuerpo para alcanzar el violín, después de varios intentos, sin dejar la melodía y sudando copiosamente, alcanzó todo el sonido. La sala se llenó con el embeleso del sonido puro y potente. Carolina sabía que si disminuía solo un poco el esfuerzo, se saldría de la zona. Al acabar la pieza, Carolina estaba extenuada, pero emocionada.

-¿Quién toca este violín?

-Nadie.

-¿Nadie?

-Ninguna persona, nunca.

-¿Cómo nunca?

-Nadie había tocado ese violín antes.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque yo estuve en la laudería, en Cremona, cuando lo terminaron. Es la primera vez que sale un sonido de su caja.

-¿Para quién lo compró?

-No lo compré, lo mandé fabricar -dijo sonriendo mientras la veía profundamente-. Para hacer un regalo muy especial.

Carolina no se atrevió a seguir con el diálogo.

-Qué privilegio... -cambió el tema Carolina-, para Tchaikovski, claro -bromeó mientras se limpiaba el sudor de la cara.

Se despidió amablemente, el notario dio dos pasos para despedirse con un respetuoso beso en la mano. Ninguno de los dos concilió el sueño hasta altas horas de la noche.

Carolina estaría en la masía de los Bassols más de lo que habían pensado originalmente y mucho más de lo necesario.

Capítulo B

El lodo hacía que el camión que llevaba el pesado cargamento resbalara a un lado del camino que llevaba de la troje hasta la carretera, haciendo que sus ocupantes, y los del coche que venía custodiándolo, tuvieran que bajar a pesar de la tenaz lluvia; descargaron las pesadas cajas para que el camión pudiera volver al camino, el Licenciado Bassols no escapó de la lluvia. Acordaron hacer el viaje en dos etapas hasta la carretera principal. De las quince cajas, subieron siete en el primer viaje una vez desatascado el camión, cuando se cargaba el segundo cargamento la lluvia arreció de tal forma que difícilmente se veían los unos a los otros, con el chubasco que apenas dejaba ver el camino avanzaron hasta la carretera, en donde esperaron a que amainara la tormenta; en el primer respiro que les dio juntaron las cajas en el camión y prosiguieron su viaje hasta el muelle de la guardia en el embarcadero oriente, donde ya los esperaba el barco con bandera rusa. El capitán, con una guardia de cinco hombres, recibió la carga, la lluvia continuaba, aunque muy menguada; el capitán le dijo en mal español que esperaba los papeles, el notario se los extendió, viendo sin entender los documentos, hizo un garabato en uno de ellos y lo devolvió con gesto ?rme, al volver al coche el notario vio que las cajas estaban apiladas de dos en dos, cosa extraña, pues debería haber una non, puesto que eran quince, decidió no aclarar el punto en esas circunstancias, sobre todo cuando la lluvia arreciaba nuevamente y el capitán subía por la escalerilla envuelto en su gruesa gabardina negra.

El notario esperó en el coche por si había alguna reacción por parte del capitán, pasó el tiempo y no percibía ningún movimiento, subió por una empinada calle hasta donde se encontraba una hostería desde donde se podía ver el muelle; pidió una habitación con ventana al mar, pasando la ropa mojada a la señora de la hostería para ponerla a secar contra el fuego de la chimenea.

Todavía no habían restaurado el agua corriente en esa zona, por lo que pidió los jarros de agua para tomar un baño, todo mientras observaba el buque, que, contra el cielo oscuro bamboleaba en el muelle, se quedó dormido en la tina, al despertar se paró a ver el barco por la ventana, ya no estaba en el muelle, alejándose en la lejanía distinguió el barco a lo lejos al iluminar un rayo el horizonte.

Se cubrió con una sábana y fue a recoger su ropa, todavía húmeda, pero ya no mojada, dejó varias pesetas sobre la mesa de atención y salió a la calle nuevamente, donde el aire frío con la brisa le recordaba que ya se acercaba el invierno. Llegó con prisa hasta el lugar donde se había atascado el camión, iluminando el lugar con el faro de mano, notó la caja faltante, una tabla estaba desprendida, con la tormenta se les había pasado subir la caja al camión. Tomó la llave de cuña de su auto y quitó la tapa de la caja, a pesar de que estaba enterado del contenido, no dejó de impresionarse al ver las barras de oro, que alcanzaban a reflejar el brillo del faro del coche. Subió las veintitrés pesadas barras a su coche. Las hojas de muelle quedaron totalmente horizontales con el peso.

Era seguro que se las reclamarían, lo mejor era tenerlas a la mano, en esos tiempos los republicanos ya estaban muy nerviosos, por mucho menos habían matado a más de cien, las metió repartidas en la parte trasera del coche junto con los restos de la caja y se fue manejando cuidadosamente durante más de una hora hasta la parte trasera de su propiedad, antes de llegar volteó el coche en dirección contraria, hacia la orilla del río, en donde había un pequeño sauce, a sus pies estaba un cobertizo escondido entre la hierba, en donde guardaba papeles confidenciales que no consideraba destruir, sacó los papeles y metió el oro, para después acomodar los folios en la parte de arriba con el fin de evitar el olfato de los perros curiosos, cerró nuevamente el cobertizo, lo cubrió con la misma hierba y dio vuelta para tomar la gran vía y salir a su casa por la parte de adelante, el sol todavía tardaría en salir en esa larga noche de invierno.

Los rumores de que los falangistas estaban cerca eran insistentes, se vieron confirmados cuando la municipalía fue abandonada y quemada por los republicanos en huida. Marcos, el vecino de enfrente, fue a avisar que los muelles ya habían sido tomados. Era solo cuestión de horas para que llegaran las tropas nacionalistas al pueblo, había incertidumbre por todas partes, se decía que en el pueblo vecino habían diezmado a todos los sospechosos de ser rojos. En todo caso, en el puerto se hablaba de más de quince mil ejecutados, unos por haberla y otros por tenerla, los que no por los republicanos, ahora por los nacionalistas, desde el treinta y seis había sido tarea del padre Antoni esconder gente, y disfrazarse él mismo, murió fusilado por la gente de Azaña.

Capítulo C

Se hizo una junta en casa del notario con las personas del pueblo que pudieran aportar algo de dinero para ofrecer a los falangistas, con el fin de que no arrasaran la plaza, de los que estaban allí, solo unos pocos no habían perdido todo con la guerra, sin embargo se juntaron monedas de oro suficientes para lograr que no se hiciera allanamiento raso, y, lo que era más importante, que no se fusilara a los que de alguna forma habían colaborado con el gobierno republicano.

Carolina grande quería conseguir el salvoconducto para llegar a Cádiz, los cambios eran muchos y frecuentes, la situación en Madrid todavía no se normalizaba y viajar era un riesgo grave para cualquiera.

-Licenciado, lo buscan en su despacho, un señor Bruno -Toña hizo el gesto que hacía cuando no le agradaba el visitante.

El Notario cruzó el patio hasta llegar a la puerta lateral de su despacho, cuarto amplio y oscuro, con las ventanas cerradas. Después de sentarse en su sillón de piel, recibió a una persona alta, mal rasurada y con ropa que en algún tiempo fue elegante.

-Yo soy uno de los que iban cargando las cajas hasta el puerto -al oír las palabras "cajas" y "puerto" pronunciadas en la misma frase, el licenciado sintió que por el estómago le corría un escalofrío y el vacío detrás de las rodillas casi lo vence.

El notario no respondió, se le quedó viendo inquisitivamente.

-Yo también me di cuenta de que había faltado una caja, de hecho, tomé una barra de oro antes de que usted llegara, con la que salí de muchos apuros, me he dado buena vida, pero me robaron y ahora he tenido que venir hasta usted a ver si me presta dinero para comer.

-¿Cuánto quieres? -le respondió secamente.

-Con tres mil duros estaría bien.

-¿Y cuánto tiempo te durarán?

-Mucho, he aprendido a cuidarlos.

-No los tengo, tendrás que volver en unos días.

-Usted me dirá.

-Ven en una semana.

-Deme cien pesetas para no pasar hambres.

El notario sacó su cartera y le dio las pesetas.

-Hasta el lunes; ¿su nombre?

-Bruno.

El notario se dejó caer pesadamente en su sillón, sabía que de este problema no iba a salir fácilmente.

Capítulo D

Pasaron los meses, la situación se fue normalizando paulatinamente con la llegada de los nacionalistas, que impusieron a un capitán al mando de la plaza. Doña Carolina había decidido partir al sur con su familia, el gran descontento fue darse cuenta de que su hija Caro no la acompañaba, ella se quedaría en la masía, para vender una finca que le había dejado Fernando en el centro de Barcelona. Doña Carolina hizo uso de todo su poder de convencimiento y hasta de chantaje para llevarse a Caro, pero no fue posible, tuvo que partir acompañada solamente por Lucha.

Había tenido noticias de que su hijo Patxi había escapado y se había ido a esconder a Madrid, ahora que Franco había llegado al poder su hijo estaría en peligro aún mayor. Ya habían matado a Fernando, su amigo y cuñado. Solo era cuestión de tiempo, tenía la esperanza de que hubiera huido a México, decían que había muchas posibilidades, pero no había noticias. Dejó los papeles de sus propiedades firmadas al notario para que las pusiera a la venta, los documentos llenaban dos cajas medianas de cartón, con agradecimiento hacia el notario, quien les adelantó una buena suma a cuenta de la venta de sus propiedades.

El notario Bassols había resultado muy favorecido con las ventas ficticias que le había hecho mosén Tenas, para evitar que les confiscaran sus propiedades, buena cantidad de casas y terrenos que nadie sabía que eran propiedad de la iglesia quedaron en manos del notario, quien no se apresuró a devolver ninguna, sobre todo porque no había quien se las reclamara, el fraile con el que hizo la operación había muerto desde los primeros días en que entraron los rojos.

La situación económica distaba mucho de ser buena, las carencias eran muchas, el hambre era generalizada, los hurtos eran cosa de cada día, los campos de las zonas afectadas todavía no producían más que unas pocas patatas, los caminos estaban destrozados; Alemania, que había ayudado a Franco, estaba en guerra con media Europa. El gobierno de Estados Unidos veía con recelo al Generalísimo: había que rascarse con sus propias uñas.

Capítulo E

Pasó el tiempo, el entendimiento de Carolina con el notario Bassols era evidente.

Carolina resultó embarazada: lo que no había podido con Fernando resultó con su padre, tuvieron una hija.

El notario ideó un plan, Carolina fue a vivir a la masía "Verns", que había dado en vida a Fernando, su hijo. Casó en papeles a Carolina con un soldado aragonés, mismo que murió convenientemente dos meses después de la boda, era uno de tantos nacionalistas que nadie conocía y que había dado la vida por su patria, solo que oficialmente todavía estaba vivo, era uno de tantos que tenían su tarjeta de difunto, que al notario correspondía oficializar junto al capitán en turno de lo forense. Eran tantos que nadie notó que faltara la tarjeta. Una fotografía tomada del archivo general puesta en un elegante marco daba algo de credibilidad al matrimonio, harto sospechoso para todos en el pueblo.

Carolina tuvo a su hija amparada por una conveniente viudez, de un marido al que nunca conoció, y con un retrato de otro del que no tenía idea de su existencia. Para su hija siempre sería su padre.

Almudena ya tenía dos años, al notario le decía "tiíto", diminutivo poco comprometedor.

Capítulo F

Bruno se había conformado con módicas cantidades mensuales, era lo que se podría llamar un chantajista mesurado, solo utilizaba el dinero para vivir sin privaciones, su sueldo de oficinista en correos no era tan malo y el dinero que le daba el notario no era poco, vivía él solo, vivía bien. Esta vez llegó con un comentario que inquietó al notario:

-Están buscando los papeles del oro que salió para Rusia, en pago de las armas que nunca llegaron, si se enteran que usted fue el que dio fe de la salida del oro, lo pueden acusar de traición a la patria.

-Esos papeles se quemaron antes de que llegaran los nacionalistas.

-No le digo que no, lo que pasa es que están preguntando, un teniente llegó de Madrid haciendo muchas preguntas, solo le aviso para que esté prevenido.

Después de un tiempo, el notario fue a revisar su baúl enterrado, no se veía nada removido, con una varilla picó para constatar que estuviera el baúl, no escarbó más. Solo notó que en la superficie en donde estaba enterrado el baúl crecían plantas distintas al resto del prado.

-Habría que venir algún día a sacar el oro antes de que la naturaleza ponga un letrero -pensó el notario.

Capítulo G

Los planes para ir a vivir a México estaban avanzados, solo el notario y Carolina lo sabían, llevaban tiempo arreglándolo, ya tenían pasaportes con otra identidad, hasta una cuenta de cheques en el banco de Londres y México, Almudena estaba cada día más graciosa, empezaban a llamarla Blanca, el notario sería Abraham, querían que todo el cambio estuviera bien hecho, por supuesto los nombres debían cambiarlos por unos que no se prestaran a sospechas o que dieran pistas para que los encontraran, querían una nueva vida de todo a todo, donde fueran abuelo y nieta.

Capítulo H

-El teniente quiere hablar con usted -le dijo Bruno.

-Conmigo, ¿sabe mi nombre?

-Por lo visto sí, según dicen estuvo también en Cádiz, en donde encontró documentos de oro salido a Rusia.

Capítulo I

Carolina le dejó la niña al licenciado, solo iba a recoger su ropa a la masía, se tardó mucho en llegar, el licenciado fue a ver qué pasaba, llevándose a la niña.

Carolina nunca regresó, el carro había sufrido una fuerte explosión, por algo salió el coche del camino y se encontró con una mina. Carolina había muerto.

Era el segundo golpe de la vida para Bassols, pensó en quitarse la vida, era tanto su dolor. Una cosa lo mantenía en el mundo, Almudena, su hija.

Capítulo J

Tenía que dar la noticia de la muerte de Carolina a su mamá, Almudena había sufrido una crisis, se negaba a hablar palabra alguna desde que se enteró.

Estaba el notario esperando con el forense para el papeleo, frente al descuidado escritorio, las paredes amarillas, sin pintar desde antes de la guerra, el piso con partes de raído mosaico y partes con la amarilla tierra aplacada por un poco de agua.

En el escritorio estaban las formas de defunción y los anuncios para los deudores, las dos en papel amarillento con el sello de la capitanía.

Al dolor del notario se le unía el que doña Carolina iba a reclamar el cuidado de su nieta, quedándose súbitamente, de un día a otro, sin ninguna de las dos personas que más amaba. El mundo se le venía encima, Bruno le había dicho que ya estaba listo el citatorio que lo obligaba a comparecer, nada bueno podía esperarse de eso.

Al ver nuevamente los avisos de defunción se le ocurrió un plan desesperado, pero muy de su estilo; tomó varias formas y las escondió en la bolsa interior de su saco.

Pasaron todos los trámites, no podía caminar, había vuelto el estómago dos veces, al llegar el teniente le pidió permiso para llevarse el cuerpo a Barcelona, el teniente hizo un gesto de indiferencia.

Llamó a Toña por teléfono, quien lo alcanzó en la capitanía y se llevó a la niña a la masía Verns, donde vivía con su mamá. Le dio dinero suficiente y las vio partir.

Al día siguiente fue a Barcelona, hizo los arreglos con la facilidad que su oficio le brindaba, aunque en el camposanto tuvo que dar dinero a los sepultureros para que no hicieran preguntas, dejar dos lugares más en el mismo apartado no parecía tan extraño a los cansados excavadores.

Llegó a la misma posada en donde se había hospedado el día del embarco del oro. La señora no hizo preguntas.

Pasó la noche urdiendo su plan mientras miraba cómo jugaba la luz de la vela en la teja del techo, arriba de su cama.

Al día siguiente puso en práctica su plan, le dio la noticia a doña Carolina, diciéndole que habían sido los franquistas los que habían matado a su hija y a su nieta, que las habían matado a las dos el mismo día que a Patxi, y que ella y su hija Lucha no estaban seguras, que no debían permanecer más tiempo en España, y que no le debían decir a nadie de su futuro destino. Él se encargaría de conseguirles los papeles falsos para salir del país, aparte, para su manutención, les daba una cantidad bastante importante, mientras pasaba el gobierno de Franco. Lo importante era que salieran a Buenos Aires.

Había dos barcos, el "Cristóbal Colón", que partía al día siguiente haciendo escala en Cádiz, el "Marqués de Comillas" zarpaba en dos semanas, en él saldría hacia México.

Así se hizo, doña Carolina y su hijita, después de llorar en las dos tumbas, se retiraron para pasar su última noche en España.

Quedaba el cabo suelto de Patxi, que en cualquier momento se aparecería, la última noticia que tenían de él era que estaba en Madrid.

Partió el "Cristóbal Colón" llevando a la desconsolada señora y a su pequeña hija llenas de temores y angustias, agradecidas con el notario que muy bien se había portado con ellas.

El barco hizo la escala programada en Cádiz, ya para entonces doña Carolina había hecho amistad con una familia asturiana que desembarcaba en Cuba, y partiría luego a México. Lucha se entretenía en el salón de juegos, le gustaban las carreras de caballos con dados, el primer dado, el número de caballo; el segundo dado, las casillas que avanzaba: ganó dos bolsitas de chocolates Godiva.

Al llegar a Cuba les dieron la noticia de que el gobierno argentino había negado la entrada a los inmigrantes españoles, la familia con que habían hecho amistad en el barco les ofreció llevarlas con ella, iban con una familia bien acomodada en alguna parte del centro del país, Irapuato se llamaba.

Muchas personas que iban a Argentina se quedaron en Cuba para arreglar sus papeles, Carolina tomó el "Juárez II" rumbo a Veracruz. Se le hizo extraño que tardara tanto en llegar, casi dos días, según ella sabía, Cuba estaba bastante cerca.

El notario salió como esperaba en el siguiente viaje del "Marqués de Comillas", mucho más rápido que el "Cristóbal Colón". Los pasajeros eran una buena parte de la carga. El notario y Almudena viajaban en clase "cubierta A", junto con otros pocos pasajeros. La mayoría estaban acogidos a un ofrecimiento del presidente mexicano Cárdenas para recibir a cuantos refugiados llegaran, prácticamente todos venían huyendo de Franco. Los compañeros de la clase acomodada eran antiguos funcionarios republicanos que estaban saliendo con todas sus pertenencias de España.

El notario llevaba bastante equipaje, incluyendo una caja que cuidaba sobremanera: un violín en su estuche de piel.

Una vez en México, el notario se enteró que todo había salido según lo planeado, Patxi llegó, se enteró de la muerte de su hermana, sobrina y también de la muerte de su mamá y de su hermana, y una más, la del licenciado, cuyos "restos" descansaban del otro lado de la calzada interior del cementerio. Todo fruto de esa persecución franquista, según Bruno le dijo a Patxi. Bruno acompañó a Patxi al cementerio a despedirse de "sus seres queridos".

Bruno le embarcó, por encargo del notario "como última voluntad", a Nueva York, dándole una letra de cambio contra el First New York Bank por una cantidad bastante importante en dólares.

< anterior siguiente >

Amores y Acordes

Capítulo 1

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

—Qué bien soporta la comadre el dolor ajeno.

Eran las 9 de la noche; a todos los niños los habían sacado de la casa, pues iba a nacer su hermanito; doña Cuca daba gritos exigiendo el agua hervida que había encargado mientras remojaba sus trapos en una olla de peltre. El nacimiento estaba siendo complicado. Mari ya sabía que iba a tener complicaciones, este embarazo era distinto a todos los demás; doña Dolores, su suegra, le decía que eso era porque iba a ser niña, que no se apurara, que todo era normal, que las muchachas de ahora se la pasaban quejando, que ya no eran como antes. De cualquier forma prefería no decir nada; pues, en caso de ser algo anormal, iban a necesitar dinero; y ya sabía que no había de dónde sacarlo, por lo que mejor no decía nada.

El parto estaba tardando mucho, se veían salir trapos y más trapos llenos de sangre, el foco Philips de ciento cincuenta watts , comprado especialmente para la ocasión, pendía sobre el maltratado vientre de Mari, una pequeña ventana con marco pintado de color verde apenas dejaba pasar algo de aire al congestionado dormitorio. Doña Cuca decía que venía “volteado” el niño, y daba masajes para tratar de corregir su posición, pero decía que no se acomodaba. Mari tenía los labios blancos; se encomendaba a la Virgen, y entre sus penas, se acordaba de su madrina; no quería que le pusieran María, porque todas las Marías que ella conocía habían sufrido mucho en la vida. Le dijo a la Virgen: “Tú que sufriste tanto, ayúdame para que todo esto pase rápido...”. También se acordaba de lo que le decía entre murmuraciones su vecina: que ya tenía muchos hijos, que había de ir con el doctor para que la operara. Luego venía a su mente el padre Javier, que le decía que no hiciera caso de tonterías, que siempre el último hijo era el que se quería más, y que aparte cada hijo traía su torta bajo el brazo.

Afuera en la calle apenas empedrada, los niños jugaban futbol , ajenos al drama que se estaba viviendo adentro de aquella casita de dos cuartos. El futuro papá, Domingo, tomaba cerveza en la tienda de “El Vaca”, su compadre, acompañado por Lupillo , que estaba por salir a Estados Unidos a trabajar en una pizzería, riéndose de los chistes relativos a esas circunstancias, se decían que, como no podían ayudar, para qué estorbar, además ya había pasado por eso cuatro veces, y el resultado había sido el mismo: su hermana le corría a avisar que ya había nacido el niño, luego él preguntaba nervioso si “todos” estaban bien. Siempre le habían dicho que sí, y hoy no tenía por qué ser diferente.

El barrio, colonia Hidalgo, era típico de la clase trabajadora del Bajío, hermético, no cualquiera se atrevía a entrar sin asunto, una excepción era El Chicano, bueno para los golpes, podía pelear con dos al mismo tiempo, se había ganado el respeto de los vecinos, que en cierta forma lo estimaban y lo consideraban como vecino aunque no viviera ahí. La casa de Domingo estaba en la calle de Pozos, que desembocaba en el Club Atenas, club de tenis, en donde trabajaban algunos vecinos del barrio y muchos niños ayudando a recoger pelotas y en otras tareas en el club.

Mari empezaba a sentir coraje contra Domingo, su esposo, que la había metido en ese lío. También se acordaba de su mamá, quien le había pedido que se casara con alguien del pueblo, de La Unión de San Antonio, para que no se fuera lejos; de repente al acordarse de su mamá, que estaba en el rancho, se sintió tremendamente sola, ella sabía que en ese momento, si quería, acabaría todo: en pocos momentos podía quedar inconsciente y no regresar, pero pensó en su nuevo hijo y se le ocurrió otra idea: y le empezó a decir, ahora a Jesús, que le cambiaba su vida por la de su hijo, doña Cuca ya no hablaba, ni gritaba, solo trataba de acomodar al niño, doña Dolores, la suegra, ya no platicaba alegremente como hacía cuatro horas. Había llevado a Tere , la menor de sus hijas, para que viera el parto, ella decía que era para iniciarla en las cosas de la vida, pero en verdad lo que quería era disuadirla de su próximo matrimonio; y a juzgar por la cara de la muchacha, lo estaba logrando a la perfección.

—Ya, ya..., todo pasa, todo pasa... —dijo la señora Rea.

—Qué bien soporta la comadre el dolor ajeno —pensaba Mari, ojalá saliera todo bien, o que ella se muriera, no importaba, lo importante era que viviera el niño y que pasara ya, pero ya. Empezó Mari a acordarse de sucesos de su infancia.

Mari, ya delirante, se acordó que su comadre Pita, una vez le había dicho que, estando en esos trances, rezara nueve Salves a la Virgen y el niño saldría como de rayo; a pesar de su casi inconsciencia, se rió al darse cuenta de que no se sabía la Salve, por lo que decidió cambiarlas por Aves Marías.

Justo al acabar la novena sintió como si le jalaran al niño, que salió con gran facilidad de su maltratado cuerpo, luego de que la sorprendida comadrona, empapada en sudor, le diera sus nalgadas, haciendo un gesto de sabiduría y desdén pueblerino, como de quien sabe lo que hace, volteó a ver a Mari, la vio sonreír, todavía con dolor, con el trapo blanco que tenía mordiendo: se recuperaría, su expresión de dolor se mezclaba con el sudor y la felicidad de ver a su hijo llorando, sano como todos los suyos.

Al poco tiempo ya tenía al niño recargado en su brazo izquierdo, después de preguntar si estaba completo, lo llenó de besos en su cabecita; que tenía mucho más cabello que sus otros vástagos. La hija de la señora Pita estaba asombrada de ver la cara de alegría de Mari, luego de haberla visto delirar de dolor, tiene que ser mucha la alegría, pensó. Pita se dio cuenta, al ver la cara de su hija, de que su intención se había visto frustrada.

La señora Rea se alistaba para hacer los chilaquiles y dar de cenar a los que venían a ver a su comadre. Juan, su pequeño hijo, al oír de los chilaquiles se puso a dar pequeños saltos de gusto, preguntaba alegre si les iba a poner quesito arriba, haciendo con su manita la señal de espolvorearlo. Su mamá lo tomó con ternura, que momentos tan felices podían dar un poco de queso arriba de unos chilaquiles, pensó. Lo mandó a darle la nueva a Domingo, despidiéndolo con una pequeña nalgada.

El chiquillo llegó a avisarle a Domingo, quien después de hacer las preguntas de rigor, se levantó del banquito que estaba junto al mostrador de la pequeña tienda, don Pancho se apresuró a darle su abrazo, lo mismo Lupillo , y cambiaron de cerveza a brandy. Lo mismo que en años anteriores.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 2

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

No cierres puertas, normalmente el que queda encerrado eres tú.

1956, la música de Ray Coniff recorría el restaurante ‟La Playa″ en Irapuato, era el tiempo en que los caballeros se vestían de traje los domingos. Las mesas recubiertas de Formica mostraban los Sundaes , las Tres Marías y los Banana Splits .

En la parte posterior del amplio restaurante estaba el boliche, cuatro mesas, si estaba en el lugar adecuado se podían oír al mismo tiempo el sonido de las chuzas, ‟Los blancos riscos de Dover ″, el ruido de los platos al ser servidos, y las pláticas y risas propias de un restaurante siempre concurrido y muy bien iluminado por las modernas lámparas de neón.

Lucha se empeñaba en aparecer natural con su embarazo de nueve meses, su limpio cutis lucía todavía mejor debido al embarazo.

Las frecuentes discusiones entre su mamá y su suegra habían hecho que ella se integrara como elemento de decoración a la familia de Pepe, su esposo. El abandonar a su madre los domingos no sería tan difícil si no tuviera que añadirse a la familia de su esposo.

Un Ice Cream soda aliviaría el calor que sentía. El mesero traía como adelanto las galletas de barquillo Macma , cinco galletas. Lucha tomó la primera, nadie más la siguió, estaba segura de que si su suegra hubiera sido la que hubiera tomado la galleta su marido hubiera tomado inmediatamente la siguiente, pero como había sido ella nadie la seguía, solo para hacerla sentirse mal, estaba segura. Con el embarazo se había vuelto muy sentimental, lloraba por todo, y sentía que todos la ofendían. La rocola tocaba ahora ‟Tema de un lugar de verano″, a lo lejos vio a ‟Canica″, su amiga, pasar con su novio, con pasos largos y elegantes, sonriendo, segura de sí misma. Así solía ser ella, ahora no se podía ni mover por el bebé que estaba por nacer. Pepe se refería siempre a ‟el niño″, doña Trini también daba por seguro que sería varón. Lucha sentía que todo había cambiado desde que se casó, antes Pepe era todo para ella, salían con amigos mutuos, con la ‟bolita″ de amigos, ahora parecía pato con sus zapatos bajos y su panza por delante. ‟Nunca nos vamos a separar, siempre vamos a ser las mismas amigas″, estas y otras promesas quedaron en el olvido desde que salió de la Iglesia. Se oyó el sonido del vapor de la cafetera ‟La Cimbali ″ sirviendo un capuchino, luego el sonido lejano de una chuza, ahora era ‟De buen humor″, Glenn Miller , en la rocola , los sonidos se sucedían uno a otro, el mesero, el ‟ Silver Fox ″, le sirvió por la derecha su copa de nieve de vainilla y la Coca Cola, una larga y delgada cuchara metálica para hacer la mezcla. Entre tantos sonidos hubo uno nuevo, suave y húmedo. No había sido espectacular, pero Lucha sabía perfectamente lo que significaba, lo que también sabía era que ella no dejaría ir su Ice Cream Soda solo porque se le había roto la fuente. —Se rompió la fuente en la fuente de sodas —se había acostumbrado a guardar sus chistes, antes los compartía escandalosamente con sus amigas, ahora hasta los chistes le causaban nostalgia, es por el embarazo, dicen, todo cambia. Terminó con calma su helado y otra galleta, después con parsimonia, le avisó a Pepe. Doña Trini la miró como se mira a una vaca —hay que llevarla al hospital—, Lucha la veía con asombro, buscó la mirada de su marido, que solo acertó a levantar las cejas: —Vamos, mi amor—. Afuera estaba el Ford Victoria, dos colores, verde fuerte debajo de la moldura y verde más claro en la parte superior. Era la avenida Guerrero, la principal de Irapuato; al salir Lucha, tal vez por el olfato más desarrollado por el embarazo, alcanzó a identificar el aroma de los ‟camarones Jackson ″, famoso plato del restaurante Cadillac , del otro lado de la avenida. ¿Y nosotros en qué nos vamos a ir?, alcanzó a decir doña Trini , tan fuerte que el señor Cuevas, propietario del restaurante, se apuró a ofrecerle llamar a un ‟sitio″. Pepe solo volteó los ojos para arriba y le tomó amablemente el brazo a Lucha para que se subiera al coche. Lucha, al notar que su esposo dejaba a su madre en el restaurante por atenderla dejó ver una amplia sonrisa, ahora no solo sería su esposa, sino la madre de su hijo; se sentó en el amplio asiento de tapiz plástico blanco y verde, Pepe movió la palanca de velocidades hasta que la aguja roja marcó la ‟D″.

Se oían los pasos de zapatos de suela dura, bostonianos , siempre bien boleados. Fumando un cigarro Raleigh , Pepe caminaba de un lado a otro en el pasillo. Lucha ya estaba con la máxima dilatación, atendía el parto el Dr. Benjamín González.

En el cuarto número 11 los familiares esperaban noticias. Ya había llegado doña Carolina, madre de Lucha, vestida en forma conservadora, falda larga de lana, suéter gris. Estaba también, por supuesto, la mamá de Pepe, doña Trini , como siempre, vestida de negro, junto a sus otros hijos, mayores que Pepe, unos sentados en la cama y otros en unas sillas verdes con brazos circulares que había en el espacioso cuarto que le habían asignado. Pepe, ya mayor, le llevaba a Lucha quince años, y estaba allí a los nueve meses y pocos días después de haberse casado; su hermana Alicia se había encargado de llevar perfectamente la cuenta, y hubiera estado feliz de que se hubiera adelantado el parto, soltera ella, y ya grande, se deleitaba haciendo conjeturas y comentarios irónicos: en el fondo era buena gente, pero en el fondo.

Doña Trini estaba especialmente molesta porque a Pepe se le había ocurrido comprarle a su esposa una televisión antes que a ella, suficientes trabajos habían pasado para que ahora la muchachita se quede con los frutos.

Estaba también Luis, hermano de Pepe, sentado con la pierna cruzada, y deteniendo su sombrero arriba de la rodilla, resultaba de figura agradable, alargada como pintada por El Greco, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y movía la punta del zapato rápidamente en acelerado tic nervioso. Aceleraba el ritmo cuando entraba la enfermera, especialmente guapa. Se erguía sobre la silla y no dejaba de decir algún elogio a la muchacha, en tono suave, grave y prolongado, silbando ligeramente las eses.

En la sala de operaciones estaban el doctor González y su hijo, que estaba haciendo sus prácticas. La clínica, a pesar de ser la mejor de la ciudad, no era más que una casa grande, adaptada y remodelada, con sus dos tonos de verde, sus cuadros piadosos con claveles en un florero de cristal abajo de ellos; su barandal pintado de blanco daba paso a los consultorios instalados en la parte de arriba. La luz del mediodía caía directamente sobre el patio lleno de macetas con enredaderas que subían por un alambre recocido que les servía de guía.

Los ceniceros de pie tenían un mecanismo que al sumir una palanquita negra se abría el fondo en dos partes, lo que permitía que las colillas se fueran al fondo.

La anestesia hizo su efecto, pero no completamente, Lucha pensaba: "si así son los dolores con la anestesia, como serían antes". En la angustia, lo que más le preocupaba es que fuera hombrecito, pues Pepe no pensaba en otra cosa. Todo su futuro cuarto lo había adornado con motivos azules y con juguetes suficientes para que jugara hasta que tuviera 10 años, todos para niño. En caso de ser mujercita, no tendría cara para darle la noticia, pensó. En eso se acordó de las groserías que había recibido de su suegra, unas por su origen español y otras por el afán desmedido de tener un nieto hombre. Ese machismo de su suegra y transmitido a Pepe la desesperaba, nunca lo hubiera imaginado estando soltera; Carolina, su madre, la consolaba en sus preocupaciones.

La anestesia le hacía efecto, estaba medio dormida, pero el coraje contra su suegra le venía recurrente a su confundida conciencia, también veía la imagen de Carmen diciéndole:

—No cierres puertas, normalmente la que quedas encerrada eres tú.

—Puje otra vez, otra, otra vez, detenga la respiración, ahí viene, ya se ve —hora y media de trabajo de parto, por fin, después de los dolores más intensos, sintió que se liberaba por dentro el bulto que había guardado con cariñoso recelo:

—Tiene usted un precioso niño, señora —Lucha lo miró a través de las sostenedoras de piernas de la cama de expulsión, lloraba de alegría, pero pensó en lo injusta que ella hubiera sido si hubiera nacido una niña, sintió un extraño remordimiento por la posibilidad de no haberla querido tanto, pero al ver al niño, todavía mojadito, ya chillando, dio gracias a San Judas Tadeo.

Pepe apagó nerviosamente el cigarrillo al ver la enfermera salir del quirófano; se tranquilizó cuando la vio sonreír, al saber que era niño perdió un poco la compostura, y por poco le da un beso a la muchacha; se conformó con darle un repetido apretón de manos, le preguntó luego por Lucha, al saber que estaba bien, le remordió la conciencia no haber preguntado por ella antes y se dio cuenta de su error; pero por lo visto era un error común entre los padres, pues la enfermera, ya despidiéndose, hizo un gesto de "todos los hombres son iguales".

Cuando tenía a su hijo junto a ella, ya limpio y envuelto en pañales con aroma a nuevo, Lucha pensó que, a pesar del carácter dominante de Pepe, ella era la que realmente iba a educar a su hijo, y meditó en lo extraño que le resultaba el placer de pensar en limpiarlo y cambiarlo de pañales.

Pasaron catorce años, Pepino había regresado de Covington , un año escolar completo para aprender inglés, años de clases con Mrs . Muttio apenas habían servido para entender algunas frases aisladas, pero eso era cosa del pasado, lo bueno y lo malo había quedado en St . Pauls , ahora estrenaba su bicicleta: una Humber rodada 28; como todos los días pasó por Poloy , su amigo inseparable, llamando al llegar a su casa con el mismo silbido peculiar, esperaba, y al poco tiempo ya iban los dos al "Pedro", el nombre del colegio marista era más largo, pero así se le conocía comúnmente, se apresuraban a llegar temprano para tomar buen lugar en el bicicletero , y salir con menos dificultades al terminar las clases. Había que esperar al segundo recreo para gastarse el peso que le daban diario, para eso había que pasar por la clase de Moral, Aritmética e Historia correspondientes a segundo de secundaria. La más interesante era la clase de Historia, la daba " Mr . French " Camarena, sus comentarios sobre los personajes históricos, a veces exagerados, como después se daría cuenta Pepino, eran especialmente vívidos. Eran sus clases preferidas, todos en el salón le pedían que continuara sus narraciones sin importar que sacrificaran parte de su recreo. Los martes tenían ensayos con la rondalla, Pepe era el único violinista, Lucha le enseñó desde pequeño. Era una tradición familiar. El profesor Carrasco impulsaba el coro y la rondalla. Los tonos altos de David Silveti y Rubén Limas se oían en todo el colegio cuando ensayaba el coro.

Pepino era regularmente el encargado de mecanografiar los trabajos que les dejaban en grupo; desde ahí se fue dando cuenta de lo que más tarde él llamaría el "poder del lápiz", pues en caso de alguna duda en el trabajo, era muy fácil convencer a los demás de poner tal o cual cosa en el escrito final, cosa que lograba por la facilidad de ser el que realmente lo ponía o no lo ponía en el escrito. En más de una junta se acordó de esto; nunca despreció el papel de secretario en los comités, ni de apuntador en las juntas. Aunque él ponía lo que quería, las calificaciones no eran repartidas como él hubiera querido: 10 para Poloy , 9 para Miranda y ¡7 para Pepe! "¡Siquiera un ocho, para llevar un orden!", reclamaba Pepino.

El recreo de la una y cinco era el parteaguas entre las clases normales y la preparación para la salida, pues seguían clases de Dibujo, Música o Inglés; clases que irremediablemente eran las menos disciplinadas del curso. A veces, en la salida, se notaba algo distinto: menos niños de lo normal en un lado y más en otro, era señal de que había "bronca" entre dos muchachos, curiosamente duraban muy poco, solo lo suficiente para saber quién le ganaba a quién. Alcántara contra Aguirre había sido una pelea memorable, Juan Miguel ganó en esa ocasión.

Era un problema para encontrar con quién jugar tenis, el profesor Pedro no siempre quería y aparte Pepino no siempre traía los diez pesos que cobraba por clase, Don Pepe le había prometido cambiarle su raqueta Estrada Victoria por una Jack Kramer si demostraba que su tenis subía de nivel, las pelotas de tenis todavía eran blancas: Dunlop .

En ese entonces había un buen grupo de muchachos tenistas, y el ambiente, propiciado por el profesor Pedro era de agradable competencia. La Zorra era primero y después todos los demás: Carlos, La Pancha, La Perica, Mario, y mucho más abajo que ellos Pepe, más bajo en nivel de juego y en años.

Pasaban detalles en el club que se le quedarían marcados para toda la vida, uno fue cuando se dio cuenta cómo el interés propio carga el juicio en una forma absurda. Esto pasó cuando solo había dos pelotas para jugar, normalmente se juega con tres, y el bolero decía que se debía pagar más, pues era más trabajo, con actitud ilógica, pero sincera, Pepino alegó:

—¿Cuántas pelotas son?

—Dos.

—Si por bolear con tres cobras tres pesos, ¿Cuánto cobras por dos? Por supuesto que menos, ¿verdad?

—¿Cómo que menos? —alegó el bolero—. Debe de ser más, ¿no ve que es más trabajo?

El profesor Pedro, que estaba oyendo, solo movía la cabeza, sacando una pelota de su maleta, los interrumpió en su alegato:

—Aquí está otra bola —dijo, llamándolos hacia la sombra de un árbol que crecía junto a la cancha cuatro—. Pepe, si sigues pensando así, vas a tener muchos problemas en la vida —le dijo llevándolo aparte—. Mira, Pepe, en un partido de futbol , el árbitro marca un penalti, los que defienden protestan porque no les pareció, en cambio los que atacan están seguros de que estuvo bien marcado. ¿En dónde está la diferencia?

—En que cada quien ve las cosas como le convienen.

—Así es, ¿cómo puedes creer que es más fácil bolear con dos pelotas que con tres? Es absurdo. Pepe había caído en la cuenta y lo demostraba con su expresión la sorpresa.

—Es normal, no te apures —le dijo al ver su cara—. El diablo de la conveniencia convence sin ciencia. Es normal que cada quien vea para su lado, como dice Esther la de Arandas : "Cada quién que vea para su persona propia, chínguese quién se chingue".

Los dos rieron y Pepe se fue a jugar, sorprendido de lo que puede hacer la conveniencia para sesgar el juicio.

Los sábados eran agradables, pues podía salirse un poco de la rutina impuesta por su padre, era común entonces que los niños anduvieran en bicicleta por todo Irapuato, incluyendo las zonas de mayor tránsito, ese era el caso de la peluquería "La Regia", donde era muy agradable ir para leer los cuentos de Archie , Chanoc , Walt Disney , que ahí tenían por montones.

En la peluquería, el ambiente era de lo más agradable, no había prisas, el aroma era mezcla del despedido por la crema para afeitar, la loción para después y el café, en el mismo local de la peluquería había una fuente de sodas, famosa por su ambiente relajado que invitaba a jugar dominó y ajedrez, las iluminadas vitrinas ofrecían desde figuras de porcelana hasta llaveros " Hickok ", pasando por carteras, cigarreras y plumas de precio medio.

Españoles, argentinos, uruguayos; unos ex jugadores de futbol , otros colchoneros, harineros, se reunían en las tardes a jugar dominó; era el mejor lugar para perder el tiempo y no estar en casa; unos gritones, otros sabelotodo, otros observadores, otros que iban por la cuenta, todos acomodados en la monotonía de la tarde.

Ya le estaban cortando el pelo a Pepino cuando llegó su papá a la peluquería y se sentó cerca de él después de un saludo afectuoso. Tomando el "Esto" esperó a que don Juanito terminara su trabajo, Pepino lo miraba un poco intrigado, pues no era normal que estuviera fuera de la mueblería a esa hora. Al terminar, pagó los seis pesos, dio dos de propina, y salió de ahí con Don Pepe, quien extrañamente le cargó la chamarra, y luego, más extraño aún, le pidió que dejara encargada la bicicleta, pues tenían que ver "unas cosas".

Esas cosas resultaron ser los vecinos de la calle de Allende, que se habían empecinado en hacerle la vida de cuadritos a Pepe, pues no lo dejaban jugar en la calle con continuas amenazas y otras groserías de muchachos. Don Pepe le fue explicando a su hijo que había muchas cosas en la vida que era mejor darles la vuelta, pero que había otras que era necesario hacerles frente, Pepino no sabía a qué se refería hasta que vio una bolita que lo esperaba, Don Pepe al darse cuenta que su hijo miró con nerviosismo a sus vecinos, le dijo al fin que había quedado de acuerdo con ellos para que se peleara con uno de su tamaño, lo cual fue cierto, el otro muchacho era de su tamaño, pero le llevaba casi dos años de edad. La pelea estaba concertada, Don Pepe dijo mientras cargaba con nerviosismo disimulado la chamarra: —Bueno, muchachos, si han de pelear que sea así de uno a uno, ahora sí dense duro.

Luis empezó a tirar golpes en forma de "campanita", Pepe se defendió como Dios le dio a entender, duraron cuatro minutos. Lucha estaba mirando la riña desde una ventana del departamento encomendándose a Santiago Apóstol, por figurársele el más guerrero de los santos, los dos niños cayeron al suelo, donde Pepe pareció dominar mejor la situación, al quedar arriba de su oponente, cuando Don Pepe los separó. Los dos se quedaron viendo y volvieron a la pelea en repetidas ocasiones. Por fin, ya exhaustos, intervino Pepe: —Muy bien muchachos, ya se dieron bien y bonito —dijo dándole una palmada amistosa a Luis—, espero que esto haya servido de algo, vámonos a comer —le dijo a su hijo, pasándole el brazo por el hombro, lleno de orgullo. Se despidió con un movimiento de cabeza de los muchachos. Los dos contrincantes serían después amigos entrañables, y Pepe ya pudo salir a jugar a la calle. "Ten cuidado hasta en el trato con tus enemigos, se pueden convertir en tus amigos", le había dicho en tono irónico Don Pepe.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 3

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Las cosas buenas no son tan buenas si no llegan en el momento oportuno.

El Padre Silvino le dijo en forma de saludo: ‶Muchacho, ¿qué haces aquí tan temprano?″. Jaime siempre era el primero, ese día no había calculado bien y se había levantado antes de lo usual, el camino a la Parroquia, en donde se encontraba el colegio Morelos, era largo para cualquiera, menos para Jaime, que lo recorría rápidamente.

El Padre Silvino , orador reconocido en todo el estado de Guanajuato, instruido en música sacra y conocedor profundo del latín, hablaba perfectamente inglés y francés, pero no tenía el carácter tan cultivado como su cultura. Como muchos de los que se han esforzado toda su vida trabajando y estudiando en forma concienzuda, desarrolló con la edad un grado de impaciencia e intolerancia solo comparable con el orden con que preparaba sus clases y regía la Escuela de Música Sagrada.

Jaime lo vio como una figura inmensa, estaba acostumbrado al Padre Juanito , de un temperamento muy distinto. Todo vestido de negro, todavía con el sombrero puesto y su bastón en la mano, bastón famoso por sus vuelos rasantes a las áreas de castigo.

—¿Ya hiciste tu tarea? —Jaime apenas movió la cabeza afirmativamente, lleno de miedo. Al darse cuenta el padre de su temblor lo invitó a pasar a su despacho, todo en orden impecable, con olor a madera antigua, con el cuadro del obispo Zarza y Bernal colgando sobre el librero.

¡Jaime Reséndiz Herrera!, —gritó, recordando el nombre completo de Jaime—, tenía fama de saber de memoria los nombres, no solo de todos los alumnos que estaban en el colegio, sino de todos los que habían pasado por ahí. Con gesto serio, el padre tomó de su cajón un trozo de chocolate Morelia: ‶¿quieres?″. Jaime movió horizontalmente la cabeza, evitando cualquier contacto con el imponente cura. Don Silvino se sonrió: ‶Siéntate″, le dijo señalándole una silla de madera con descansabrazos acolchonados en tapiz rojo. Le puso el chocolate enfrente, todavía con envoltura: ‶tómalo, es bueno″. ‶Chocolate Morelia —se quedó hablando consigo mismo— Morelia, curas santos; Guadalajara, curas sabios; León, curas pingos ″ —movía la cabeza divertido, mientras se acercaba a la ventana, orientada hacia el sur, para recibir los amables rayos del sol en ese día de invierno.

—¿Sabes que la música es muy importante para la vida?, alguien que entienda de armonía entiende las almas de los hombres, fíjate que tiene que ver mucho con las matemáticas, me he fijado que siempre traes tus zapatos muy limpios, señal de que tienes una buena madre, pero eres algo retraído, señal de que algo no anda bien, ¿a qué se dedica tu padre?

—Es mariachi.

— Mmmh —movió la cabeza— me han dicho que eres entonado, pero no te veo buenos pulmones; si llegas diario a esta hora te podría enseñar a tocar violín, me sobra esta media hora, y desperdiciar el tiempo atenta contra el Cielo. ¡Carpe Diem !, ¿te espero mañana a esta hora?

Jaime asintió tímidamente.

—Y sirve que vemos un poquito de gramática... —dio un manotazo sobre su escritorio a forma de despedida. Jaime salió casi corriendo del despacho hacia el patio.

Llegar temprano le valió llegar a ser el mejor niño violinista de los instruidos en la escuela, y definitivamente el mejor en gramática y oratoria. Materias curiosas para un muchacho que se ganaba unos pesos ayudando a recoger bolas en el club, trataba de hallar la armonía aprendida en la escuela de música para mejorar su derecha en el tenis, con el revés nunca había tenido problemas.

Jaime tenía ya su raqueta Jack Kramer , y sus tenis nuevos ‶ Super Faro″, frutos de repetidos trueques y negociaciones, que habían empezado por un yo-yo de mariposa y unas pocas canicas ‶americanas″. Jaime guardaba los tenis con gran ilusión.

Era el día del evento, llegaron los tenistas de Irapuato, Chava Martínez; el Doctor González haciendo pareja con Manolo Taboada , Rogelio Negrete; muchachos: la Zorra , Mario y Rafa García, Carlos Martín Anguiano, Pepe, todos con el profesor Pedro Martínez Herrera. En una camioneta Guayín Galaxie venían las damas, Chofi Huerta, Carlota Kirbach , la señora Martín del Campo y Tachis Hernández.

Los partidos se llevaron a cabo sin mayores contrariedades, de no ser por los berrinches de Paco Obregón que no paraba de reclamar en cada punto al pobre bolero que le había tocado en mala suerte ayudar.

Los Hinojosa, Martín Zavala, unos perdiendo y otros ganando, pero todos contentos en confrontación deportiva hicieron que los papeles casi se emparejaran hasta llegar a los dos últimos juegos que faltaban para definir la serie: dobles, Taboada y Benjamín por Irapuato y Pepe Hinojosa y el copetón González por León, y en singles habían dejado olvidado el partido de Jaime contra Pepe, en catorce y menores.

Después de un emocionante partido ganaron en dobles los leoneses gracias al toque del "Copetón", y quedaron solo un punto abajo, dejando a Jaime la responsabilidad de empatar la serie. El partido empezó, Jaime perdió el "M o W", le tocó sol en la cancha dos, con su pequeña tribuna cubierta de teja, orientada la cancha, como todas "norte-sur", hacía diferencia a la hora de servir. Jaime sintió que los tenis que había guardado tanto tiempo ya le quedaban chicos; de tan incómodo que estaba, se tropezaba al correr tras la bola, perdió el primer set 6-0; en el cambio de lado fue a recoger sus viejos tenis Panam , desgastado el derecho por la parte de arriba por arrastrarlo en el servicio. Su contrincante venía impecablemente vestido, estrenando tenis Adidas , con shorts y playera de la misma marca, raqueta Jack Kramer , con cuerdas Víctor Imperial; lo que llamó la atención de Jaime era lo bien cortado que tenía el cabello.

Los golpes de su contrincante eran fuertes, pero erráticos, en el segundo set le bajó la velocidad a la bola y se dedicó a ver cómo perdía el punto su oponente, ya para entonces la tribuna estaba llena, cuando iba dominando el segundo set se oyó una discusión en la parte trasera de la tribuna, un anciano conflictivo dueño de una madedería alegaba que Jaime no podía jugar por ser bolero, el profesor Pedro y el copetón llegaron a un acuerdo, independientemente de si fuera válido o no el juego, iban a dejar que terminara.

El tercer set se empató a seis, tanto Jaime como su oponente se dedicaban solo a pasar la bola, el nerviosismo dominaba a los jugadores. Jaime se acordó del Padre Silvino , la armonía, no había que fijarse en una cosa, ni en la derecha, ni en el revés, ni en doblar las rodillas, ni terminar el golpe, lo importante era conservar la armonía, y sobre todo hacerla perder al otro, un golpe rápido, luego uno lento, uno corto, luego uno largo, los dos juegos finales fueron para Jaime. Un detalle práctico le sirvió a la hora de mayor presión: "piensa que tu contrincante juega feo, obsérvalo, critícalo, piensas en sus movimientos, no en los tuyos; como magia, empiezas a ganar puntos", le decía su tío Tacho.

No faltaron los conflictivos que quisieron reclamar el triunfo de la serie, alegando la condición de Jaime, lo curioso era que el que más alegaba no era de Irapuato, sino un señor de León que parecía no llevarse bien ni con él mismo, en un arranque de sabiduría el profesor Martínez habló con Martín Zavala, y decidieron platicarlo después, al final tomarían la decisión. Se acabó la comida, todo transcurrió en plena armonía, quién ganó o quién perdió, nunca se supo, lo que sí es cierto es que fue una convivencia magnífica.

Al terminar, comentaba Martín cómo había hecho para salir del aprieto, ya con algunas copas dijo alegre:

—Miren, es muy sencillo, ¿no se saben el cuento del caballo?: había una vez un ladrón que estaba condenado a muerte, pero tuvo la ocurrencia de ofrecerle al rey un trato, si él, que se decía mago, hacía que hablara el caballo, el rey le perdonaría la vida.

Si el caballo no hablaba, lo mataban de inmediato. El rey, ante ofrecimiento tan insólito, aceptó. Al llegar de nuevo al calabozo le preguntaron sus compañeros que cómo se había atrevido a ofrecer cosa tan insólita, él les respondió: miren, en un año pueden pasar muchas cosas, me puedo morir yo, se pude morir el caballo o se puede morir el rey, y ¿quién sabe?, a lo mejor hasta habla el caballo, dijo levantando los hombros.

Los ahí reunidos celebraron la ocurrencia y siguieron platicando hasta altas horas de la noche. Jaime estaba feliz de estar con ellos.

principal

anterior siguiente

Amores y Acordes

Capítulo 4

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Debes distinguir los errores de las costumbres.

La indecisión había terminado, Pepino haría la preparatoria en Irapuato y no se iría al CUM. Se complicaba estudiar la preparatoria en el Distrito Federal y, aparte, todos decían que la prepa oficial era muy buena.

Era mucho más fácil entrar al CUM que a la prepa oficial de Irapuato. Efectivamente, Pepino no pasó el examen, pero tuvo derecho a hacer un curso para poder hacer otro examen. A final de cuentas, estaba dentro. La preparatoria estaba entre árboles, en un lugar especialmente agradable, lo cual, junto a la novedad de tener clases con muchachas, le daba un atractivo especial.

Los profesionistas de Irapuato se peleaban la cátedra de la máxima casa de estudios, el arquitecto Calonge , el ingeniero Maldonado, su amigo Vaqueiro, el licenciado Méndez, el �So raquetón ″ Pérez Aceves. El nivel de exigencia era alto y los profesores buenos.

No sabía si apoyar a sus compañeros en su inusitada decisión de no asistir a clases de química con Domitila , una maestra que era especialmente estricta, la maestra estaba esperando adentro del salón con tres de los muchachos aplicados, el resto del grupo estaba agazapado en el patio lateral, Pepe, como representante del grupo, tenía que tomar la decisión, sabía que los compañeros no tenían razón en querer quitar su materia a la maestra, y sabía también que si se metía al salón iba a perder el puesto de representante de grupo.

Era una encrucijada, de pronto se acordó de uno de los múltiples consejos que le daba su padre cuando viajaban a solas por carretera: ‶Cuando sientas que la situación se te va de las manos, pide tiempo″. Y fue lo que hizo, habló con el que hacía cabeza del grupo disidente, Claudio. Le sorprendió ver que no tenían ninguna razón clara para hacer lo que estaban haciendo, pero sin embargo tenían un gran empeño por lograrlo, le pidió a Claudio, que le diera oportunidad de platicar con la maestra, para lo cual le pidió media hora, lo mismo hizo con la maestra, que accedió amablemente. Ya tenía la media hora, ¿ahora que iba a hacer con ella?, en esos momentos extrañó a Salvador, que se había cambiado de bachillerato.

Se le ocurrió hacer una comitiva con los renuentes, Pepe estaba esperando una especie de milagro para que se solucionara el problema. El milagro pareció llegar cuando Claudio y otros dos compañeros aceptaron platicar a solas. Al entrar los cuatro a un salón, la situación cambió por completo, Jorge, que hasta ahora parecía tan solidario con Claudio insinuó que no estaba tan mal la maestra, solo que era muy estricta para calificar, Claudio pareció estar de acuerdo, en eso sucedió lo inesperado, Javier, el aplicado del grupo, entró al salón a reclamar, a decir que si querían ser mediocres toda la vida, y cosas como esa; se volteó hacia Pepe y le dijo que en la vida no se podía hacer lo correcto y ser popular al mismo tiempo.

Pepe ya estaba maldiciendo la hora en que llegó, pues Claudio, Jorge y Chepo , volvieron a tomar la misma actitud defensiva, y aunque estaba de acuerdo con Javier, sintió mucho más simpatía por Claudio; seguro de que hay cierta clase de gente buena que se vuelve automáticamente antipática (y al revés). Lucha le había enseñado que estando callado muchas veces ganaba más que con el mejor discurso, sobraban todavía veinte minutos y sintió que era uno de los mejores momentos para permanecer callado. Javier siguió hablando sobre la excelencia y otras cosas por el estilo. Pepe se sorprendió de estar tan de acuerdo con él en todo lo que decía y sin embargo sentir una gran repulsión a aceptarlo y convertirse en alguien como Javier.

Finalmente Javier dijo una cita bíblica mal aplicada y salió del salón dando un portazo. Los cuatro se miraron unos a otros y se soltaron a reír. Estaba claro que Javier tenía la razón, pero más claro aún estaba que no se la querían dar, por alguna razón la popularidad está peleada con la verdad.

El ambiente se relajó, se quedaron platicando y haciendo bromas, pasó poco más de media hora. Decidieron ir con la maestra a platicar: ya se había marchado.

La situación era confusa, tenía algo de agradable porque los alumnos notaban que tenían poder, pero se notaba que no estaban muy convencidos de lo que estaban haciendo.

Al llegar a su casa, Pepe se sentó en el sillón del recibidor sin mucho ánimo, junto a su papá.

—¿Cómo vas en la escuela?

—Bien.

— Mmhh .

—Oye, papá, ¿no te ha pasado que, hagas lo que hagas, de todas formas quedas mal?

—Sí, algunas veces.

Después de contarle el problema de la prepa , siguió:

—Tú, ¿qué harías?

—Hijo, es como cuando vas en la carretera y se te atraviesa un perro, ¿lo matas o no? No es que esté bien matar perros, pero ¿que tal si, por no matarlo, te sales de la carretera y matas a los que van contigo? ¿Qué es peor? Lo bueno y lo malo no son como el agua y el aceite, si así fuera, el mundo no tendría problemas; fíjate, Hitler , dentro de toda su maldad, quería terminar con los judíos porque creía que eran la causa de todos los conflictos. Él no mató a tanta gente porque creyera que estaba haciendo un mal, él creía que le estaba haciendo un bien a la humanidad. Esperemos que nunca más pasen atrocidades como las de ese asesino, solo te lo pongo como ejemplo para que veas que hasta esos grandes crímenes van disfrazados de buena voluntad —siguió Don Pepe—. Te voy a contar un caso más cercano, Miguel, el chofer: su hija cumplía quince años, él no tenía dinero para la fiesta, tomó dinero de una cobranza, con la intención de reponerlo después, ¿hizo bien o hizo mal? Ya sabemos que hizo mal, ¿lo corres o no lo corres? Para juzgar tienes que entender lo que significa para esa gente una fiesta de quince años, su hija solo los cumple en una fecha, tenga dinero o no tenga dinero. Debes de distinguir los errores de las costumbres. Diferencia muy importante. En la vida no puedes rechazar la responsabilidad, y una de las partes más difíciles es escoger entre dos alternativas, en las que de cualquier forma vas a salir perdiendo. No hay nadie que haya hecho algo importante en la vida sin que haya pasado por la incomprensión de algunas personas, incluso de algunas buenas personas. Una de las cosas que se hacen difíciles de entender es que las buenas personas no hacen todas las cosas bien, de la misma forma que los grandes canallas tampoco hacen todas las cosas mal. Entre más responsabilidad tienes, la línea entre lo bien hecho y lo mal hecho se va haciendo menos visible. En tu caso hay dos cosas que no debes hacer, una traicionar la representación de tus compañeros, y otra, darles la razón, porque no la tienen.

—Entonces, ¿qué hago?

—Bienvenido a la madurez, antes las cosas eran blancas o negras, ahora te das cuenta que cada decisión lleva una parte de buena y otra de mala, la mayoría de las decisiones ahora, en lugar de ser blancas o negras son grises, lo único que tienes que cuidar es el tono de gris, en la duda busca la opción que te dé más dignidad.

Mira, si te sirve el dato, te platico lo que me pasó cuando estaba aprendiendo a volar. Yo tomaba muy rígidamente el timón, a cualquier movimiento mío, la avioneta obedecía dando giros bruscos. Y como era mucho mi empeño, hacía muchos movimientos: ya te imaginarás cómo iba la avioneta. Después de muchos intentos, desistí. "Hablé" con la avioneta, le dije, "mira, haz lo que se te pegue la gana, solo voy a poner las manos para que me vean como si te estuviera manejando, pero puedes hacer lo que quieras". Cuál no sería mi sorpresa que la avioneta empezó a volar derechita, derechita. El instructor me felicitó: "¿ya ve señor?, es solo cuestión de empeño". Desde entonces la avioneta y yo guardamos cierta clase de convenios. Lo que pasó fue muy simple, no es que la avioneta vuele mejor sola, sino que, al dejar de obsesionarme por una sola cosa, hice bien todas. Yo creo que debes obsesionarte en tu objetivo, no en la forma de lograrlo. Si quieres dominar siempre sobre las circunstancias, estás perdido. Lo más que puedes hacer es navegar bien. Mira, no viene al caso, pero acuérdate que lo que hace volar a un avión no es ir en contra del viento, lo que realmente lo hace volar es que la presión para arriba es más grande que la presión para abajo. Bernoulli podría dar cursos de motivación.

La maestra llegó a la clase siguiente, los alumnos no entraron al salón, Pepe ya había renunciado a la representación del grupo.

Al llegar al patio donde estaban todos los alumnos, Pepe le dijo a Javier:

—¿Que pasó, no vas a entrar?

—Nadie quiere entrar, ni modo de entrar yo solo.

—No te preocupes, por lo menos ya somos dos.

Al oír eso, Claudio le dijo: —Para eso me gustabas, eres un esquirol.

—Para eso me gustabas, eres un huevón —respondió Pepe.

—Hiciste bien en renunciar a ser presidente del grupo, eres un burgués, tú no entiendes la lucha de clases.

—Yo entiendo que tú eres de otra clase, eso es cierto, eres de la clase de güeyes que les vale madres aprender o no aprender.

—Yo soy solidario con mis compañeros, la maestra quiere reprobar a varios de ellos, y todos tenemos derecho a la educación, eso es represión.

Entonces se acordó Pepe de lo que le había pasado hace años con el bolero, y de lo que le dijo el profesor de tenis. Y pasó de una postura de intransigencia a la postura de entender qué era lo que pensaba Claudio.

—¿Tienes un momento? —Claudio se extrañó de que Pepe lo llamara aparte—. Me gustaría platicar contigo.

Ya aparte, en la cafetería, abajo del auditorio, Pepe empezó la plática:

—Creo que hay algo más de fondo en lo que me dijiste, que a lo mejor ni tiene que ver con el problema de la maestra.

Claudio se quedó callado unos momentos y después dijo:

—Tú no me puedes entender, eres rico, tú no sabes lo que es estar sin lana —dijo, mientras jugaba con la pluma sobre el logotipo de Coca-Cola pintado sobre la mesa metálica.

— Engels nunca sufrió por dinero, y parece que entendía bastante de asuntos sociales.

Claudio se turbó un poco, no sabía que Engels tenía dinero, pero dio por supuesto que sí, para que no se notara su ignorancia al respecto.

—Mira, Pepe, este mundo no es justo, nosotros los proletarios tenemos que reivindicar nuestra posición —dijo Claudio con un dejo de autoritarismo.

—¿Y eso que tiene que ver con la maestra? —dijo Pepe, calmadamente.

—Ella es represiva, quiere reprobar a los que no tuvieron la oportunidad de estudiar por tener que trabajar —dijo Claudio—. Porque tú sabes que hay quienes tienen que trabajar para poder estudiar, ¿verdad?

—¿Tu papá trabaja en la cigarrera, verdad? —dijo Pepe, cambiando el tema y suavizando el tono de voz.

—Trabajaba, lo acaban de correr —se mostró agresivo nuevamente—. Ustedes, pinches riquillos capitalistas, les vale madre todo lo que mi jefe les dio en su vida —se notaron húmedos sus ojos—, hubieras visto cómo llegó a la casa; siempre llegaba alegre, orgulloso, no hablaba más que de la cigarrera: "el Águila para acá", "el Águila para allá"..., de repente, la semana pasada, llegó sin hablar, sin ilusión, a pesar de que era grande, siempre se veía fuerte, ahora no, se veía cansado, derrotado, le dolía que lo hubieran corrido, que le hubieran arrancado en un día toda una vida de trabajo. Ahora no sabe qué hacer, antes estaba siempre de buenas..., ahora se enoja de cualquier cosa, ha ido a buscar trabajo a varias partes, pero nadie lo quiere por la edad —el tono de Claudio había cambiado, ya era más de confidente que de luchador social.

Pepe se imaginó a su padre sin trabajo, en las mismas circunstancias, lo pensó como una pesadilla. Se quedó callado, esperando que Claudio continuara. Después de un minuto, Claudio dijo:

—Tenemos que cambiar el mundo, eso no puede seguir así, y tú lo sabes, eso no es justo, no puede ser que destrocen la vida de un hombre y que quieran que todo siga igual.

—¿Es por eso que quieres botar a la maestra?

—Pues sí, no me puedo quedar así.

Pepe sintió pesar por Claudio:

—No te preocupes, vas a ver como se arregla todo, tu papá es una persona inteligente y está muy fuerte todavía, vas a ver como le va mejor que antes.

Pepe sintió inoportuno seguir hablando del tema de la maestra. Dejaría para después lo que había oído a su papá platicar con el ingeniero Jaimes . La fábrica iba a cerrar por las desproporcionadas demandas del sindicato y se la iban a llevar a otra ciudad.

Cuando llegaron al salón, ya todos se habían ido. La maestra se fue a los cinco minutos de estar sola en el salón. No se le volvió a ver por ahí hasta el siguiente año. El profesor que la suplió no tenía ni la mitad de su capacidad, pero terminó el curso. ¿Quién tuvo la culpa?, es difícil saberlo, por lo pronto se perdieron unas buenas clases de química.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 5

- Capítulo 0
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- **Capítulo 5**
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Cuando manejes cosas realmente grandes, tienes que fijarte en cosas realmente pequeñas, y viceversa.

Terminó secundaria porque un socio del club le había prometido que si terminaba con buenas calificaciones, le conseguiría una beca deportiva para estudiar en Estados Unidos, pero resultó que el Sr. Obregón empezó a hacerse el ocupado y a esquivar la ocasión de platicar con él. Después de dos meses sabría la razón, sí había conseguido la beca, pero no la había sacado a su nombre, sino de un sobrino que mal sabía coger la raqueta.

Le extrañaba que le hubiera hecho eso, pues el señor Obregón no era mala persona, aunque fuera berrinchudo y a veces grosero, incluso una vez le regaló un bote de pelotas Dunlop.

Mari se daba cuenta de la aflicción de su hijo. Varias veces Jaime le había dicho que dentro de poco le iba a dar un gusto enorme, se lo decía con la mirada llena de esperanza, y de repente llegó con aliento alcohólico, cosa muy rara en él, pues no tomaba ni una gota de licor, abstinencia por demás frecuente en hijos de padres alcohólicos. El silencio y el rezo eran las banderas de Mari, toda su vida había sido lo mismo, y aunque quería a todos sus hijos, con Jaime era distinto. Siempre había sido callado, y parecía no cansarse nunca, tenía una mirada mezcla de desconfianza y de seguridad en sí mismo muy singular.

Llevaba dos horas esperando a que llegara el Sr. Obregón, no sabía qué le iba a decir, pero por lo menos quería que supiera que había estado muy esperanzado.

Era una oficina típica de una compañía de transportes, dos escritorios H. Steele grandes, cubiertos con vidrios que cubrían calendarios, una hoja con tarifas, una fotografía de un Peterbilt, una muchacha vestida solo por la máquina de escribir y algunos apuntes hechos a mano de medidas de remolques, en la pared amarilla un mapa de la República Mexicana con un diagrama en forma de triángulo para obtener distancias entre una ciudad y otra, una fotografía del papá del Sr. Obregón, dos latas de aceite PEMEX de 19 litros.

En un rincón, cuatro llantas de coche, en otro, un sofá negro y una credenza con vidrios corredizos, en donde guardaban las cartas porte, con un cenicero de Firestone en forma de llanta. Las persianas horizontales con el cordón amarrado para no rozar con el piso cubrían apenas la ventana con herrería de fierro pintada de negro.

Jaime no comprendía muy bien por qué era tan sencilla la oficina, si el Sr. Obregón tenía tantos camiones: una secretaria y un encargado no le parecía proporcional a todos los camiones que se veían afuera en el patio.

La secretaria ya le había dicho que a lo mejor no llegaría su jefe en todo el día, pues pensaba ir a México con su compadre. Jaime pensó que era mentira, y más lo pensó cuando llegó un señor de mediana edad, a esperar también al Sr. Obregón. Inmediatamente atrajo la atención de Jaime, lo primero que se fijó era en su camisa, impecablemente blanca, con una pluma Wearever azul y unos apuntes en cuadrícula que se veían en su bolsa. Tal vez tenía poco de haber tomado una ducha, olía a jabón Palmolive verde, parecía de unos cincuenta y cinco años, tal vez más. Sus antebrazos eran excepcionalmente fuertes. Portaba un reloj Omega que lo excluía definitivamente del gremio de los choferes, pues eran tiempos en que traer reloj era un privilegio, y traer un Omega era definitivamente propio de gente rica. La secretaria lo saludó con respeto y se sentó en el otro extremo del sofá negro; la señora volteó con Jaime y le preguntó en tono medio maternal a qué venía, después de todo ya eran más de dos horas de estarlo viendo... ya sentía que no eran totalmente desconocidos. Debió de ser guapa en su juventud, se notaba que era de las mujeres que se daba a respetar; y eso, con choferes, no debía de ser tarea fácil. Al poco tiempo, Jaime ya le estaba contando todas sus penas, a pesar de estar presente el personaje, que para Jaime resultaba misterioso, el mismo que al poco tiempo se despidió amable pero secamente. Al ser evidente que el Sr. Obregón ya no iba a llegar, Jaime se despidió, salió de la oficina, y al llegar a la puerta del patio, escuchó una voz que le gritaba: "¡Muchacho...!". Era el misterioso personaje de la oficina; sin averiguar siquiera cómo se llamaba le preguntó si quería ayudarlo con el viaje a México; Jaime pensó en avisar a su casa, pero recordó que no se preocuparían, pues a veces se quedaba a dormir en el club. En cinco minutos ya estaba preguntándose cuál era la forma de subirse al camión sin verse como un novato; después de un cálculo rápido subió ágilmente, después se dio cuenta de que hubiera sido mejor empezar el movimiento con el otro pie. Ya tendría tiempo para ir aprendiendo.

Se quedó sorprendido de ver tantos marcadores: de temperatura, de presión de aire, de presión de aceite, incluso de temperatura de aceite de los diferenciales; como si no fueran suficientes, había bastantes botoncitos rojos con otros tantos letreros, una palanquita con un letrero de "inter" y otros términos para él desconocidos por completo; pensó en un amigo suyo que era operador y advirtió que definitivamente lo había subestimado; en eso estaba cuando se dio cuenta que tenía no una sino dos palancas de velocidades, lo único que se le hizo familiar era un ventiladorcito en el frente con el logo de KW y un switch de "on-off'", eso sí lo entendía.

El enigmático personaje se caló unos lentes para el sol tipo piloto que portaba en su estuche de cinturón color beige, Ray Ban. Después de un breve ronquido de engranes al meter la segunda palanca, quitar frenos de estacionamiento y voltear a los espejos instintivamente, el personaje misterioso echó a andar el camión; Jaime, a pesar de no ser chaparro, consideraba que no veía nada, pues el cofre cubría casi dos metros adelante del parabrisas; lo cual lo hacía sentirse inseguro y protegido al mismo tiempo. Si chocamos, pensó, ni se ha de sentir.

Salían de la ciudad y todavía no había descifrado cuál era la secuencia de los cambios de velocidades, aun y cuando tenía un diagrama dibujado en el tablero. Mi nombre es Jaime, dijo, y me dedico a dar clases de tenis; se quedó esperando la respuesta por unos minutos, luego, sorpresivamente el personaje le dijo:

—Dime Don Paco, no te contesté antes porque venía pensando y no quería perder la idea.

—Debe de ser muy difícil manejar un trailer —dijo Jaime.

—No tanto, en realidad, la mayoría de las cosas te parecerán difíciles en la vida si las ves todas al mismo tiempo. ¿Crees que es muy difícil manejar con tantos aparatos?, ¿tú crees que los estoy viendo todos todo el tiempo?, claro que no, de hecho ninguno es indispensable, hay dos o tres que tienes que echar un vistazo de vez en cuando, pero la mayoría están "por si acaso", pero cuando los necesitas, ahí están.

En Silao se pararon en un pequeño restaurante, la rocola al fondo a la derecha, justo a un lado del baño.

Las rocolas, por alguna extraña razón siempre estaban junto al baño; se sentaron en una mesa pequeña, mantel blanco puesto en diagonal sobre otro rojo y todo cubierto por un plástico transparente; Don Paco puso tres tostones, dinero suficiente para seis canciones. Se sorprendió Jaime al darse cuenta de que no eran seis canciones diferentes, sino que puso "Vereda Tropical" las seis veces; a la cuarta volteó a ver a otras personas que estaban a dos mesas de distancia, y notó que, o no se habían dado cuenta de la repetición o ya estaban acostumbrados a oír a Lupita Palomera cantar así de seguido, luego se enteraría que llevaban buen tiempo con la misma rutina musical de Don Paco, no parecía molestarles, se olvidó del asunto y se dispuso a ordenar lo mismo de cenar que Don Paco; pero al oír que eran huevos tibios, coca chica y café... prefirió cambiarlo por una carne a la tampiqueña, veintitrés pesos se leía en el menú escrito a máquina sobre una hoja membretada por Sidral Mundet. Volteó a ver la expresión de Don Paco, pues una carne tampiqueña era definitivamente más de lo que llevaba ganado en el viaje, se tranquilizó al ver su expresión de indiferencia.

Don Paco empezó a dibujar en el papel de estraza, que hacía las veces de mantel; una vez que terminó el dibujo se lo enseñó a Jaime, y le dijo: "Mira, manejar un camión, como otras cosas, es parecido a malabarear platos chinos, de lo que se trata es de mantenerlos a todos girando; hay unos que requieren más atención, otros mejor balanceados; pero para que funcione el espectáculo, hay que darle impulso a todos. Para que un camión funcione hay que tener muchísimos platos girando, las llantas infladas, el diesel en los tanques, la presión del aire, la temperatura del agua, los inyectores a punto, la bomba de diesel bien calibrada, las mangueras, las bandas, etc. La mesera le sirvió la carne en un plato ovalado, junto con las tortillas, en un cesto con servilleta de cuadros rojos y blancos. La mesera extendió el brazo para alcanzar el frasco de Nescafé de la mesa contigua y dejárselo en la suya.

Cenaron sin hablar, al terminar, Jaime trató de recordar qué era lo que estaba diciendo Don Paco. Se acordó de los platos girando. Distraídamente se quedó pensando en cuántos platitos se necesitarían tener girando para jugar bien tenis, flexionar las rodillas, perfilarse, preparar el golpe, terminarlo, mirar fijamente la bola, terminar el golpe..., al terminar la cena guardó cuidadosamente el dibujo que se había quedado en la mesa.

Jaime se subió al camión con mucho más soltura esta vez; después de un minuto, se dio cuenta de que Don Paco seguía abajo..., se oía un golpeteo sordo y con cierta secuencia, por el espejo vio que estaba golpeando las llantas con un envase de coca cola; se bajó con el ánimo de ayudar, pero ya era tarde: Don Paco se subió, acomodó el envase como si fuera herramienta a un lado de su asiento, ajustó el aire del asiento para ponerlo en su posición y proseguir el viaje. Al notar la mirada de curiosidad de Jaime, le comentó: "es para checar que las llantas estén bien de presión".

—Hay cosas que no se pueden hacer desde arriba, y una de ellas es checar las llantas.

—Lo bueno es que están todas bien —dijo Jaime.

—Fíjate que no, hay una que se está bajando, en Irapuato hay un buen talachero —"talachero", otra palabra nueva para Jaime.

Antes de subir al camión, Don Paco hizo un swing de golf, que no pasó desapercibido por Jaime.

—¿Juega golf?

—Sí, mhh, procuro quitarme esa maña de hacer swings, pero me cuesta trabajo, cuando te dije de los platitos, me quedé pensando en la cantidad de platitos que se necesitan mantener girando para jugar golf, la cabeza fija, pasar los hombros, pasar la manos, no doblar el brazo izquierdo, vaya... Es curioso cómo, cuando uno se hace viejo, vas queriendo relacionar todas las cosas... —dijo, dejando incompleta la voz.

Jaime tuvo la tentación de decirle que había pensado exactamente lo mismo, solo que del tenis, pero decidió guardar el comentario para después. Pasando por el Copalillo cayó en la cuenta de que no era normal que un camionero jugara golf. Decidió no quedarse con la duda.

—¿Tiene mucho jugando golf?

—Ya tengo tiempo, sí —hizo una pausa, luego continuó—. Empecé a jugar en Estados Unidos, en Seattle, bueno, en Renton, para ser exactos; terminaba de trabajar a las cinco y en verano te queda mucho tiempo con luz. Allá no es caro, hay campos públicos —Jaime esperaba que continuara con el relato, pero, sin más dejó de hablar, cerrando un poco los ojos, como para concentrarse en la carretera.

En Irapuato, en la salida a Salamanca, pararon al lado izquierdo de la carretera, junto a la gasolinera, en un taller que se anunciaba con una llanta vieja de tractor garabateada "Vulcanizadora", la llanta sostenía en su interior un foco, había otros camiones esperando por el servicio; "otro descanso", pensó Jaime, para su sorpresa, Don Paco sacó una caja de herramientas de abajo del remolque y cogió una llave de tuercas, al caminar se le notaba que cojeaba un poco de la pierna izquierda, tomó además una pequeña barra de acero, un gato y un pequeño block de madera; después de varios movimientos, muy ágiles para su edad, moviéndose a un lado, para dejar que la luz del foco iluminara el interior de la rueda, Don Paco empezó a aflojar las tuercas de las llantas. Jaime, después del primer extraño rechinido de la tuerca, interrumpió a Don Paco.

—Es para el otro lado —se atrevió a decirle, pues pensó que el rechinido era señal de que no se estaban haciendo bien las cosas, Jaime estaba seguro de lo que decía, pues había ayudado muchas veces a sus primos a cambiar llantas en los taxis, Don Paco lo miró con paciencia:

—¿Quieres hacer la prueba? —le dijo, pero sin darle oportunidad. Para sorpresa de Jaime, las tuercas, a pesar de rechinar, se iban aflojando; una vez quitada la llanta, esperando a que la desmontaran, Don Paco le dijo a Jaime: —mira, esta llanta es del lado izquierdo, y las tuercas del lado izquierdo se aflojan para el otro lado —dijo mientras le mostraba una con una "L" en una cara de la tuerca. Don Paco le explicó que era así porque se aprovechaba el giro de las llantas para apretar las tuercas, pues si las tuercas fueran todas derechas habría necesidad de apretar las del lado izquierdo cada cien kilómetros. Jaime seguía con dudas, pensando en por qué los coches no usan ese sistema; Don Paco, adivinándole el pensamiento, le dijo como hablando a un tercero: —Cuando manejes cosas realmente grandes, tienes que fijarte en cosas realmente pequeñas y cuando manejes cosas pequeñas tienes que fijarte en las cosas realmente grandes —Jaime se acordaría de esto muchas veces en su vida.

Otra anécdota de las llantas fue que, cuando Don Paco le dio oportunidad de tratar de aflojar las tuercas, no pudo a pesar de todos sus esfuerzos siquiera aflojar una de las diez tuercas que lleva cada rueda; tomaba impulso, le hacía con el pie, de todas formas intentó pero no pudo; Don Paco tomó las herramientas, y aparentemente sin esfuerzo, empezó a aflojar las tuercas, aprovechando para enseñarle que debía de tensar primero, y luego de repente, dar un jalón con un esfuerzo extra, con el cual se aflojaba la tuerca. "Es el esfuerzo sobre esfuerzo —le dijo—, que hace que las cosas funcionen, mira, cuando llamas por teléfono y tienes dudas, no vuelves a insistir, si acaso intentas dos veces, en cambio, cuando estás seguro de que hay alguien, insistes e insistes hasta que te contestan, esa puede ser la diferencia entre la terquedad y la perseverancia. Es muy difícil que alguien sin experiencia tenga perseverancia", hablaba Don Paco distraídamente mientras se le quedaba viendo a un Mustang amarillo que pasaba junto al camión, rumbo a la posada de Belén. Se quedó inmóvil, un instante después dijo solo "un momento" y se fue caminando rumbo al hotel. En los jardines se celebraban unos quince años, un mesero lo vio y se le acercó: "¿le puedo servir en algo?". "Sí, dígame una cosa, aquella señora de rosa que va allá, ¿la conoce?"

—Sí, claro, es la mamá de la quinceañera, yo trabajo para su esposo en la tienda, no contrató meseros para no gastar más.

—La señora, ¿dónde nació?

—En Abasolo.

—¿Seguro?

—Claro.

—Oye, española no es ¿verdad?

—No, para nada, yo conozco a sus papás.

Al oír eso Don Paco perdió el interés, le parecía haber visto a su hermana Lucha. El error del mesero se originó porque las dos señoras traían un vestido rosa, y cuando le preguntó tardó un poco en voltear, y al hacerlo vio a la mamá de la quinceañera en lugar de ver a Lucha.

Se regresó al camión, Good Year Piso Extra, tenía la costumbre de leer todo, 1100X22, al lado del número de serie, la señora que acababa de ver le trajo recuerdos de su juventud, fuera quien fuera estaba igual a su hermana, la creía muerta en la guerra, por lo menos eso le habían dicho, pero a él no le constaba, tuvo que salir huyendo a toda prisa rumbo a Estados Unidos.

Le asaltaron de nuevo los recuerdos que lo habían dejado sin dormir tantas noches, desde hacía cuarenta años, su hermana era apenas una niña, pero tenía un gesto que no había visto desde entonces.

—De Abasolo —retumbaban las palabras del mesero en los oídos de Don Paco, si tan solo hubiera dicho que no estaba seguro, no tenía que decir que era inmigrante española.

Caminó por el camino empedrado, sin dejar de observar el pasto iluminado por reflectores verdes. El cantar intermitente de los grillos acompañaba a Don Paco en su caminar de regreso hacia la carretera.

Se regresó a buscar el coche donde la vio, tomó las placas GLX-590 de Guanajuato. "Tal vez algún día la vuelva a buscar", pensó.

Checó que la llanta estuviera bien montada, la puso nuevamente y apretó las tuercas nuevamente, en cruz.

Buena cruz le había tocado, era todo su pasado, su familia, se resistía a creer que todo había acabado, siempre había tenido la esperanza de encontrar a su hermana, si no a su mamá, que de cualquier forma ya sería bastante grande, ya habría muerto para entonces, pero no lo terminaba de asimilar.

Jaime estaba arriba del estribo, limpiando los parabrisas, "buen muchacho, que hubiera sido de él con otra educación..., todavía es tiempo".

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 6

Hay quien cree que lo malo, cuando es mucho, se vuelve bueno.

—Súmalas otra vez —le dijo Don Pepe a su hijo, sin más explicaciones, tomando el montón de notas y mirando de reojo el trabajo hecho por Pepino. Era usual que Don Pepe tuviera esos desplantes con su hijo, Pepino sentía un coraje casi incontenible, pero no había muchas opciones, pues era fácil que su papá explotara dando un manotazo en el escritorio a la menor muestra de protesta que a Pepino se le notara en la cara.

Era curioso, Pepino notaba que muchas de las cosas de las que se sentía orgulloso las había aprendido más a fuerza que por su voluntad, ese era el caso de las lecturas en voz alta, eran interminables las veces en que Don Pepe lo ponía a leer —“la vista antes que la lengua”, decía una y otra vez. Era un fastidio, pero en la escuela, cuando algún otro leía mal, sentía por él un extraño desprecio, muchas veces caía en la cuenta de que ese desprecio era totalmente irracional, puesto que si él leía bien, no era por su propio esfuerzo, sino que había sido por una disciplina impuesta en contra de su voluntad. Mientras hacía las operaciones en la calculadora, pensaba en lo peligroso de las conclusiones que cualquiera podía llegar con estas experiencias.

Una vez terminada la suma se la presentó a su papá; quien en esos momentos estaba viendo cómo cargaban un camión con muebles.

La ventana que daba a la calle estaba entreabierta; lo que permitía que se oyeran todos los ruidos de la calle, propios de la mañana. Ya despierto, Pepino se quedó acostado en la cama; mientras afuera se oía a los voceros vendiendo “El Sol de Irapuato”, con una voz fuerte y melodiosa, al mismo tiempo que el sonido rítmico de la escoba sobre el pavimento recién humedecido se escuchaba como todas las mañanas. A Pepino le gustaba quedarse los sábados pensando en aviones de control remoto, en inventos y en muchachas, disfrutaba el “pastorear ideas”; como él decía. En eso estaba cuando su abuelita le tocó a su puerta: “Pepino, acompáñame por las naranjas”. Se levantó a regañadientes, se puso sus pantalones Topeka , una playera, sus botines, una pasada del peine y bajó las escaleras como siempre: con prisa innecesaria, echando el cuerpo adelante y haciendo que los pies respondieran rápidamente al paso impuesto por la gravedad. “Hijo, qué manera de bajar las escaleras son esas”, su abuelita ya lo estaba esperando en la puerta con su monedero negro en la mano. Pepino disfrutaba esas salidas por la mañana, todas las tiendas estaban cerradas, las campanas de la parroquia llamaban a misa de siete, los repartidores en bicicleta circulaban veloces por las calles —siempre en sentido contrario— en los puestos de periódicos acomodaban las revistas, todo era como todos los días. El paso de la abuela era mucho más rápido del que se pudiera esperar de una señora de su edad, por lo que Pepino tenía a veces que apresurar el paso para alcanzarla. Al llegar a los jugos “Pacífico”, la abuela escogió algunas verduras, le tenía confianza a don David, “está fresca y se ve que está regada con agua buena”, no compraba verdura en otro lado, eventualmente “le disparaba” un “ chocomilk ” al que la acompañaba, el batidor de malteadas, verde, espigado, le parecía a la abuela como algo mágico, pues se prendía cuando le ponían el vaso metálico en su posición. Ella juraba que movían un contacto con el pie. La abuela siempre regateaba por el precio de las verduras: “yo no les estoy obligando a vendérmelas, el dinero no lo regalan, así es que hay que defenderlo”. La abuela había vivido tiempos duros y no perdonaba ver que alguien desperdiciara algo. Por no gastar más agua, llenaba una cubeta con el agua de la regadera que salía antes del agua caliente; aunque en ese tiempo no había medidores de agua, ella de todas formas ahorraba.

—¿Cómo la voy a desperdiciar?

Había que trabajar los sábados; para cuando levantaban la cortina de la mueblería ya debía de estar Tere en el escritorio, con la tía Cuca, Juan Sebastián y Soledad limpiando el piso y sacudiendo los muebles, Miguel cargando los muebles a la camioneta de estacas. La hoja del calendario arrancada, los blocks de apuntes listos junto a las plumas amarradas con una hilaza. Pepino tenía que pasar a máquina las listas de precios y ponerlas dentro de unas hojas de plástico transparente.

En vacaciones iba todas las mañanas al banco a preguntar los saldos de las cuentas y anotar los movimientos del día anterior, después sacar una relación de los cheques que no se habían cobrado, sumar la cuenta, restársela al saldo del banco y ver si checaba con el saldo que tenía Tere en su libro.

La avioneta Cessna 150, color azul cielo con franjas de color azul marino sobre fondo blanco, estaba anclada en el campo aéreo de la zona militar, acompañada por una Piper verde del ejército y otra Cessna del Sr. Furber , amigo de Don Pepe, entre ellos se llamaban "capitanes".

Los domingos, a forma de paseo, hacía un recorrido de media hora, nunca dejaba de pasar por el Cubilete. Después de checar su salida subió con sus tres hijos varones y Rocío, su sobrina consentida, que estaba un poco enferma de los bronquios. Todos sabían que enfermarse de los bronquios equivalía a subirse a la avioneta el domingo siguiente.

Los que se quedaban esperando el regreso veían cómo se desaparecía poco a poco, hasta que las grandes letras de la matrícula XB-RHC no eran más que diminutos puntos blancos.

Las bolsas de estrasa en el interior de la cabina eran accesorios indispensables para las frecuentes inconveniencias debidas a la altura.

Cuando estaban en vuelo, Don Pepe dejaba a los niños maniobrar los pedales, útiles solo en tierra.

Don Pepe tenía un defecto en la visión que lo hacía ver el horizonte sesgado, por lo que normalmente llevaba la avioneta inclinada, aunque fuera volando recto. Para tratar de corregir ese defecto tenía dos instrumentos, uno, que nunca usaba, que era el horizonte artificial y otro era una estatuilla del Santo Niño de Atocha que pendía con un hilo del techo de la avioneta. Si el Santo Niño coincidía con el poste de la puerta derecha, es que volaba nivelado.

Pepe acompañaba a su papá a ver alguna de las construcciones; antes construía casas grandes, pero últimamente hacía pequeñas casas en colonias más bien apartadas; ese negocio debía de ir bien, pues cada vez hacía lotes mayores de casitas.

Pepino, una vez, caminando, comentó el punto con su papá; pero solo le contestó que eran del banco. Del tema de las casas se hablaba poco, por lo visto su mamá no lo veía con buenos ojos.

Don Pepe llegó un buen día con la novedad de que quería hacer una casa en la Prolongación de la Moderna; el argumento más fuerte era que no quería que, si alguien pretendía a alguna de sus hijas, fuera a considerar su departamento poco digno. A pesar de que era muy amplio y tenía todas las comodidades, el hecho era que todos sus amigos se estaban saliendo del centro. Pasado el tiempo, cuando se estaba terminando de construir, se empezaron a notar ciertos malestares, iba a ser un cambio grande para toda la familia, entre mayor era la gente, mayor era el sentimiento, la abuela sentía que si se cambiaba de casa iba a morir pronto, también tenía la escondida idea de que Patxi no la iba a encontrar si se cambiaba, para ella no había muerto, le dijeran lo que le dijeran.

Era 1973, la mudanza se haría en mayo, pero, por una u otra cosa se iba retrasando, pues la casa no terminaba de estar lista. Ese año llovió más que otros, las presas estaban llenas y era frecuente oír rumores sobre una inundación, pero la gente no lo tomaba muy en serio; después de todo, prácticamente todos los años se inundaba una región de la ciudad, por la calzada, pero en las demás zonas ni siquiera se sentía; ya todos estaban acostumbrados a esas pequeñas inconveniencias, pero esta vez era distinto, se organizaban una especie de excursiones familiares para ir a ver la presa del Conejo. La vez que fue Don Pepe con su familia parecía romería, se encontraron mucha gente conocida, los comentarios no pasaban de la gravedad de una broma, aunque de regreso Don Pepe comentó que no estaría demás tomar precauciones, lo que le llamó la atención fue que hubiera varios soldados alrededor de las compuertas. "Si no hubiera peligro, esta gente no tendría por qué estar aquí", pensó.

Al día siguiente puso a un peón a hacer unas pequeñas barditas de poco más de medio metro, todos los vecinos empezaron a hacer lo mismo.

Dieciocho de agosto, eran las cuatro de la tarde cuando se oyó decir que venía el agua, Don Pepe llamó a la Presidencia, lo que le dijeron era que "no vería más agua de la que saliera de sus llaves". A las cinco y quince pasó un muchacho en una camioneta anunciando que el agua ya estaba en las vías del tren, esto es, a la entrada de la ciudad; pero todavía lejos del centro. Don Pepe puso a todos a subir adornos y muebles finos a la parte de arriba, a poner sacos de arena en la puerta del almacén, en cuanto medio terminaron, Don Pepe notó la mirada de angustia en los ojos de los empleados, los despidió rápidamente, solo se quedaron tres cargadores y Juan, que vivían en poblados, más altos y que no tenían peligro. Todos se pusieron a cargar sacos de arena para tapar las entradas, todavía temiendo ser escandalosos, pues había quien no creía que el agua llegaría, y que aun en caso de que así fuese, sería muy suavemente. A las seis pasó el mismo muchacho de la bicicleta realmente alarmado: "el agua ya viene por el cine", gritaba, todos se subieron al segundo piso, los empleados a la azotea de la bodega. Lucha subió a hablar por teléfono con sus amigas, para ver si era cierto tanto alboroto; le contestó la güera con una risa nerviosa, que el agua ya estaba a más de medio metro en el primer piso. Inmediatamente se puso a llamar a todo mundo, nadie creía lo que estaba pasando, ni los que no veían aún el agua, ni los que la tenían adentro de sus casas. Todos estaban en la mueblería subiendo cosas al segundo piso, los perros ladraban asustados, en las tiendas del edificio de enfrente estaban subiendo las cosas a las repisas superiores, pero la señora de la dulcería "El Nardo" los miraba a todos con una mirada de orgullo, porque había mandado desde antes hacer una pequeña bardita de medio metro que, estaba segura, protegería su tienda. Tal vez por estar junto a la virgen del Santuario.

A los veinte minutos, todas las calles ya tenían el agua hasta el nivel de la banqueta, y de pronto llegó el agua, con fuertes corrientes, que imposibilitaban del todo el caminar en la calle, había gentes subidas en los postes, el agua entraba por las coladeras y salía por los escusados, por lo que, a pesar de estar las puertas cerradas y los sacos de arena todavía resistiendo, todos los edificios y comercios ya estaban inundados en la planta baja, se veía gente pasar nadando, medio divertida por las circunstancias; pasaron varias pequeñas lanchas que salieron quién sabe de dónde. A las siete de la noche la corriente ya había desencajado las cortinas de acero de sus rieles y roto los cristales del aparador, el agua entraba casi libremente en las tiendas, haciendo que flotara toda la mercancía, en una tiendita de "Discotecas Aguilar", la empleada llevaba toda la mercancía que podía al mezanine, al poco rato, los vecinos no dejaron que hiciera otro viaje.

Los teléfonos todavía servían y duraron así hasta las diez de la noche, la luz se cortó a las siete y media. Para esa hora, la mayoría de los muebles del almacén ya se habían mojado, adentro de la mueblería flotaban las cajas y bolsas de empaque en completo desorden, ya había anaqueles tirados en el suelo, a pesar de todo, no se notaba el ambiente de tragedia en la familia, Don Pepe estaba en la ventana, tratando de poner una cuerda al otro lado de la calle, para auxiliar a los que pasaran flotando, logrando sacar posteriormente a dos o tres personas de la corriente. A los coches los había cubierto completamente el agua, excepto a un VW que flotaba casi alegremente en el estacionamiento, parecía un niño chiquito divirtiéndose en la alberca.

Así pasaron la noche; Lucha estaba preocupada pensando en lo que se había perdido, en lo que se debía al banco, pero estaba contenta de tener a todos en la casa y de poder darse el lujo de preparar la cena caliente y, además, dormir secos.

Al día siguiente, el agua estaba a poco menos de un metro veinte centímetros. Estaba Pepino observando la situación en la calle cuando vio a lo lejos un camión que se venía abriendo paso en la calle, recogiendo personas en la plataforma que traía remolcando, al pasar enfrente de la mueblería se tuvo que orillar pues había una camioneta atorada entre otros coches obstruyendo parte de la avenida, de repente el camión se detuvo; una rueda levantaba agua al girar sin piso, pues había caído en una coladera. De la cabina salió un muchacho que, con energía saltó al estribo de la plataforma, para después agacharse y localizar el problema, para entonces ya traía toda la plataforma llena de personas que había recogido de las azoteas de sus casas, todos lo miraban, como queriendo ayudar, pero sin tener idea de cómo hacerlo. El muchacho se rascaba la cabeza, como diciendo: "ya ves, te lo dije", mencionaba algo del Inter , o por lo menos eso fue lo que entendió Pepino, para ese entonces, ya estaba su papá también en la ventana observando, gritó ofreciéndole ayuda. El muchacho del camión le preguntó por "una veinticinco", pero los dos, padre e hijo, se voltearon a ver sin comprender bien lo que les pedía.

—"Una llave 9/16" —gritó nuevamente.

Entonces Don Pepe se fue adentro de la casa a buscarla, Pepino le preguntó dándose baños de sabiduría: "¿española o de estrías?".

En ese momento le vio cara conocida al chofer, quien, mirándolo con cara de "no seas idiota", le respondió: "La que tengas está bien".

Al poco tiempo salió Don Pepe con la herramienta.

Hizo un esfuerzo por bajarse del trailer, como para componer algo, pero desistió casi inmediatamente al sentir la fuerza de la corriente, para entonces tenía bastante público observando, los de las ventanas de los edificios, los que traía en el trailer y dos tipos, uno de ellos abogado, que se quedaron atrapados en un poste toda la noche, y que veían al trailer con una mirada de esperanza, no dejaba de tener algo de cómico, sobre todo al observar la seriedad del abogado arriba del poste, era de notar que ni siquiera en esas circunstancias se había quitado la corbata.

Una cosa que no entendía Pepino era por qué no se apagaba el motor, pues el agua sobrepasaba con mucho las baterías. Después de dos o tres labores mecánicas, el chofer se metió en la cabina, se oyeron dos sonidos de aire al escapar, y el camión salió al primer intento, con tanta facilidad que parecía que nunca se había atascado. Pepino, al ver cómo salía el camión y seguía su camino, se dio cuenta de que se habían llevado sus herramientas, se acordaba del nombre del dueño del camión que venía rotulado en la puerta, años más tarde lo habría de recordar.

En la tarde, el agua ya había bajado lo suficiente para que se pudiera caminar sin peligro de ser llevado por la corriente, era un espectáculo frecuente ver a la gente entrar a las tiendas y llevarse cosas con la mayor tranquilidad, casi como si estuviera bien; en la noche entró el ejército a patrullar, pero ya era poco lo que había que proteger. En la mueblería no faltaron los incidentes de personas que se querían meter a robar, a pesar de que había gente cuidando, no hubo necesidad de enseñar ningún arma de fuego, pero Don Pepe se armó junto con Juan de palas para que se viera que estaban dispuestos a defender la propiedad. Hubo quien le pidió permiso para meterse, pero al ver la cara de Don Pepe, se alejaron; lo curioso es que se iban riendo, como si fuera algo gracioso. Todo era un ambiente raro, mezclada la sorpresa con el ánimo de ayudar a los demás, pero también de defender lo propio. Ni el coche ni las camionetas arrancaban, por lo que fue tarea de varias horas el limpiar el distribuidor, los cables, cambiar aceite, sacar lodo; para que, cuando por fin estuvo listo, se fueran a comprar provisiones a Salamanca. Después de tres horas llegaron con el coche y una camioneta de tres toneladas, cargados con garrafones de agua y varias cajas con latería.

Pepe repartió, a la gente que se acercaba, más de las tres cuartas partes del agua que había comprado, mandando de vuelta a Salamanca la camioneta a reabastecerse; no había luz, pero había teléfono, por lo que una vez confirmado con todos que no hubiera desaparecido nadie, reinaba un ambiente de curiosa alegría, aunque al ver todos los muebles tirados y mojados, Pepino pensaba en las horas que seguirían de trabajo y en lo cuantioso de las pérdidas, en ese orden.

Pepe mandó a su hijo a llevarle agua y abarrotes a la abuela Trini , hasta la colonia Eucaliptos. Estaba, como todas las señoras, tratando de limpiar su casa.

—Dicen que se va a reventar otra presa —recalcando el "otra", Pepino le notó cierta ilusión al decirlo. Cuando llegó a su casa lo comentó con su papá.

—Hijo, tu abuela siempre ha tenido la creencia de que "lo malo, si viene en grandes cantidades, se vuelve bueno": luego por qué son las guerras.

En pocas semanas todo volvió a la normalidad, después de la visita de la esposa del presidente de la república, "la compañera Esther", que, en postura demagógica, se puso a barrer; en las calles había camiones recogiendo lo que quedó de multitud de casas de adobe; después de lamentar la muerte de muchas personas que perecieron ahogadas en el estacionamiento del centro comercial Blanco, después de todo eso, la ciudad volvió a la normalidad.

La compañera Esther barriendo las calles, lo que es la mercadotecnia, comentaría años después Pepino, un día que vino a Irapuato y la gente todavía se acuerda de ella, en cambio, nadie relaciona la presa "La Purísima" con el presidente municipal que la hizo, Estrada Delgadillo, obra que evitó futuras inundaciones. Para efectos de publicidad, valió más una escoba que una presa.

Las finanzas de muchos de los negocios no se vieron afectadas, pues hubo más movimiento comercial que nunca, en las agencias de coches no se daban abasto entregando unidades, Don Pepe comentó en una comida en familia que lo que había perdido en el almacén ya lo había recuperado con creces debido al incremento en las ventas.

—Así debe ser la guerra —dijo— muchas pérdidas y muchas ganancias. A Estados Unidos nunca le ha ido mejor que en la segunda guerra —dijo—, la guerra es la única circunstancia en donde hay inversión y a la vez ahorro.

Lucha se molestó por el comentario.

—Yo no dije que fueran buenas las guerras —dijo Don Pepe—, al contrario, lo más malo es que hay gente que las usa para beneficios económicos, sin importar los muertos.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 7

Fíjate en lo que le pides a Dios, no sea que te lo conceda.

Eran ya ocho meses los que Jaime llevaba ayudando a Don Paco; el trabajo no era pesado, solo hacía dos viajes, uno el martes y otro el jueves, uno a Aguascalientes y otro a México, no dejaba de parecerle un personaje misterioso, entre las muchas cosas que no entendía bien era que siempre llevara sobrecitos amarillos en donde guardaba el dinero, todos metidos en un pequeño portafolio verde con un logotipo amarillo de Bancomer; no entendía por qué separaba el dinero si no tenía que rendir cuentas a nadie; tenía separado un sobre para diesel, otro para comidas, otro para casetas... y así hasta llegar a ocho, se le hacía un poco "maniático" el asunto, pues a veces tenía cambio en un sobre y sufría por no tener cambio en otro sobre.

—Ya sé lo que estas pensando, toma en cuenta que ya estoy un poco viejo, todos los viejos somos un poco necios y todos tenemos cierto orden: edad, orden y necedad son palabras que suelen estar en el mismo párrafo de la vida.

Era media tarde, Jaime se preparaba para salir, toda la rutina una vez más: agua, llantas, quitar el agua del tanque del aire, nivel de aceite, revisar la lona, ajustar frenos; no como muchos, sino como le gustaba a Don Paco: levantando la rueda con el gato, haciéndola girar, ajustando la matraca hasta donde se detuviera y luego aflojándole el ajustador media vuelta; una y otra llanta, una y otra vez.

—¿Qué se necesita para ajustar? No solo los frenos, cualquier cosa:

Primero, que tengas la herramienta, si no tienes la nueve dieciséis que se necesita, no puedes hacer mayor cosa;

Segundo, saber qué es lo que estás haciendo y ubicar el punto deseado;

Tercero, que tengas margen, si solo tienes una vuelta para ajustar y las balatas están muy despegadas, no hay mucho que hacer, el ajuste es en otro lado;

Cuarto, debes dejar el seguro, un ajuste que no dura no sirve para nada. Cuando quieras ajustar algo en tu vida revisa estas cuatro cosas, sobre todo la del margen.

Una última. Antes de hacer un cambio piensa qué es lo que quieres, a lo mejor te sale bien el cambio, pero tú quedas peor que antes.

Fíjate en lo que le pides a Dios, no sea que te lo conceda.

—La necedad es el refugio de los viejos —decía Don Paco, ya de regreso en casa—. Mira, cuando eres joven, tienes todos los switches abiertos, conforme vas creciendo los vas apagando, al último ya no tienes casi nada que decidir, ya tienes definida la marca de las llantas, lo que vas a desayunar y la pasta de dientes que vas a usar hasta que te mueras, ya son pocos los switches que te quedan para manejar. El orden viene a ser una especie de equilibrio entre eliminar las opciones innecesarias y dejar abiertas las adecuadas —pasaron dos minutos y se rió—: ¡Ja!, mientras te contaba lo de la necedad me acordé de lo que decía alguien de la terquedad: "La terquedad es el recurso de los feos"1. También me acordé de que ya no se consigue la pasta de dientes Forhans, ni modo. Don Paco repitió la marca de la pasta "Forhans" —como hay cosas que suenan chistoso, suena como si aflojaras la mano al tocar el violín—.

Llegó el miércoles por la tarde, esta vez Don Paco no usaba la chamarra de siempre, llevaba un suéter gris; para sorpresa de Jaime le pidió que fuera a llevar el viaje a México y que se comunicara con él al regresar, después de darle trescientos pesos para el viaje, se despidió como si fuera normal dejarle su camión a un muchacho de diecisiete años.

La máxima preocupación de Jaime era que se le detuviera el camión en una subida, lo cual sucede a los choferes inexpertos cuando llevan el camión cargado y no hacen bien los cambios descendentes; volvió Jaime a darle una vuelta al camión para revisarlo. Me estoy haciendo viejo, pensó sonriendo.

Cuando paró en Silao a cenar, sintió que todo el mundo se le quedaba viendo. Se acercó Rosi —la mesera— sin hacer mayor comentario; a la hora de pedir, se sorprendió a sí mismo ordenando lo mismo que Don Paco: huevos tibios, coca y café, en lugar de la carne a la tampiqueña de siempre —cenar fuerte da sueño— pensó. Después de pedir la cena, se paró a la rocola para poner dos canciones de los Creedence y una de Barry Manilow.

Al traerle el refresco y el café, Rosi le preguntó distraídamente por Don Paco; Jaime le contestó que se había quedado en León, "¿y el camión?", preguntó Rosi.

—Yo me lo traje —respondió ante la mirada de escepticismo de Rosi, como pensando que estaba haciendo algo malo, o, por lo menos a escondidas. Al subirse, puso almohadas cubiertas con cobijas en el camarote para simular que había alguien ahí; lo que le sirvió mucho al llegar a México, pues un policía de Tránsito se subió, como siempre, al estribo, mirando de reojo, tomó los cinco pesos y le deseó buen viaje. La avenida Vallejo estaba despejada a esa hora, había que tomar Montevideo, era lo más difícil, pues el semáforo apenas daba tiempo para pasar. Después había que dar vuelta en Insurgentes, Indios Verdes y llegar a la fábrica en San Juan Ixhuatepec a cargar. Al llegar dio una vuelta al camión y se metió al camarote... era la primera vez que dormía ahí, ya que siempre le tocaba dormir sobre los asientos, prendió la lamparita, el ventilador para espantar los moscos y se puso a leer el Excélsior que estaba debajo del colchón.

De regreso se detuvo antes de la caseta a checar llantas y a cenar en el restaurante camionero más famoso de México, "El cuarenta y cuatro". Después de ir al baño, franqueó la puerta verde con mosquitero, dejándola cerrar con estrépito gracias a un resorte, el ruido no distrajo a nadie. Don Manuel atendía la caja al mismo tiempo que las llamadas por operadora de larga distancia. Como todos los jueves a las diez de la noche, la televisión Admiral transmitía Kojak, el detective pelón de la paletita. Café, huevos tibios y una coca chica. Una y otra persona pasaban a la caseta para hablar por teléfono y esforzarse por escuchar en el auricular, las meseras atendían vestidas de negro con delantal blanco y zapatos de plástico, siempre con medias. Jaime envidiaba a los que pedían su carne asada con chilaquiles, seguro se metían en su camarote hasta la madrugada siguiente.

Completó el viaje sin problemas; a las nueve de la mañana del sábado llamó por teléfono a Don Paco, mientras en la tiendita del "vaca" se oía la "LG, la grande", en su programa de Pedro Infante, Jorge Negrete y Javier Solís; Jaime llamó fingiendo indiferencia, se saludaron y quedaron en verse al día siguiente en el taller; no se sabía quién estaba más contento de los dos.

Era sábado en la mañana, y como todos los sábados, estaban preparando el almuerzo en el taller de Horacio; al cual estaban invitados todos los que quisieran acercarse... esta vez eran unas mojarras que El Piquín había traído de su viaje a Veracruz. Aunque llegaba fuertemente el aroma, Jaime se quedó lavando el camión para que cuando llegara Don Paco lo viera trabajando; efectivamente, al poco rato llegó y a los pocos minutos lo mandó, junto con otro muchacho, a comprar cervezas; cuando iba a sacar dinero para darle, le dijo orgulloso: "¡aquí traigo!" dándole a entender que le había sobrado del viaje.

A la semana siguiente cargaron un viaje a Aguascalientes, subiendo con rumbo a Lagos, Don Paco notó callosidades en las yemas de los dedos de Jaime.

—¿Tocas violín?

—Sí, ¿en que lo notó?

—En las yemas de los dedos.

—Sí, me enseñó el padre Silvino.

—Mhhh.

En la subida de La Chona, después de meter primera y primera, andando lentamente el camión le dijo con calma:

—He pensado en venderte el camión, no sé si quieras comprármelo.

Jaime lo volteó a ver extrañado, pues Don Paco no acostumbraba bromear.

—¿Con qué dinero?

—¿Cuánto trais en la bolsa?

Jaime se buscó divertido:

—Veintidós pesos.

—Bueno, dámelos de enganche y el resto me lo vas pagando con las ganancias de los viajes. Jaime se quedó mudo, se terminó la subida, Don Paco cambió a segunda en la caja principal.

—A veces se puede meter segunda en la principal sin tantos pasos en la auxiliar —le dijo sonriendo. Jaime le dio los veintidós pesos.

—Ten los dos pesos, para que no te quedes sin nada —dijo Don Paco sonriendo.

No volvieron a tocar el tema por un buen rato, descargaron el viaje de envases, luego siguiendo por el boulevard se pararon a cenar en un restorancito que estaba entre la gasera y el cine.

—¿Y usted a qué se va a dedicar?

—No lo sé, por lo pronto voy a bajar mi handicap..., lo que pasa es que mi esposa ya se pone nerviosa cuando salgo, y últimamente no ha estado bien de salud.

—Pero ¿qué pasaría si no le puedo pagar lo del camión?

—No te preocupes, no necesito ese dinero para vivir.

—Pero no sé ni cómo se sacan las placas, ni cómo hacer cuentas en la línea, ni pagar impuestos, ni nada.

—No es cosa del otro mundo, pero yo voy a estar en la casa para lo que se te ofrezca.

Al día siguiente, Don Paco le entregó un montón de recibos para la línea.

—Puedes usarlos mientras ponemos todo a tu nombre.

Jaime todavía no entendía lo que estaba pasando, de las primeras cosas que hizo fue llevar el camión a enseñárselo a sus papás; quienes por supuesto no le creyeron, su mamá en vez de alegrarse, se preocupó. Tenía miedo de que su hijo anduviera en malos pasos. Su papá le advirtió que eso lo hacían para hacerlo trabajar más y que luego le iba a quitar el camión.

Hizo viaje tras viaje..., al principio se encontraba con que le faltaba dinero; siempre le faltaba dinero, a pesar de que tomaba los trescientos pesos de siempre, después del tercer viaje, se compró sus sobrecitos en la papelería y siguió los pasos de Don Paco. Nunca más le faltó dinero en sus viajes.

Iba con el trailer a cargar un viaje de cartón a México, cuando en Irapuato se encontró con que no podía pasar, había mucha gente en el libramiento, La Chona se había inundado días antes y se enteró de que varios compañeros habían ayudando con sus trailers a llevar y recoger cosas. Estaba esperando cuando vio pasar en un Galaxie rojo con toldo blanco unos bomberos voluntarios, jalando una pequeña lancha, se pararon justo a su lado para sujetarla. Jaime les ayudó a enderezarla y les preguntó si les podía echar una mano con la lancha, llevándosela hasta donde pudieran ayudar más. A los voluntarios les pareció buena idea, y se fueron con él abriéndole paso, entraron por la calle de Guerrero; los bomberos, personas que se notaba que eran voluntarios ocasionales, empezaron a platicar.

—Estos "quinwort" son muy buenos ¿verdad?

—Sí, la verdad es que los Kenworth son muy buenos.

Al notar la diferente pronunciación el bombero volvió a insistir:

—Los trailers que más se venden son los quinwort, ¿verdad?

—Sí, yo creo que los Kenworth son los tractores que más se venden.

El bombero, ya molesto, miró con desprecio a Jaime, como burlándose de las faltas de pronunciación, Jaime se dio cuenta, y molesto por el gesto, le preguntó:

—¿Sabe de dónde viene la palabra Kenworth?

—Sí, es "rey del trabajo" en inglés —le respondió muy ufano, orgulloso de su respuesta.

—Pues no —dijo Jaime— viene de los señores Kent y Worthington, que se juntaron y formaron la compañía.

Jaime esperaba que con eso iba a quedar concluida la discusión, pero no, el bombero hizo una mueca de incredulidad, lo que molestó más a Jaime, que continuó:

—Por lo menos eso dice la placa que está en Seattle, Washington.

—¿Tú has estado allá?

—Sí, me tocó ir con mi papá a traer este trailer que me regaló —dijo, arrepintiéndose casi al instante de la mentira, y agradeciéndole a Don Paco que le hubiera contado sus peripecias cuando había estado trabajando por allá.

—Y por cierto, el trailer es la parte de atrás: el remolque; la parte de adelante es el tractor; y a todo, se le dice camión, pero no importa, esas cosas pocas personas lo saben.

El segundo bombero soltó una pequeña risa al ver la cara de su compañero. Años más tarde se arrepentiría Jaime de haber lucido sus conocimientos de esa forma, el bombero voluntario era directivo importante de una empresa que después hizo lo necesario para que le negaran un jugoso contrato; al enterarse de que era el muchacho vanidoso del camión. Bonito modo de ganar una discusión, pensó después Jaime. Esa fue una de las últimas veces que hizo quedar mal a alguien enfrente de otra persona. ¿Por qué habían actuado así?, se preguntaba Jaime, extrañado: los tres estaban tratando de ayudar, los tres lo hacían voluntariamente, entonces ¿por qué ese enojo y rivalidad?, como fue comprobando luego, en todo, hasta en la filantropía, los humanos seguimos siendo humanos. Unos más humanos que otros.

Los voluntarios se bajaron poco después llevándose la lancha. Cuando estaban bajando la lancha se subieron cinco personas a la plataforma, pidiéndole a Jaime, ya estando arriba, que los sacara de ahí, a lo cual accedió Jaime con gusto, de hecho, fue subiendo gente por donde iba pasando, al tratar de regresar se metió de vuelta en Guerrero, la calle que va al centro de la ciudad, el agua estaba más alta, por lo que tomó la precaución de poner directa la bomba de diesel, eliminando la necesidad de corriente eléctrica para el motor. Fue cuando se acordó que había cancelado una manguera de aire que conectaba el interdiferencial, parte del diferencial que hace que trabajen los dos ejes del tractor en cierta forma que hace mucho más difícil que se atasque el camión. "Ojalá no se necesite", pensó.

Llevaba varias cuadras sin ningún problema, recogiendo personas que se habían quedado atoradas, y que no se podían bajar porque la corriente aún era fuerte; Jaime se sentía una especie de hada madrina repartiendo el bien entre la gente, cuando notó que una parte de la calle estaba obstruida por una camioneta, por lo que se fue orillando a la izquierda, cuando al pasar la esquina de Allende, sintió un golpe en la suspensión, y el camión se atoró, ni para atrás ni para adelante; le llegó a la mente una anécdota de Santa Teresa que le había contado Don Paco, resulta que Santa Teresa andaba viajando mucho fundando conventos, cuando, al cruzar un río se le rompió el eje de la carreta donde viajaba, se cuenta que le reclamó a Dios, diciéndole que ella estaba trabajando por Él y que no entendía cómo permitía tantas dificultades, entonces oyó que Dios le dijo: "así trato yo a mis amigos, Teresa". A lo que ella le respondió: "¡con razón tienes tan pocos amigos!".

Jaime se salió de la cabina para ver en dónde se había atorado, pensando en su desidia de no haber arreglado la manguera del inter, ahora tendría que conectarlo manualmente, lo que parecía imposible por la corriente, además se dio cuenta de que la herramienta la traía en un compartimiento del remolque. En eso estaba cuando vio a un padre con su hijo mirando la escena desde la parte de arriba de una mueblería, gritando les pidió la herramienta, en ese momento reconoció al muchacho: era el junior que había ido a jugar el dual meet de tenis al club Atenas, "la mayor preocupación de este zoquete debe ser la de ver Disneylandia los miércoles", pensó. Después de aclarar el tipo de herramienta que quería, se la proporcionaron, ya con la llave necesaria, intentó alcanzar el diferencial pero le fue imposible, luego de unos momentos de indecisión, abrió el cofre y pasó la manguera del medidor de presión del tablero al control del inter, con satisfacción alcanzó a oír el ligero escape de aire, señal de que ya estaba conectado: después de bajar el cofre, metió las velocidades, todos estaban observándolo, entre otras cosas, porque no tenían más que hacer.

El camión avanzó sin el menor esfuerzo, como si nunca hubiera estado atascado.

—Las llaves —pensó Jaime, haciéndose el propósito de devolverlas algún día.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 8

“Es un error creer que tú alcanzas el éxito, el éxito es el que te alcanza a ti, solo hay que ponerse a modo”.

Había que decidir qué era lo que iba a estudiar, tenía que hacer exámenes de admisión y no sabía ni a qué Universidad, ni qué carrera estudiar, vio los planes de estudios de cada carrera, las materias que había que cursar... y como las matemáticas se le facilitaban y el dibujo se le dificultaba, escogió de la misma forma que la mayoría de los muchachos la carrera a estudiar, eliminan las que no les gusta, ven la tira de materias y deciden con la ligereza de escoger un plato en un menú.

Al platicar con su papá de la decisión, le extrañó que al mencionar mercadotecnia frunciera el ceño.

—No, si vas a estudiar, estudia algo en serio, no esas cosas raras —era claro que mercadotecnia le sonaba a Don Pepe como estudiar para artista de segunda. Él hubiera preferido que su hijo fuera al Tec de Monterrey, como los hijos de sus vecinos, o a la UAG como sus primos.

A la semana estaba presentando exámenes en el ITAM, en la Ibero y en la Anáhuac; la que lo aceptara primero, esa era la buena. En el ITAM para economía, en la Ibero para ingeniería y en la Anáhuac para Administración. El ITAM fue el primero que resolvió. Marina Nacional, frente a Petróleos, nada que presumir de las instalaciones. Hubo un cambio que definitivamente no le gustó: se iba a vivir con su tía Sara, hermana de Don Pepe, señora viuda que disfrutaba de una posición económica cómoda, Pepino tenía pensado poner un departamento con amigos de Irapuato que se iban al Distrito Federal, en la colonia Del Valle, esos planes se fueron para abajo, Don Pepe le “pidió” que se fuera con su tía; por otra parte, la tía vivía en Polanco. Bueno, tampoco pasa nada —como dice mi tío Chava Urquiza — “para ser valle de lágrimas no está tan de la chingada”, repitió su dicho.

Don Pepe le compró un Dodge Dart gris, recién sacado de la agencia de su amigo Fernando, las cosas le iban bien al señor, el hacer casas de interés social, combinado con la mueblería habían hecho de Don Pepe una persona próspera.

Todo era nuevo al llegar a México, era una tarde lluviosa, los sauces caían pesados sobre las amplias calles de Polanco. Al llegar a casa de su tía, tocó el timbre y esperó tras la reja, escuchando solo los limpiadores de su coche y el caer de la lluvia, mientras veía que se entreabría la puerta y se volvía a cerrar. Pepino se cuidaba de no ser salpicado por los coches que pasaban mientras un caballero de apariencia respetable con un paraguas negro le habría para permitir el paso a su coche. Después de dejar el auto bajo cubierto, Pepe pasó al recibidor, donde esperó un buen rato a su tía. La casa era la típica de la colonia, estilo barroco, algunos decían estilo californiano, un poco obscura, con sala espaciosa de piso de mármol en cuadros alternados, blancos y negros a forma de tablero de ajedrez, y una mesa de centro llena de piezas de cristal fino con huevos de cristal y un Fabergé, además de una familia de French Poodles de cristal, las escaleras de granito con barandales de bronce que subían dando vuelta bordeando ventanales de vidrio soplado con tonos dominantes de azul. La cochera, hasta el fondo de la casa. Un Cadillac Seville negro dominaba la vista de la cochera. El Volkswagen se quedaba escondido a la vuelta de la casa, junto a la cisterna. El que definitivamente se alcanzaba a ver desde afuera era el Cadillac negro. El Dart de Pepino ocuparía su lugar junto al Volkswagen, por supuesto sin techo, nunca se explicaría Pepino para qué querían el techo del porche, aunque comprendía que se le taparía la vista al coche negro. La cocina tenía un aroma a limpio proveniente de un detergente con base de amoníaco, los baños otro aroma, un aroma especial, tal vez debido a las tapas de los escusados, que eran de madera; además, las hierbitas de olor y los jabones daban un tono distinto a algo tan simple como lo era el aroma de un baño. Sobre esto, las manijas y el lavamanos de porcelana con llaves en forma de cruz daban un toque de añeja distinción.

La cena, aunque quesadillas con frijoles, fue llevada a la mesa redonda por Cande al antecomedor, con gran solemnidad. Un botón de timbre colgando desde el techo sobre el centro de la mesa, un salero y pimientero; además, una charolita con medicinas, el pan rebanado cubierto por una servilleta y las jarras de agua y leche en una tabla de centro de mesa que giraba con el más leve empuje de los dedos; la servilleta en un arillo, los dos primeros días creía que las cambiaban diario, después se enteró que el cambio era cada semana: los lunes, porque los domingos usaban otras servilletas, más grandes y elegantes, siempre limpias. La cena caliente siempre a la misma hora y de la misma forma daba sensación de estabilidad y calidez a la casa. Después de cenar, la tía se retiraba a ver la novela de las nueve, sin decir a Pepino más nada que buenas noches. Pepino se retiró a lo que era el despacho, a curiosear entre los libros y revistas de su difunto tío. El pasatiempo no era muy entretenido, pero era mejor que ver novelas, sin contar con el hecho de que solo había una televisión y estaba en la salita del cuarto de la tía Sara. Una colección completísima de Mecánicas Populares y de "Selecciones", hacía que Pepino tuviera material más que suficiente para leer antes de dormir.

Una de las cosas agradables de la mañana fue el notar que Don Lupe había lavado su coche. Al agradecérselo, Don Lupe hizo un gesto de indiferencia, como diciendo "no sé de qué me da las gracias, es mi trabajo". Tenía una extraña dignidad, nunca se casó, vestía casi siempre de gris, con camisa blanca de algodón. No era extraño que lo confundieran con el señor de la casa..., lo que no sería raro, tenía mucho más porte y dignidad que muchos de sus vecinos.

Estaba en el salón el primer día de clases; el edificio no era bonito, no tenía jardín, una cancha de voli que hacía las veces de estacionamiento, pero según los que conocían, era una excelente escuela, y los maestros de lo mejor; tal vez la circunstancia de que fuera céntrico ayudaba a conseguir buenos catedráticos de tiempo parcial, el hecho de dejar el coche estacionado en tercera fila, sin más, llamaba la atención a cualquiera, por no decir de la impunidad que tácitamente gozaban.

Solo había cuatro mujeres en el grupo, una de ellas bonita de cara, con aire intelectual y con una falda que no podía ser más larga, usaba lentes redondos y miraba constantemente por la ventana, sentada en la primera fila. Seguro es una "matada", pensó Pepe, otras dos muchachas platicaban con aparente interés, las tres se habían sentado juntas, como en defensa instintiva contra el sexo masculino. La cuarta, no había descubierto la cuarta, estaba sentada más atrás, trató de disimular, sin éxito; se quedó prendado a primera vista, delgada, espigada, pelo negro hasta los hombros, tez blanquísima, y... ¡en su salón!, se sentó a dos escritorios de ella.

—Hola.

—Hola.

Una sonrisa corta, como firma de recibido. No obstante, Pepino estaba encantado, esperaba el momento para dirigirle la palabra cuando de repente entró con prisa un chaparrito con lentes, apresurado y con aire decidido.

—Bienvenidos al ITAM —dijo mientras todos se terminaban de acomodar en sus asientos.

—Esta es supongo, su primera clase —a lo que los alumnos respondieron con una cara de aceptación—.

El propósito de esta materia es sacar a toda la basura que se coló en el examen de admisión, de todos los que están aquí, solo va a pasar la tercera parte; las mujeres, por favor, dense de baja de una vez, en el ITAM no se ha graduado nunca una mujer; es más, no ha pasado de cuarto semestre, por lo que les aconsejo que no pierdan su tiempo y se inscriban en otra parte.

Todo el grupo miraba sorprendido al sujeto, una muchacha, la más gordita tenía la boca abierta de espanto y asombro.

—Esta es la lista de los libros que van a tener que comprar, son sólo doce libros, los quiero todos para la próxima clase —dijo mientras enseñaba rápidamente una hoja—. El costo es de dos mil quinientos pesos —suma enorme, tomando en cuenta que las colegiaturas de todo el semestre costaban cuatro mil quinientos pesos—. La hora de entrada no va a ser a las siete, va a ser a las seis y media, por cierto, vamos a tener una clase extra los sábados a la misma hora... ¿no le gustó? —preguntó a un gordito que estaba sentado hasta adelante.

—No, sí maestro, está bien —dijo rápidamente.

—Mejor dese de baja compañero, usted no va a pasar la materia —el gordito hizo un gesto de indignación, siempre había sido el más aplicado de la clase, y ahora le decían en la primera clase que iba a reprobar.

Reinaba en el salón un silencio absoluto, se abrió la puerta, un alumno con gesto alegre hizo una rápida seña al "profesor".

—Nos vemos pasado mañana a las seis y media —anunció mientras salía rápidamente del salón. Medio minuto después entró al salón un profesor de edad mediana, el Dr. Siliceo, con aire apacible.

—Buenos días muchachos —dijo, mientras se sentaba en la silla que acababa de ser desocupada apresuradamente. Al ver la cara de asombro de sus alumnos. Se sonrió al darse cuenta de que los alumnos de los últimos semestres les habían hecho la novatada ya clásica en la institución. El grupo, después de darse cuenta de que habían sido engañados, tardó todavía buen rato en reaccionar; en especial la gordita, quién siguió como media hora con la mirada perdida y la boca abierta por la primera impresión recibida. Oyó como entre sueños que el doctor Siliceo mencionaba algo de Antígona.

Pepe volteó a ver a Malena, ella miraba muy seria la carpeta donde hacía las primeras anotaciones de su carrera. Tenía una expresión de tristeza y al mismo tiempo de determinación. Pepe no podía creer en su suerte, la muchacha perfecta, falda a cuadros, playera azul marino con cuello alto, zapatos café obscuros, reloj: Rolex.

El trato con Malena continuó gracias a los maestros, que dejaban tareas como si fueran los únicos profesores en el ITAM, pasaban juntos buen tiempo haciendo trabajos.

—¡Cuidado! —dijo Malena al tiempo que Pepe le tocaba la rodilla con la suya, a forma de flirteo. Pepe apartó su pierna inmediatamente. Malena rió.

—Cuidado con la araña —dijo todavía sonriendo al darse cuenta del susto que le había pegado, una araña colgaba de la lámpara que estaba arriba de ellos.

—Una araña titiritera —dijo Pepe. Malena se le quedó viendo.

—¿De dónde sacaste eso de araña titiritera?

—Uno que es culto, ¿qué quieres? Historia de las Ideas, el Doctor de la Isla, Problemas de la Ciencia y la Técnica, Luis Astey.

—No, en serio, ¿de dónde sacaste eso de las arañas titiriteras?

—De vez en cuando se la oigo a mi abuela.

—Mmhhh, qué curioso, murmuró Malena.

Malena volvió a su libro, con su costumbre de dejar caer su pelo hacia delante. Si había algo como estar enamorado, eso era lo más cercano que Pepino había estado en toda su vida.

—Bis, ¿qué crees?, encontré alguien que conoce de arañas titiriteras, ¿te acuerdas del muchacho de Irapuato?

Don Abraham volteó serio:

—¿Cómo dices que se llama?

—Pepe.

—José... ¿qué?

—José Correa Orendáin —dijo, después de ver un papel.

Don Abraham se sentó dejando caer la respiración, Orendáin era el segundo apellido de Carolina, Lucha lo pudo haber cambiado por el primero, o tal vez Patxi, no sabía, pero las arañas titiriteras eran patrimonio intelectual exclusivo de Carolina. O de su amiga Olivia, en todo caso.

—¿Sería posible que alguien, Patxi o Lucha estuvieran en México?; a ellas las había mandado a Buenos Aires, de lo último que tuvo noticia fue que se embarcaron en el "Cristóbal Colón"; a Patxi lo embarcó en el "Marqués de Comillas" a Nueva York, el mismo barco en el que él mismo llegó a Veracruz.

—Me gustaría conocer a tu amigo, ¿cuándo lo invitas a la casa?

—Ya verás como sí —le respondió Malena con su curiosa sintaxis—. De hecho no tengo que caminar mucho, vive aquí enfrente.

—¿Perdón?
—Es sobrino de doña Sara, vive aquí mientras estudia —otra vez la misma sensación en las corcovas de las rodillas, esta vez acompañada de un vacío en el estomago. Torció la boca, hizo un pequeño ruido y se asomó por la ventana con la esperanza de verlo:

—¿Cuándo lo invitas a la casa? —le repitió.

Don Abraham le dio los datos a Bruno, quien, después de un corto viaje a Irapuato, comprobó que, efectivamente, era hijo de Lucha.

No sabía cómo había llegado a México, menos a Irapuato y mucho menos a tener un hijo que coincidiera en el mismo salón que Malena.

Don Abraham no pudo dormir en varios días, había localizado a Lucha, se había enterado de que aún vivía doña Carolina, treinta años sin saber nada de ellas y ahora aparecían de repente.

Irapuato, solo lo había visto de pasada hacia Guadalajara, y mencionado por las fresas. Nada más, hasta ahora.

Vinieron a su mente todo tipo de pensamientos, ¿se habrán enterado de lo que les había hecho?, Si se enteraron, ¿cuánto tiempo tiene que se dieron cuenta?, ¿lo estarán buscando?, ¿se habrán conformado con una hojita en donde decía que estaban muertos y una tumba falsa? Las rodillas le temblaban, tuvo que sentarse nuevamente. Habló a Bruno: —Ven en cuanto puedas.

—Por una parte es mejor, llevo treinta años esperando que me descubran, ya estoy harto de esta situación, ¡ojalá que se descubra todo y me cargue la fregada!, maldita la hora en que se me ocurrió esta pavada, no he tenido un solo día que no me acuerde y vea la cara de cada uno en mis sueños. ¡No hay dinero que pague eso!, en su momento lo hice para quedarme con mi hija, ¡para lo que sirvió! En fin, qué le vamos a hacer, lo que sea que truene, para bien o para mal.

—¿Que te pasa?, toma las cosas con calma, mira, averigua un poco más, hay que ver con este muchacho: si conoce a su tío, o si sabe algo de él, ahí nos enteramos.

—Sí, ya lo había pensado, no creas que ando tan pendejo, voy a hacer algo más, comunícate con Jorge, o con Eduardo, con el que sea, de la casa de bolsa.

Pepe vio en el tablero de avisos "se solicita auxiliar analista", Inverlat. Llamó por teléfono para pedir una cita, 10 AM. jueves. Los días se hacían cada vez más cortos, muchos estudiaban y trabajaban, el tenía tiempo para estudiar con Malena, pero ya tenía ganas de trabajar.

El trato con su tía se había vuelto menos frío. A veces, por la misma soledad de los dos se quedaban platicando después de la cena, era una mujer de un gran carácter, pero con muchas reservas y desconfianzas. Solía tener algunos ratos de plática simpática, su desconfianza hacia todos y proclividad a la crítica era tan evidente y exagerada que caía en lo simpático.

Don Lupe iba perfectamente con la personalidad de la casa, vivía en el segundo piso, en la parte de atrás de la casa, arriba de la cochera, bordeada toda la construcción por una tupida y bien cuidada enredadera. Por la parte de atrás, su habitación conectaba con un bien cuidado huerto, huerto que no tenía otra comunicación con la casa. Espinacas, acelgas, calabazas, pepinos, rábanos, chayotes..., Don Lupe era el único que entraba a ese huerto, que en un pasado había sido una cancha de Tenis; ver el huerto desde la ventana que estaba junto al pequeño escritorio era un placer, extrañamente reservado para sí mismo. Pepe se quedó observando cómo limpiaba el Cadillac negro, que rara vez lavaba, solo limpiaba, con un trapo gris, varias veces al día, siempre adentro de la cochera, guardada por una puerta de madera color beige, que rara vez se cerraba, por no decir nunca. Era un enigma para Pepino el por qué Don Lupe no hacía nada para ser otra cosa que chofer, o por qué nunca había hecho algo que le permitiera una mejor posición, su pelo canoso brillante y peinado para atrás, su elevada estatura, su gran seriedad, y sus zapatos bostonianos siempre bien boleados, le daba un aire aristocrático, cuando Pepe le preguntaba algo personal solo sonreía y seguía con su trabajo.

—Llena esta forma —le dijo con calma una señora excelentemente bien vestida, guapísima, tenía una carpeta grabada 〝M. Esteve〞, lo saludó luego con una sonrisa, llevándolo a la mesa de juntas, nombre, dirección, aficiones, grado académico, etc., etc. Pepe no salía de su asombro: desde que estaba en primaria no había sentido el mismo tipo de admiración por una mujer, de una belleza impresionante, un trato delicado y ademanes que dejaban ver una vida exigente y bien llevada. Fue el único día que la vio. Definitivamente no era secretaria, en adelante solo oyó hablar de ella, nada más que elogios, inclusive de Anilú, que se las gastaba sola para hacer comentarios bajos y traicioneros.

No veía a nadie más llenando solicitudes, le dejaron la sala de juntas para llenar una forma de solicitud de empleo. Como si fuera poco, Angy, la secretaria del director le llevó café y galletas.

—Vente el lunes, ¿has estado en el seguro?

—No.

—Bueno, trae dos fotos tamaño infantil.

—¿El lunes me resuelven? —preguntó con timidez.

Angy lo vio con mirada de condescendencia: —Vente el lunes.

Pepe la vio salir de la sala de juntas con la elegancia de una reina abandonando a sus lacayos.

Sopa de frijol en la cena, con totopos y queso, pan de dulce y leche caliente servida en una pequeña jarra 〝Vasconia〞, una jarra de agua y otra de leche. 〝¿quieres unas quesadillas?〞, tres segundos sin responder, timbre, un timbre que colgaba justo arriba de la mesa del antecomedor, 〝Cande, tres quesadillas para el joven〞.

Lunes, llegó a las once a Inverlat.

—¿Qué horas son estas de llegar? —dijo Angy—. Pasa con el licenciado, te está esperando.

El aroma de alfombra nueva y el olor del café, mezclados con el del encino daba a la atmósfera un aire distinguido, la luz indirecta caía sobre las elegantes y delgadas persianas plásticas, Eduardo se levantó como resorte de su sillón de piel

—Pásale, Pepe, ¿un café? —Pepino tuvo la impresión que lo estaban confundiendo con otra persona.

—Bueno.

—¿Con azúcar?

—Negro está bien, gracias —le gustaba con una de azúcar, pero había oído al coach Molden en St. Paul´s el 〝black is ok〞 y lo había adoptado como contestación, aunque fuera traducido.

Eduardo sonrió a Angy como diciendo 〝eso es todo〞.

La presentación con todos los de la oficina, Eduardo lo presentó con cada uno en todo el piso. Estaba todavía sorprendido, ¿era el único que había hecho solicitud?, ¿no era necesario un examen de algo? En fin, no iba a ser él quien reclamara.

Le asignaron un escritorio y le dieron su trabajo: estar junto a Miguel, viendo lo que hacía y aprendiendo, por las tardes Isabel le daría algo de trabajo 〝pesado〞, sumar cantidades y checar cuentas: pareciera que esa tarea lo había de perseguir toda su vida.

Todavía era de noche, se equivocó por una hora, levantándose más temprano, la puerta de la cochera estaba abierta, Don Lupe podando el seto exterior a la casa, ahí fue donde Pepe se dio cuenta de que algo andaba mal con la hora, estaba más oscuro de lo normal; Don Lupe, con sus largas botas de hule, lo saludó con un buenos días amistoso, con un tono de 〝¿y ahora por qué tan temprano?〞. Pepino se recargó en la barda de piedra, había un poco de neblina, el pavimento estaba mojado todavía de la lluvia de la noche anterior, la amplia banqueta empedrada alrededor de los árboles, rota en algunas partes debido a las raíces, invitaba a caminar por ella. En la casa de enfrente, se podía ver a través de las rejas pasar a don Abraham, con su bata roja, Pepe no dejaba de reflexionar en Don Lupe, ¿qué diferencia podría haber entre él y don Abraham? A fin de cuentas, los dos vivían en una casa grande en Polanco, los dos manejaban buenos coches. Si acaso, la diferencia era que Don Lupe era mucho más sano. Sus expresiones tenían algo de parecido, la diferencia estaba en que don Abraham parecía estar esperando algo malo y Don Lupe algo bueno: gran diferencia.

—¿De donde es usted, Don Lupe?

—De un pueblito de Jalisco, La Unión de San Antonio.

—¿Y cómo llegó aquí? —como siempre Don Lupe sonrió y elevó los hombros, esta vez mirándolo y levantando la ceja al mismo tiempo que sonreía. Siguió cortando cuidadosamente el seto, un Galaxie negro pasó despacio, solemnemente, provocando un suave ruido con las anchas llantas al pasar por los pequeños charcos, un leve claxonazo a forma de saludo, Don Lupe saludaba sobria y elegantemente. Al poco tiempo pasó un Impala verde, el mismo saludo.

—Don Lupe, ¿conoce al señor de enfrente?

—¿A don Abraham?, claro que sí.

—¿Es raro, no?

—Todos somos raros —silencio.

—He notado que se me queda viendo —dijo Pepino, Don Lupe interrumpió involuntariamente sus tijeretazos.

—Tendrá curiosidad.

—¿De qué?

—No sé. Los viejos nos volvemos curiosos. No te preocupes, ya lo conocerás. Tenía mucho tiempo viviendo en esa casa, tuvo algunos problemas y luego regresó.

Pasaron varias semanas, le salía más caro trabajar que quedarse en la casa; la ropa que tenía que comprar era mucho más cara de la que él normalmente usaba, y era de otro tipo; la corbata no podía ser cualquier corbata, tenía que ser Hermes; los zapatos Florsheim; el traje, de Sidi para arriba, los calcetines Gold Toe, de rombitos de preferencia. Su papá, orgulloso de que trabajara, dejó de enviarle dinero, curiosa forma de demostrar su orgullo. Pepino le reclamó, diciéndole que lo que ganaba no le alcanzaba para nada, entre gasolina, ropa y estacionamientos, se iba todo.

Se le hacía muy agradable, al principio, la familiaridad con que se trataba a las muchachas; aunque muchas de ellas eran casadas, parecía que esto no tenía nada que ver en la casa de bolsa. Salían a comer o cenar con compañeros de trabajo, a veces a "El Bandasha", otras veces a "El Mirador", iban a todas las reuniones; a muchas de ellas no se les conocía el marido, a pesar de llevar años trabajando allí; pareciera que en las casas de bolsa las escogieran por el aspecto, todo lo demás era ganancia.

El escritorio de Pepe era de los de la "fila", ocho escritorios sin ninguna división, las sillas Knoll tapizadas en el azul institucional; al recibir llamadas personales, parecía que hablaban en clave: "Sí", "No", "Ajá", "No exactamente", "Igual", "Donde siempre", "A la hora de siempre". Con el tiempo parecía que se oía lo que decían por el otro lado "¿Puedes hablar?", "¿estás sola?", y una expresión común en las "relaciones peligrosas": "¿puedes que nos veamos hoy?" esa oficina era como el limbo del estado civil; ahí no tenía mayor importancia ser casada, soltera, divorciada, viuda, etc., eso sí, cuidaban mucho la identidad del tercero; aunque todos supieran de quién se trataba, disimulaban con un aire de autismo propio del mejor actor.

Al principio parecía que todos trabajaban todo el día, luego parecía que algunos trabajaban, luego, que casi nadie trabajaba, luego que alguien trabajaba: Isabel, delgada, nerviosa... los ojos le brillaban de coraje si no le entregaban la información como era correcto. Por supuesto, siempre estaba haciendo corajes. El cierre del día era el caos; siempre había alguien cerrando operaciones al último minuto; alguien a quien se le olvidó alguna instrucción del cliente, una inversión que no se puso a la tasa, un cheque no cubierto... siempre había algo a última hora, nadie sabía cómo Isabel alcanzaba a cuadrar todo, sacar el reporte diario y todavía salir a la misma hora. Después Pepe se fue enterando de su "secreto", utilizaba una subcuenta del grupo en donde manejaba sus "pendientes por ajustar", una especie de cuentas de conciliación para las inversiones; esa subcuenta era de un fondo de inversión tan grande, que las pequeñas diferencias del día prácticamente no afectaban; nadie había preguntado por esa extraña subcuenta, Isabel había aprendido con el tiempo que era muy poca la diferencia entre los rendimientos finales de los inversionistas que estaban comprando y vendiendo todo el tiempo, fijándose en rendimientos y en datos aparentemente confidenciales y los rendimientos de los portafolios en los que prácticamente no se compraban ni se vendían acciones en meses. Con la diferencia que estos últimos no pagaban comisiones a la casa de bolsa, Pepe era uno de sus cuatro subordinados, los otros tres eran Miguel, Jorge y Esteban; Miguel era un tipo muy agradable, estaba estudiando algo raro, como Filosofía en la U.P. era muy abierto, y de fácil sonrisa; Esteban era más serio, él no estaba estudiando nada, parece ser que era de los pocos que trabajaban por necesidad, Jorge era solo un año mayor que él, estaba estudiando Administración en la Anáhuac, era nervioso y al mismo tiempo despreocupado, seguro de él mismo, muy bien vestido. Pepe tenía que sacar las conciliaciones de las cuentas a mano, revisar la tarjeta de cada una, sumar los saldos y checar la con la tarjeta maestra. En ese entonces ya había sistemas que hicieran esa tarea, pero los directores de la casa de bolsa, preferían que se hiciera de esa forma; eran los tiempos en que todavía no se confiaba mucho en las máquinas, y a la gente mayor les encantaba que les entregaran las tarjetas amarillas llenas de pequeños números, ordenados y bonitos, en donde, con cargo y abono se explicaba cada movimiento de esa cuenta y sus valores estimados.

Pepe tenía su calculadora Olivetti de rollo, color verde con negro y un montón de movimientos que pasar a diario, para sorpresa de Isabel, Pepe empezó a trabajar como si estuviera ahí desde hace años; Miguel se le quedaba viendo con extrañeza al empezar a teclear en la calculadora sin ver los números, solo las pólizas.

Cuando terminó con su trabajo, que era asombrosamente parecido al que hacía en la mueblería, y ver que sus colegas todavía no terminaban, se paró de su escritorio y fue a servirse un café.

Angy tomó con delicadeza, mezclada con altivez, la taza de su jefe y la suya, después de llenarlas, se despidió con un "Bye", cantado a dos tonos: daba la impresión de que quería decir que era la única que tenía boleto para la función, hizo una escala en su escritorio por galletas y después entró en el privado de Eduardo. Angy usaba lentes redondos que no necesitaba más que para su imagen de mujer moderna e intelectual; de hecho, cuando necesitaba leer letra pequeña, se los quitaba. Pepe siguió viéndola hasta que se metió al privado.

—Es lo más pesado de su trabajo —le dijo Jorge, con aire despreocupado—. Tengo curiosidad de ver para qué otra cosa sirven sus cajones aparte de usarlos para guardar galletas, "Kleenex", arreglos navideños, boletos para alguna rifa, y eso sí, una agenda, en donde apunta todas las citas que tiene su jefe —dijo abriendo sarcásticamente los ojos. El cajón de abajo tiene como única función guardar la bolsa, por cierto bastante grandecita.

Jorge se volvió a su escritorio con soltura, usaba un traje Yves Sant Laurent que por lo menos costaba mil quinientos dólares, camisa de algodón con sus iniciales bordadas en el puño, al cruzar el pie desenfadadamente, dejaba ver la marca Bali en sus zapatos, todo lo cual indicaba que su sueldo le tenía muy sin cuidado, le acababan de asignar dos cuentas más que medianas, y parece que lo hacía bien porque nadie le decía nada cuando salía con sus clientes al Champs-Élisées, con cuentas que indicaban que se habían pasado un buen rato —después de la tintorería ya no son Hermes, solía decir al referirse a su corbata.

Eduardo salió de su despacho a enseñarle la oficina a unos clientes, con quienes había comido en el espléndido comedor del piso nueve, Isabel le dijo de buena manera: —Deberías terminar tu trabajo antes de ponerte a fisgonear.

—Me parece que ya lo terminé —le dijo, entregándole las tarjetas y el reporte conciliado; Miguel y Esteban, los otros auxiliares, miraban de reojo.

—Debe estar mal —dijo Isabel— no es posible que hayas terminado el reporte, a los demás les lleva varios días —siguió hablando, pero no de mal modo, sino como para que la escucharan los demás.

Pepe se acordaba de las horas y horas que lo ponían a hacer las tiras de sumas, pero aparentaba naturalidad, como si ya hubiera nacido sabiéndolo hacer. La buena suerte lo ayudó cuando le dijeron que pasara el resumen del día a máquina, otra Olivetti igualita a la que acababan de comprar en las oficinas de la constructora de su papá, y que él, por curiosidad había aprendido a manejar. En menos que canta un gallo, y aprovechando lo que su papá llamaba "habilidades secundarias", entregó el reporte tan rápido que hizo que Isabel le hiciera un comentario que parecía fuera de lugar en ella:

—¿Dónde habías estado toda mi vida, mi rey? —sin esperar respuesta se fue a su escritorio encantada con su reporte. Esteban solo lo miraba de reojo, siguiendo con sus números. Miguel ni siquiera volteó, pero había oído todo lo que le estaba pasando a "el nuevo". Había alguien más, sonó la extensión que había para los tres escritorios, se levantó Miguel para contestar.

—Te hablan —le dijo a Pepe con una sonrisa.

—¡Hola!, ¡Bienvenido!, soy tu amiga secreta —Pepe volteó a ver alrededor, por las divisiones no se podía ver a nadie hablando por teléfono—. Ten cuidado de los buitres —dijo con tono misterioso—. Adiós.

Por la voz era una muchacha muy agradable. Tal vez de unos veinticinco años, hizo otras cosas para terminar el día y se salió de la oficina. Al salir vio en el mismo estacionamiento a Jorge, con un Gran Marquis con quemacocos, dos o tres años atrasado, pero muy bien cuidado; que no parecía ir muy de acuerdo con la personalidad de alguien de su edad.

Al día siguiente, al llegar Pepe a su escritorio, esperaba una mirada de felicitación de Isabel, pero lo que recibió fue una mirada esquiva, no le dio nada qué hacer... se fue a su escritorio desconcertado; al poco tiempo, se oyó sonar la extensión de Isabel y con un gesto le dijo que fuera para su escritorio. Que pases a personal.

—¿Para qué? Preguntó extrañado.

—Parece que hay un malentendido.

Después de recibir de caja chica el equivalente a su día trabajado, regresó a su escritorio a recoger las pocas cosas que tenía. Cuando iba pasando por el teléfono sonó, no contestó, puesto que ya no sentía tal derecho, se levantó Miguel, contestó y colgó inmediatamente. Después de recoger sus plumas, calculadora y una agenda de Expansión que le había regalado su papá, pasó de nuevo junto al teléfono, de nuevo sonó y de nuevo siguió de largo; esta vez se levantó Esteban a contestar.

—Pepe, te hablan —le dijo en el último momento.

—El buitre dijo que eras espía, y por eso te corrieron —dijo la muchacha misteriosa.

—Dijo que no era posible que supieras hacer lo que hiciste si no hubieras estado trabajando antes en una casa de bolsa.

Entonces se acordó de lo que le decía su papá:

—No enseñes todas las armas desde el principio.

Le parecía increíble que si alguien hacía las cosas bien lo corrieran, se acordó de lo que había pensado el día anterior acerca de lo bueno de las horas de práctica, ahora le parecía que le habían estorbado.

—Salirse de los estándares siempre es un riesgo —le decía, pero vale la pena.

—Hay gente que preferimos volar —dijo con su lenguaje parabólico.

No parecía que hubiera valido mucho la pena; con coraje se dirigía hacia la salida; cuando pasó por el despacho de Eduardo, quien, como siempre que no estaba, mantenía la puerta abierta, solo que esta vez el elevador estaba abierto.

—Total, qué más me pueden hacer, si ya me corrieron.

Cruzó la oficina, Angy se levantó para ver que quería, más con curiosidad que con ánimo de evitárselo. Se metió dentro del elevador y presionó E1, siquiera voy a ver qué coches tienen. Le llamó la atención que en la música del elevador estuvieran tocando "primavera" de Vivaldi... era 21 de marzo, tal vez era un detalle por la primavera. Debe de haber alguien muy ocioso, o muy meticuloso para fijarse en esos detalles, una compañía que tiene tiempo para esas cosas debe tener algo bueno, lástima que yo no lo haya encontrado. ¿Quién será realmente el jefe? —quién sabe— esa sí que era una pregunta profunda. En eso estaba cuando se abrieron las puertas del elevador y se topó de frente con Eduardo, se quedó pasmado al ser sorprendido por el director en el elevador privado.

—¿Qué haces aquí? —dijo, no se le veía enojado.

—Me acaban de correr —dijo apenas.

—Eres rápido, llevas dos semanas y ya te corrimos, es todo un récord —por lo que se veía no estaba enterado, pensó Pepe—. Ven —dijo, te invito un café, subieron los dos por el elevador, —¿quién te dijo que estabas despedido?

—En personal.

—Qué raro.

Pepe vio que había alguna oportunidad de que cambiaran las cosas.

Al llegar a la oficina, Eduardo dejó a Pepe solo mientras iba a la sala de juntas para hacer una llamada en privado, tardó dos minutos en la llamada, luego tomó el teléfono nuevamente.

—Angy, averíguame por qué corrimos Pepe —dijo con soltura—, quiero la verdad —dijo, cambiando el tono—. Antes, regálanos dos cafés, por favor. Dijiste negro, ¿verdad? —asintió con un ajá. Eduardo completó la petición: —¿juegas golf?

—Sí, ¿por qué?

—Solo un golfista se atreve a ponerse esos calcetines, dijo sonriendo, y no tengo nada contra las jirafas, ¿eh?

—¿En dónde juegas? —siguió Eduardo.

—En Irapuato, en Villas.

—Mmh, ¿conoces a los Barba?

—Solo a Chava y a Chori, su tío es el de Villas, los conozco por mis primos.

Eduardo lo interrumpió distraído:

—¿Cuánto tiras?

—Ochentas altos

—A ver qué día jugamos, aquí en este negocio es importantísimo, no sé cómo no lo piden como requisito.

Al poco tiempo entró Angy con los cafés, en una charolita de acero y madera, con elegantes tasas de porcelana alemana con filos dorados. Una pequeña azucarera con trozos en cuadritos.

—¿Negro está bien, verdad...? —dijo Angy con gracioso sarcasmo al mismo tiempo que recogía la charolita, tomó la lista de llamadas pendientes que Eduardo le daba siempre al llegar a la oficina, quien recibió otra llamada, debía ser su esposa, por el tono.

—Sí, Lolita; sí mi amor; no te preocupes; Ok, Ok, claro que sí mi amor —dejó caer el auricular con calculada displicencia; definitivamente era su esposa. Después de cinco minutos sonó otra vez el teléfono, con dos ajás y tres buenos, Eduardo se dio por enterado—. Si aceptas, te tengo un trabajo nuevo, de hecho es un ascenso pero en otro departamento.

Pepe miraba incrédulo, "ven, le dijo", llevándolo a una oficina más chica, pero con los mismos terminados de lujo que la de Eduardo.

—Álvaro, te encargo a Pepe, vamos a darle una oportunidad como analista senior, por supuesto, hay que capacitarlo, pero creo que servirá.

Al llegar al ITAM en la tarde, se sentía raro, eran muchas emociones para sólo dos días de trabajo. Se encontró en las escaleras con Carlos, un compañero que había dejado de estudiar en otra universidad, estando en cuarto semestre, para meterse ahí.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien —Carlos era unos seis años mayor que Pepe, de ánimo jovial y serio al mismo tiempo.

—¿En dónde trabajas?

—En un negocio raro —dijo después de pensar en lo sucedido en el día.

—¿Has leído a Chesterton?

—No, creo que no.

—Es que tiene un libro que se llama El club de los negocios raros.

—Debe estar bueno, por lo menos, el título se oye bien.

—¿Leíste para la clase ? —dijo Carlos.

—Sí, pero no le entendí nada, si todos los libros van a estar como ese de la Paideia griega, me van a reprobar.

—¿Tú lo entendiste? — continuó Pepe

—Más o menos.

—Más o menos —pensó cuando resultó que el tal Carlos era una eminencia en esos temas, tan impresionado se quedó el profesor con su exposición, que hizo que todos le aplaudieran al final—. Es la primera vez que alguien me saca tanta ventaja en tan poco tiempo —pensó Pepe. Desde esa clase —Loperena para acá, Loperena para allá —.

En la mañana siguiente, se instaló en su nuevo escritorio. Apenas se había sentado miró esperando que sonara, pero pasó el tiempo y su amiga secreta no le había llamado para felicitarlo..., estaba enojado porque no le había llamado. Por fin, después de veinte minutos, sonó el teléfono.

—¡Felicidades!, no sé a qué santo te encomendaste, pero cuando esté en un apuro igual te voy a preguntar.

—¿Qué tanto sabes?

—Lo suficiente para decirte que el buitre está furioso. En eso llegó Miguel a felicitarlo; Pepe le dijo a su amiga: —Oye, me hablas luego, que tengo visitas ¿Ok?

—Qué bárbaro, qué buena onda, tres semanas y mira dónde andas ya, yo llevo un año y medio y mírame, en el mismo lugar. Solo vine a desearte suerte y ya sabes que puedes contar conmigo en lo que quieras —dijo zalameramente Miguel. Esteban no le habló, ni lo fue a saludar. Jorge parecía no darse por enterado.

No ganaba más, pero tenía otro puesto, y un ascenso definitivamente más rápido de lo normal.

—Tú no alcanzas el éxito, es el éxito el que te alcanza. Es como el gancho de un pescador, no te puede enganchar si no estas "a tiro", tienes que estar a una profundidad alcanzable —le dijo su mamá cuando se lo comentó—. Para las muchachas es como conseguir buen marido, tú eres la que escoges, pero debes de dejarte alcanzar.

Jorge llegó un poco más tarde: —¿qué haces tan temprano?, tú debes entrar por lo menos a las nueve y media, no empieces a poner el desorden, aunque no te culpo; yo era igual que tú, hasta que me di cuenta que está mal visto, ¿ya sabes que no tienes que checar tarjeta verdad? También puedes hacer llamadas de larga distancia sin problema, ¡ah!, y muy importante, tu baño ya no es el mismo; pídele a Angy tu llave del baño que está subiendo las escaleras, ahora ya le puedes pedir café a la señora y te lo trae a tu escritorio, tienes cuenta para gastos, solo hay que llenar una formita con tres preguntas y dos números. El sueldo sigue siendo una baba —se recogió el saco para dejar ver el cinturón con herrajes de plata y sus iniciales grabadas en oro —. Se mandan hacer aquí en la calle de Amberes, cuando quieras te llevo —dijo Jorge al darse cuenta que Pepe observaba su cinturón.

principal ▲

◀ anterior siguiente ▶

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 9

Mira, creer que te van a tratar bien solo porque tienes buenos sentimientos es como creer que un toro no te va a embestir solo porque eres vegetariano.

Todavía no había pasado un año cuando ya tenía Jaime casi pagado el camión, además de varios lujos que se había empezado a dar, como comprarse una raqueta Jack Kramer, había cambiado toda su ropa, tenis Adidas, y una televisión para su casa.

—¿Qué vas a hacer ahora que termines de pagarme? —dijo Don Paco.

—Comprar otro camión —dijo— ya sé que no me lo van a dar en las mismas condiciones que usted, pero sí espero juntar para el enganche de uno bueno, aunque no sea nuevo.

—No hagas tonterías, mira, la cosa va a cambiar mucho para ti, primero, vas a necesitar un chofer, segundo, tú ahorita no has tenido gastos fuertes porque el camión estaba muy bueno, y además lo traías tú. Pero si compras un usado, lo más probable es que le salgan muchos detalles y que te la pases en el taller, y lo que vayas sacando no te va a alcanzar para pagar los documentos, aún entre los dos camiones. Mejor saca uno a crédito en la Kenworth o en la Dina, nuevo es nuevo, si quieres yo te doy la firma de aval.

Jaime sonrió con una mueca de agradecimiento.

Pasó el tiempo, y Jaime ya se desesperaba, puesto que su camión no llegaba. Era un tiempo donde los camiones nuevos estaban escasos, daban preferencia a los que pagaban de contado, y además, a las compras de flotillas.

Jaime iba a visitar a Don Paco periódicamente, le llamaba mucho la atención su casa, con su distribución antigua, un patio al centro, lleno de macetas, muchas de ellas con pedacitos de porcelana y espejos insertados en cemento, otras de barro en las ventanas y colgando, ‟las plantas son la alegría de las casas”, decía doña Mati, su esposa. El violín era una de las aficiones de Don Paco, es un instrumento con el que se puede disfrutar la melancolía, nunca tocaba enfrente de otras personas, ni siquiera de su esposa.

Cuando se enteró de que Jaime también tocaba el violín tuvo un deja-vú, tal vez eso había sido el detalle que le hiciera ayudar a Jaime con su primer camión. Tal vez también empezaría a jugar golf a los treinta años, como él, tal vez también vendería su compañía y se retirara a vivir tranquilamente al lugar de donde era originaria su esposa. ‟Bendita la tierra que recibe en su seno al que de ella nació”, ya que él no soportaba regresar a San Just por los recuerdos que le traía, por lo menos quiso darle ese gusto a Mati. Su único trabajo era encontrar algo que hacer cuando no jugaba golf, el dinero que recibió de la venta le la compañía le alcanzaba para sus hijos, nietos y bisnietos, en caso de que los hubiera tenido. Había puesto una tiendita de abarrotes cerca de su casa, y se había vuelto muy popular, pues le daba fiado a medio barrio, incluso al de la tiendita de la competencia a quien terminó por regalarle la tienda, por considerar que le había hecho competencia desleal, Don Paco no tenía necesidad de ganar dinero, lo cual no pasaba con su competidor, que tenía que sostener cinco hijos. Doña Matilde sabía que era el gusto de Don Paco ayudar de esa forma a la gente, al mismo tiempo que se entretenía trabajando, aunque fuera solo cuatro días a la semana.

Se sentaban a tomar el café en el comedor, para platicar, le gustaba más el comedor que la sala, ahí, con las sillas de madera labrada. El comedor y la sala eran los cuartos con temperatura más agradable, orientados hacia el sur. Don Paco había construido la casa con techos altos, tres metros con cincuenta centímetros, las ventanas de las dos recámaras y el cuarto de servicio daban al oriente. Por ninguna ventana entraba el sol de poniente.

Muy rara vez comían en restaurantes, los sábados, un tequila Cava de Don Agustín, en copita coñaquera —la gravedad es la gravedad— para acompañar, trozos de naranja con chile piquín espolvoreado:

—Así lo toma mi amigo Claudio Camarena—decía Don Paco.

Un buen chicharrón y luego carnitas surtidas con salsa pico de gallo. Tortillas recién echadas, de nixtamal. Unos chiles jalapeños con zanahorias para doña Mati.

Los domingos era paella o tapas surtidas, paninos de jamón serrano o algo más europeo. Un buen vino francés preparaba el terreno para una siesta con la sección dominical del Excélsior.

Lo primero que se veía al entrar a la casa era un patio, sin fuente, al frente el comedor y la sala con muros blancos, con techo inclinado y recubierto de teja roja. El techo tenía cuatro entradas de luz, que forzaban al sol a pasar por estrechas ranuras, tenían su razón de ser. También había otra entrada de luz en el techo, esta en forma de cono, que dejaba pasar solo un rayo de luz al comedor, Don Paco decía enigmáticamente que tenía que ver con la Catedral de Milán. En el comedor había salpicadas incrustaciones de piedras de distintos colores, verdes, amarillas, rojas y azules. "Todas tienen su razón de ser", decía Don Paco.

—¿Tienen algo que ver con el Zodíaco? —trató de adivinar Jaime.

Don Paco dirigió la mirada distraída hacia una esquina del techo, como solía hacerlo cuando meditaba algo que iba a decir.

—En cierta forma sí, pero nada de adivinar el futuro, ni tonterías como esas, esto es mucho más exacto.

—¿Usted no cree en los horóscopos? —preguntó Jaime.

—Mira, yo soy Piscis y los Piscis no creemos en esas tonterías —dijo divertido mientras levantaba las cejas.

Se quedaron platicando hasta las nueve de la noche.

—Tienes que ir a la Kenworth a ver si ya está tu camión, si no das un poco de lata, nunca te lo van a dar —le dijo Don Paco a Jaime—. Por cierto, diles que se los pagas de contado, ya te arreglé un crédito en Banamex.

—¿En Banamex?

—Sí, los de Bancomer son unos desgraciados, por decir lo menos.

Nosotros nos vamos a España, tengo muchos años con una curiosidad, y quiero quitármela. A Don Paco le habían quedado muchas dudas de la muerte de su mamá y de su hermana, además del destino de todas las propiedades, había varias cosas que quería ver por sí mismo.

Al día siguiente estaba Jaime en la agencia Kenworth, preguntó a la secretaria por el Sr. Martos, quien le salió a recibir después de unos minutos. Se mostraba amable, le pidió que lo acompañara afuera, y en un lote baldío que estaba enfrente, le enseñó un camión con los colores de la línea, solo le faltaban las franjas. Un error, la distancia entre ejes no era la que estaba especificada. El Sr. Martos fingió ignorancia, después de consultar a Don Paco, Jaime aceptó el tractor tal y como estaba. No te dejes llevar por el enojo, analiza las circunstancias, no hay tractores, si ganas la discusión, pierdes el tractor.

Después de entregar el cheque y firmar los documentos recibió la factura firmada por Gustavo Vildosola. Una factura que significaba una experiencia totalmente nueva para Jaime, un camión nuevo era un camión nuevo, de eso no había duda.

El lunes siguiente ya estaba cargando en la planta con su tractor nuevo, quitaba los mosquitos de la malla cuando oyó la voz en tono alto de un tipo con peinado relamido que daba explicaciones a sus dos acompañantes, una de ellas, una muchacha rubia de pelo corto, no muy alta, con tipo distinguido, observaba a Jaime limpiar el trailer.

—A estos "quinwor" les cargan ciento veinte mil toneladas sin ningún problema — Jaime volteó para ver quién había dicho ese disparate, los camiones cargaban treinta toneladas, ciento veinte ya era casi imposible, pero ¡ciento veinte mil toneladas! La muchacha notó la expresión de Jaime.

—Sus frenos son de aire, el mismo aire lo aprovecha para el aire acondicionado — Jaime evitó voltear pero recogió el cuello en señal de extrañamiento.

—Y estos no dan kilómetros por litro, sino litros por kilómetro, por cada kilómetro se gastan más de cuatro litros —Jaime miró nuevamente de soslayo encontrándose con la mirada de la güerita, hubo una sonrisa de entendimiento.

—Las llantas las inflan con gas para hacerlas más livianas —en eso estaban cuando la persiana del radiador se cerró automáticamente al bajar la temperatura del agua—. Tienen fotoceldas que defienden al radiador de los rayos de sol —dijo nuevamente con sapiencia.

Jaime no se aguantó y dejó escapar una pequeña risa, que fue notada por los tres; el sabio, al sentirse ofendido prosiguió.

—Y los choferes necesitan estar tronadísimos para poder dar las vueltas —dijo mientras se disponía a caminar para dirigirse a la oficina, por último dejó caer el comentario:

—Este seguramente no es el chofer, debe ser su archichincle —dijo en voz más baja, pero suficientemente fuerte para que lo oyera Jaime, quien volteó instintivamente, el tipo ya se había volteado pero encontró nuevamente la mirada de la rubia, quien levantó las cejas como queriendo expresar: —Qué tipo, ¿eh?

Tres horas más tarde, esperaba, ya cargado, al vigilante, que, como no tenía placas el camión, no lo dejaba salir. Llamaba a las oficinas para pedir instrucciones, Jaime esperaba arriba del camión, paciente. El sonido insistente de un claxon rompió la tranquilidad. Era el mismo tipo sabelotodo que estaba ansioso por pasar. Jaime no le hizo caso. El sujeto siguió insistiendo con el claxon. Jaime, al ver que el vigilante hacía un gesto de "ya cállate" se atrevió a preguntarle que quién era ese tipo tan payaso, "es el nuevo gerente de la planta". A Jaime le dieron ganas de marchar en reversa y estropear el frente de su lindo carro, pero se contuvo pensando en los viajes, que eran livianos y daban una propina al chofer; propina que también le tocaba a él. En ese entonces, era frecuente dar propinas a los operadores debido a la escasez de transporte. Furioso el engreído salió de su auto y se dirigió a gritarle a Jaime, quedando al lado derecho del camión.

—Quítate de ahí, niño idiota, si no quieres que le hable a tu patrón para que te corra.

—Estoy esperando que me den la salida, ahorita que me la den me quito. Al ver la calma de Jaime el tipo perdió el control, y con una llave rayó la pintura de la salpicadera del camión.

Jaime se enfureció, apenas alcanzó a controlarse, cuando se le ocurrió algo: "No sigas el pleito, hay gente enferma, contra esa no puedes competir" se acordó de lo que le dijo algún día Don Paco. Sin hacer caso del consejo apagó el camión, puso los frenos de estacionamiento, y cerró su camión con llave. El engreído ya estaba de vuelta arriba de su coche, por miedo a que Jaime lo fuera a agredir. No sucedió tal. Le pidió al vigilante su teléfono para hacer una llamada, a lo cual el vigilante se negó, pues no tenía autorización para ello. El engreído empezó a tocar el claxon nuevamente, para pedir el paso. Jaime con toda la calma se acercó a él y le dijo que si le autorizaba hacer una llamada.

—Quita tu camión de aquí, y después hablamos —le dijo.

—No puedo, el del seguro me dijo que si me ocurría un accidente no podía mover el vehículo hasta que ellos vinieran —viendo con gusto que a su interlocutor casi se le salían los ojos del coraje. Para entonces ya había una fila de coches esperando la salida, uno de los últimos era un Galaxie blanco impecable, el chofer de este se bajó a preguntar qué estaba pasando, al ser informado, no aguantó hacer una mueca que se parecía mucho a una sonrisa. A los dos minutos salió nuevamente el chofer del Galaxie, esta vez rumbo al Mustang, se devolvió al Galaxie acompañado del gerente, quien platicó con alguien que le abrió la ventanilla de atrás. Después de hacer varios aspavientos, se regresó a su coche. Pasaron otros dos minutos, sonó la extensión del vigilante, el cual, al saber quién hablaba se puso en una postura que denotaba claramente que estaba poniendo el máximo de atención. Parecía como si todos los que estaban el la fila se dieran cuenta de la situación, porque no se oía que nadie reclamara algo, reinando un silencio sepulcral. De la puerta derecha del Galaxie bajó un señor de aspecto distinguido, un poco pasado de peso, con el pelo completamente blanco e impecablemente peinado, se dirigió hacia el camión, Jaime se bajó para atender, pues parecía que quería hablar con él, pero pasó un poco de largo hasta ver el rayón de la salpicadera.

—Una pregunta, joven, ¿cómo hizo para contenerse y no darle su merecido a este tipo? —señalando al sorprendido gerente que escuchaba a dos metros de distancia.

Jaime no dijo nada, solo levantó los hombros.

—¿Estaría de acuerdo en que la compañía le pagara el daño, además de las estancias que le implique parar su camión por ese tiempo? —dijo con aire calmado, como pidiendo de favor al muchacho.

—Sí, claro, aunque me conformo con que me sigan dando carga.

—Le doy toda la carga que pueda sacar con una condición: que me deje manejar un poco su trailer.

—Sí, claro —respondió Jaime, abriéndole la puerta.

—Siempre tuve ganas, pero nunca tuve la oportunidad, ¿es difícil? —preguntó cálidamente a Jaime.

—No, la verdad no.

—¿Cómo se mete la reversa? —dijo en voz baja mientras veía el diagrama, Jaime le notó una mirada divertida, y mientras el señor metía la velocidad, Jaime quitó el freno de estacionamiento y en menos de dos segundos estaba haciendo dos surcos en el cofre del Mustang que estaba atrás, con una sonrisa le dijo a Jaime:

—Es lo malo de no saber manejar cosas de estas.

—Qué pena, licenciado, espero que esté asegurado su carro —dijo asomándose por la ventanilla. El engreído no cabía en sí del coraje, pero dijo lambisconamente:

—No se apure, Sr. Swaine, son cosas que pasan, no creo que sea difícil de arreglar.

—Soberbio con los humildes, humilde con los soberbios —pensó.

—Mire usted —continuó—, me apena tanto este hecho que no voy a poder mirarlo a la cara cada vez que lo encuentre en la oficina, y como yo no quiero apenarme, le pido a usted que pase mañana por su liquidación.

El engreído miró incrédulo a Jaime, quien lo único que pudo hacer fue levantar una vez más los hombros. La gente que estaba alrededor no disimulaba su regocijo, se notaba que el licenciado no era muy popular en la compañía. Se dirigió a su coche con las otras personas con quién venía, ya adentro le dijo al que estaba al lado derecho.

—¿Oye, en verdad estoy despedido? —a lo que le respondió con un gesto afirmativo un poco apesadumbrado. Jaime siguió su camino, en adelante cada vez que entraba en la planta recibía saludos gratuitos por todas partes. Se quedó sorprendido de los buenos resultados que le había dado el no violentarse a las primeras de cambio.

A los pocos meses se encontró de nuevo con el director de la compañía, el Sr. Swaine, quien se bajó a saludarlo, le dijo de prisa que quería ver a su patrón para proponerle un negocio, no le dio tiempo a Jaime de decirle que no tenía patrón, a no ser que fuera el dueño de la línea de permisionarios. Se presentó llegando de regreso de su viaje. Pero le dijeron que no estaba, al otro viaje, lo mismo.

Después de cinco veces, y siguiendo los consejos de Don Paco, pidió una cita a través de su amiga de la Ford, quien hizo las veces de secretaria. Después de varias cancelaciones de última hora, y cuando ya se estaba dando por vencido, asistió a su cita, casi con la seguridad de que le iban a cancelar. Como iba vestido igual que siempre, tuvo problemas hasta para llegar a la oficina del Sr. Swaine, finalmente al llegar a su oficina, su secretaria, una señora mayor de edad, le preguntó con indiferencia que qué se le ofrecía. Un poco de mala gana, avisó y después de una espera innecesaria de tres minutos, le dijo que podía pasar.

Jaime encontró al Sr. Swaine leyendo tranquilamente el Times, frente a una tasa de café, la oficina era espaciosa, con grandes ventanas de piso a techo, que dejaban ver los jardines y los regadores automáticos de pasto; la credenza y el librero mostraban un poco de desorden.

—Siéntate, ¿en qué te puedo ayudar?

—Venía porque usted me dijo que quería hablar con mi patrón, pero la verdad es que el camión es mío, por eso estoy aquí, para que no crea que no le hice caso.

Después de quedarse observando al muchacho le dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir diecinueve —le dieron ganas de aumentarse la edad.

—El camión, ¿te lo regaló tu padre?

—No, lo compré yo a crédito, y este es el segundo que compro.

—¿Ya tienes dos?, déjame decirte que tienes más capital que casi todos de los que trabajan en esta planta. Mira, el negocio que te propongo es el siguiente —continuó—, hemos encontrado que los costos de transporte con nuestros camiones son más altos que lo que pagamos a fleteros; lo cual no es nada raro, ya que nuestro negocio no es el transporte, el único temor es que nos dejen sin servicio; si nos ponemos de acuerdo, te vendo los cuatro camiones que tenemos, tú te comprometes a usarlos para nuestro servicio, y nos vas pagando los camiones poco a poco; te los vendemos baratos, a valor en libros.

Ese término de valor en libros no lo había escuchado nunca, pero no le hizo perder el entusiasmo para querer decir que sí en ese mismo momento, pero pidió un día de plazo para decidir.

A la semana siguiente, llegó acompañado de Don Paco.

El Sr. Swaine no los recibió, pero su secretaria les dijo que tenía instrucciones de pasarlos con el contralor. Un tipo de mediana estatura, un poco calvo, más barrigón que gordo, con cara de cargo y abono; los recibió en su despacho después de casi una hora de hacerlos esperar, los atendió casi sin voltear a verlos. Al traer los documentos se los dio a Don Paco para que los firmara, quien al no ver su nombre, se los pasó a Jaime, lo que desconcertó al contador, quien dijo que el que tenía que firmar era él, no su hijo.

—El nombre que está en los documentos es el del joven, quien por cierto no es mi hijo.

Cerrando un poco los ojos con gesto de extrañeza, miró los documentos.

—¿Tiene una identificación, por favor? —después de examinarla, extendió ocho paquetes de documentos, —cuatro trailers y cuatro remolques— dijo el barrigoncito.

Jaime sonrió al escuchar una vez más el error muy común de decirle trailers a los tractores.

—Aquí están los documentos, los intereses están calculados a una tasa del doce por ciento anual —dijo finalmente.

—¿Sobre saldos insolutos? —preguntó Don Paco—, no globales.

—¿No sería mucha molestia ver el precio?

Después de ver los precios con gesto inexpresivo de jugador de póker, dijo: —Está bien —haciendo una mueca de indiferencia.

Jaime firmó todos los documentos, y tras recibir algunos papeles, referentes al pago del impuesto sobre uso de máquinas diesel, cartas facturas, tenencias, y documentos de importación de partes entre otros, salió de ahí un poco preocupado; ya a solas, le dijo a Don Paco:

—¿Que no deberíamos alegar que los intereses fueran sobre saldos, en lugar de globales?, la diferencia es muchísima.

—A caballo dado no se le ve el diente —dijo Don Paco.

—Te están vendiendo cuatro camiones casi nuevos a sesenta mil pesos cada uno, fiados a cinco años a una tasa normal de interés, no te hagas mucho del rogar, no vaya a ser que por ponerte digno se vaya a caer la operación. Aparte, la operación es en pesos, y acuérdate que por el Kenworth firmaste en dólares.

Después notaría Jaime la diferencia de este pequeño detalle.

—¿Cuándo nos entregan los camiones?

Los camiones, que ya conocía Jaime, pues cargaban juntos, eran menos importantes que los papeles. Ahora tu principal problema son los choferes.

—Averigua todo lo que puedas sobre los que traen ahorita los camiones, para ver a cuáles puedes contratar y a cuáles no.

—Eso ya lo sé, dos de ellos son unos rateros, andaban ofreciendo turbos robados y llantas sin marcar.

—Ya ves, portarse mal tiene sus consecuencias, esos nunca van a saber por qué no los contrataste, tal vez le echen la culpa a la mala suerte. Por eso procura no hacer cosas tontas. Nunca sabe uno cuando te cae la piedra que avientas para arriba.

Esa noche Jaime no pudo dormir; pensaba en todos los papeles que había firmado... tal vez hubiera sido mejor quedarse como estaba, ya era suficiente con deber un camión, pero luego pensaba que le habían vendido cuatro por poco más de lo que costaba uno nuevo. A pesar de que a Don Paco no le gustaba nunca comprar usado, consideró que "no había por que devolver los favores a Dios". Y aparte, lo hecho, hecho estaba.

—Dale gracias a Dios, aquí, entre más viejos, más te conviene, para un trailer dos o tres años de uso no hacen mucha diferencia en uso, en cambio, en precio hacen toda la del mundo, un tractor con cuatro años casi te lo regalan, aprende que en la vida no te puedes basar en reglas fijas, ya ves, quien diría, entre más viejos, mejor; es como en la carretera, aunque vayas en la misma dirección no puedes escoger un solo carril y no salirte nunca de él, o chocas o tienes que ir al paso de los demás, no te salgas de la carretera, fíjate que dentro de la carretera hay carriles, y todavía más, dentro de los carriles te puedes cargar a la izquierda o a la derecha.

—Vas a tener que actuar un poco —dijo Don Paco a Jaime—, tú eres una persona con buenos sentimientos, y la gente con buenos sentimientos es muy "adivinable", y la gente tiende a no respetar a las personas que sabe cómo van a responder. Mira, pensar que te van a tratar bien solo porque tú crees que tienes buenos sentimientos es como creer que un toro no te va a embestir solo porque eres vegetariano. Vas a tener que dejar todo lo que te enseñaron de justicia y de dar a cada quien lo que se merece para otra ocasión; ese es un lujo que a tu edad no te puedes dar, te harían pedazos, y en menos de que te lo cuento perderías todo, y los choferes también. Lo primero que van a hacer es pedirte dinero, no vayas a decir que no tienes, porque mostrarías debilidad, respóndeles con algo que se acerque mucho a una respuesta grosera... o simplemente no les contestes, te van a tratar de medir; si notan que tienes sentimientos normales van a perderte el respeto, para ellos eres una persona misteriosa que ha conseguido en tres años lo que ellos no han pensado tener entre todos toda la vida; mantén ese misterio.

—Te respetarán si no te entienden, si te entienden pasas a ser uno como ellos. Olvídate de hacerte amigo de ellos. No eres su amigo, eres su jefe; tu obligación no consiste en hacerlos tus grandes camaradas, tu obligación es hacer dinero y que ellos ganen dinero. Es muy distinto.

—Haz tus sobres, aunque sea con cheques, haz tus sobres; presupuesta todo lo que puedas, y prepara un sobre para lo que no puedas presupuestar. Si no haces eso, tarde o temprano, te vas a quedar sin dinero y luego te vas a preguntar: "¿por qué quebré, si sólo gasté en lo necesario?". Aunque pierdas viajes, no te salgas de tu presupuesto, el ingenio se agudiza cuando tienes la virtud de buscar otra salida. No te esperes a tener necesidad para medirte. Un avaro no es el que no quiere gastar su dinero, un avaro es el que no sabe para que sirve el dinero, y el dinero sirve para muchas cosas, entre otras, muy importante, para no quedarte sin dinero.

Fue al día siguiente a recoger los camiones, estaban los cuatro formados en el terreno baldío de la planta. Se presentó con el contador para que le entregaran las llaves, su secretaria le dijo que esperara un rato; un rato que se convirtió en cuatro horas... cuando por fin salió, ni siquiera volteó a ver a Jaime, quien se fue detrás de él, casi parándolo a la fuerza.

—Oiga contador, solo quiero saber quién me puede entregar las llaves de los camiones.

—Hay un error en los números, ven mañana, pero habla por teléfono antes.

Jaime se quedó frío. Trató de ver al Sr. Swaine, pero le dijeron que estaba fuera del país. Al día siguiente no le recibió el contador la llamada, al otro tampoco, trató de hablar con el Sr. Swaine, pero seguía fuera. Así pasaron tres días. Al cuarto, ya un poco nervioso, fue a la planta a ver qué podía averiguar. No lo dejaron pasar. Iba en camino a la fondita que se encontraba enfrente a la planta, en eso estaba cuando miró extrañado que entraba a la planta el Mustang del engreído, después de lo que había ocurrido era claro que ya no iba a estar más en la compañía, aceleró el paso inconscientemente. En menos de veinte minutos ya estaba enterado de todas las nuevas de la planta. Las mujeres y la comida, juntas, son una fuente inagotable de información y la fondita no era la excepción.

La compañía estaba intervenida por el banco, tenía un embargo precautorio, el engreído estaba a cargo del grupo de contadores que fiscalizaban todas las operaciones. A pesar de que tenía los documentos que comprobaban que la operación que había realizado con los camiones era válida, sabía que estando el engreído inmiscuido en esto se le dificultaría mucho sacar los camiones de la planta.

Eran las cinco y quince de la mañana, Jaime, junto con otros tres choferes pasaron escondidos en un trailer, después de que quedara estacionado junto a los cuatro camiones, se bajaron y se dirigieron a encender los tractores, Jaime había localizado a los operadores que traían los camiones, los cuales, como ya sabían el movimiento de la planta, pasaban desapercibidos; se dirigieron a cargar, dado que Jaime traía las órdenes de carga ya llenas, nadie puso ninguna objeción a cargar los camiones que tantas veces habían visto, sobre todo cuando eran manejados por los mismos operadores. En todo caso, ellos estaban haciendo su trabajo y tenían orden de carga; era indispensable hacer ese movimiento, pues en vigilancia no los hubieran dejado salir si no estaban cargados.

Ya cerca de las nueve iba saliendo el último camión, cuando el engreído iba llegando a la planta, miró con extrañeza al camión... pero no pensó que fuera posible, todavía con calma, pero ya nervioso, fue al patio, cuando se dio cuenta de que los camiones ya no estaban, se fue furioso a vigilancia, el vigilante le dijo con calma, aunque espantado:

—Yo no vi nada raro —dijo.

—¡Cómo no, si se estaban robando los camiones! Aquí están los papeles de salida, y todo está en orden.

El engreído se subió al coche, derrapando llantas se dirigió a las oficinas, comprendía que le habían ganado la partida, y después lo confirmó con el contador.

Estaban nerviosos por todo lo que ocurría; los dos sabían que esa jugada de hablar con un banquero espantadizo, y luego hablar con el socio mayoritario para destituir a la fuerza al director tenía muchos riesgos; sobre todo, porque ya iban varios días y no se veía ningún movimiento por parte del Sr. Swaine.

Estaban los cuatro miembros principales del consejo de administración reunidos en el campo de golf con el Sr. Swaine. Salida del hoyo cuatro, era un par tres; ya para entonces se habían dado cuenta del engaño del que habían sido víctimas. Saliendo del hoyo dos ya estaba aclarado la situación. Si algo no se puede arreglar en una jugada de golf, es que ya no se puede arreglar.

No se volvió a tocar el tema en el resto del juego, ni siquiera en el hoyo 19, fue hasta el día siguiente, en la asamblea extraordinaria de socios cuando, después de media hora, dejaron pasar al engreído, quien se puso muy nervioso al ver que el socio mayoritario platicaba alegremente con el Sr. Swaine; de hecho, a ninguno de los dos pareció importarle el hecho de que entrara, pues lo voltearon a ver solo de reojo. Empezó a hablar el secretario del consejo, saludando primero a los socios, y luego, muy afectuosamente al Sr. Swaine. Después de una breve introducción, comenzó a decir solemnemente el mismo secretario:

—Los motivos por los que, equivocadamente, pedimos al gerente se sustituyera en funciones al Director, fueron las siguientes: primero, el banco hizo un embargo precautorio de un crédito del que no se había cubierto ningún pago, ni a capital, ni a intereses, desde hace seis meses. Segundo, el gerente, de acuerdo con el contador, nos mostró elementos suficientes para demostrar que había suficiente dinero para cubrir dicho crédito. Tercero, el gerente, lo mismo que el contador, alegó que el Sr. Swaine padecía una especie de locura temporal, puesto que había arremetido contra su automóvil sin razón alguna.

—A lo que tenemos que decir lo siguiente —continuó el secretario—: primero, el crédito por el cual se hizo el embargo precautorio, se encontraba retrasado a propósito, con el fin de que calificara como crédito moroso, circunstancia indispensable para aprovechar un fondo para la agro-industria, que es nuestro caso. El crédito está por cubrirse el día primero del mes que entra, aprovechando los beneficios del plan del fondo, que nos deja un beneficio del 45 % del total del capital, y que aparte nos condona los intereses moratorios. El segundo elemento, en vez de ser un argumento en contra del Sr. Swaine, es un elemento de descargo, puesto que, lo único que hace es comprobarnos la situación, no solo estable, sino 100 % segura de nuestra liquidez a corto y a largo plazo. La tercera, después de recopilar declaraciones escritas, de las cuales tenemos copias, hacemos constar que la actitud del Lic. Cantú, dio fundadamente pie, no solo a esa, sino a otras sanciones más severas. De todo lo anterior pido una disculpa pública para el Sr. Swaine, y dejo la palabra al Lic. Cantú, como es costumbre de nuestra compañía, para escuchar su versión, en caso de que exista.

Después de decir una serie de incoherencias, se votó para restituir al Sr. Swaine, lo cual terminó, no levantando la mano como era usual, sino con aplausos. El accionista mayoritario le pidió al Lic. Cantú que se retirara. Muy molesto el accionista después de haber hecho el ridículo, habiéndose dejado llevar por su recomendado.

Jaime siguió haciendo todos los fletes de la compañía. Según Don Paco se había saltado el paso más duro que era el de los cuatro a los cinco camiones, Jaime a los veinte años ya tenía seis camiones. Para contratar a los cuatro choferes adicionales, no ocupó a los que traían antes los camiones, a pesar de que lo habían ayudado con la maniobra de sacar los camiones a escondidas. Contrató a dos, a los otros dos les pagó sobradamente el viaje que hicieron, pero nada más, siguió así una vez más las palabras de Don Paco: “no des los puestos de acuerdo a los méritos de la persona por alcanzarlo, dalos por la capacidad que tienen para llevarlo a cabo”.

—En todos los negocios y en todas las personas, hay una especie de topes naturales, en el caso de los camiones es el de los cuatro camiones, de que depende, no lo sé, para qué te digo mentiras, pero de que los hay, los hay... de que vuelan, vuelan —decía sonriendo.

principal ▲

◀ anterior siguiente ▶

Amores y Acordes

Capítulo 10

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

No te contratan para que les incrementes su capital, te contratan para que lo cuides, ubícate, por eso la gente más miedosa es la que dura más en los puestos importantes. Para hacerse más ricos están los dueños, ese es su trabajo; tú estas para cuidarles el negocio, no pierdas eso de vista.

Después de tres semanas, Pepe fue a ver a sus padres, un poco porque tenía ganas de verlos, otro poco porque ya no tenía dinero.

En casa lo recibieron como si tuvieran un año sin verlo, su madre, queriéndolo saber todo, su padre, un poco sorprendido de que su hijo hubiese conseguido trabajo tan rápido, se mostraba orgulloso, aunque no hacía preguntas. Fue hasta que Pepe le pidió un poco de dinero para regresar a México cuando, de buena forma, le llevó a su cuarto y le enseñó los sobrecitos color amarillo que conocía desde chico, Pepe puso cara de "ya lo sé, papá" mientras le contaba de las cosas qué su mamá había conseguido comprar sin comprometer la economía familiar, Don Pepe llevó a su hijo a las oficinas, que ya ocupaban todo lo que había sido su casa. Después de pedirle al contador varios documentos, entró a la oficina con Pepe, quien no paraba de corresponder el saludo a todos en la oficina, a quienes les parecía que hacía años que se había ido a la universidad.

Al entrar en la oficina, Don Pepe extendió una gran hoja amarilla:

—Mira, esto es lo mismo que los sobrecitos, se llama presupuesto de gastos, está hecho de esta manera, porque llevarlo con sobrecitos sería un lío; pero es la misma cosa..., tú tienes que planear todos los gastos para un año, aunque los ajustes cada mes, pero hacer un esfuerzo heroico para no salirte de ahí; te verás de pronto tomando decisiones aparentemente ilógicas, por estar defendiendo tu presupuesto.

Pepino inconscientemente puso nuevamente cara de "ya lo sé". Don Pepe le dio una buena cantidad de dinero, "si necesitas más, llámame y te envío al día siguiente", este era un cambio radical, toda su vida había estado restringido de dinero, y de pronto, sin más, le dicen "llámame y te envío dinero", de cualquier forma tardaría mucho en volver a pedirle dinero a su padre. También era la primera vez que le daba consejos de "tómalo o déjalo", el de los sobrecitos fue uno, no hablar mal de nadie, otro, no te unas a comentarios de alguien que está hablando mal de alguien, otro, no seas chismoso, otro, separa tu vida personal de los de la oficina... no tomes vino, los borrachos suelen decir muchas estupideces, no verdades, como dice el dicho, sino estupideces. Además de que, tarde o temprano, alguien te lo echará en cara, en cambio si no tomas, tal vez te hagan burla al principio, pero luego te tendrán respeto, no hagas cosas de más, no pongas nerviosa a la gente, especialmente a tus jefes, tú sabes por dónde vas, pero ellos no; y eso los puede hacer pensar muchas cosas. No te van a contratar para que les incrementos su capital, te van a contratar para que lo cuides, por eso la gente más miedosa es la que dura más en los puestos importantes, por eso los miembros más viejos de cualquier consejo son los que dicen a todo que no, que siempre alegan prudencia, y que nunca se comprometen con nada, en cambio los que se arriesgan, están arriesgando su pellejo en cada proyecto. Es como un juego, en donde si ganas, ganas un poco, y si pierdes lo pierdes todo. El mundo es así, no lo trates de cambiar, si quieres arriesgar fuerte, hazlo con tu dinero, si ganas, te cae en la bolsa, y si pierdes, no lo pierdes todo. No contradigas a nadie directamente, dile: "no lo había pensado de esa manera" o alguna forma similar. Cuando alguien te presente algún proyecto, invítalo a que te lo amplíe por escrito, el 90 % de las ocasiones no te va a presentar ni siquiera una cuartilla; cuenta con que la mayoría de la gente mediocre se mueve por entusiasmos, en cuanto se les termina el entusiasmo, se termina el proyecto. Una forma más elegante que rechazar algo es pedirles que te lo presenten por escrito; alguien que después de pedírselo, hace las correcciones y ampliaciones más de tres veces, es alguien a que vale la pena que le dediques más tiempo.

Su desayuno favorito: huevos rancheros en tortillas pasadas por aceite, no los cambiaba ni por los desayunos en Delmonico's, el Heraldo de Irapuato en la mesa, como todos los días. Su papá acompañaba a todos a desayunar mientras tomaba su café con leche. Lucha leía el periódico después de comer, a la hora de la siesta. Dual-meet en Villas de Irapuato. El golf, perseguir una bolita por todo el campo, difícil de entender para Lucha; volvió a ver la foto, el parecido era extraordinario, juraría que era Patxi, no había nombres en el pie de foto, tampoco el artículo los mencionaba, solo el tradicional "Foto Witrago". Hacía mucho que no le pasaba, el doctor Puente le dijo que tenía que controlar su imaginación, que debía guardar las cosas en el pasado, acababa de pasar por otra temporada de pesadillas, los recuerdos de la guerra iban y venían. Pero esta vez era diferente

—Pepe, vas a decir que estoy loca, pero este señor esta igualito a Patxi, ve el parado, ve la cabeza caída de un lado, ve...

—Mi reina, yo no conocí a tu hermano, pero debes hacerle caso al doctor, ya deja al pasado que se vaya...

—Estaban en Villas, hazme un favor, Pepe, arráncate ahorita y averigua quién es este señor —se hizo un silencio en la mesa, habían pasado por varias crisis de depresión de Lucha, tenían miedo que comenzara otra.

Eran semanas completas de angustia, Don Pepe miró a Pepe condescendiente:

—Está bien, ¿dónde están las llaves del coche?

—Yo te acompaño —salieron los dos rumbo a Villas, en el camino fueron platicando de la situación de su mamá.

—Mira, hijo, lo que le pasó en la guerra no es para menos, tu abuela todavía se mete debajo de la mesa cuando oye un avión, nosotros no sabemos lo que es eso, pero ha de ser horrible. Vamos a ver un terreno que me venden ahí cerca, por donde era la granja de los Vanzzinni. No es la primera vez que le pasaba, en los quince años de Rosi creía haber visto a su hermano en un chofer de trailer, ahora en una foto de un golfista de León.

Después de un rato llegaron al departamento.

—No tenía nada que ver, hablamos con el pro, era un zapatero, nació ahí en León, él lo conoce de toda la vida —le dijo, mintiéndole— no te lastimes con esas cosas.

Llegó la abuela a calentar agua para Nescafé, con ella nadie tocaba el tema de la guerra, solo a veces contaba algo de su vida en Barcelona, siempre terminaba en llanto. Cuánto mal hace la guerra, a los que se van y a los que se quedan, son heridas que siempre tienen pus y duelen más cuando más se debería ser más feliz.

Subió sus maletas al coche, esta vez metió en la cajuela su violín.

En la casa de bolsa todo iba de maravilla; siguiendo los consejos de su padre, Pepe no ofrecía grandes rendimientos a sus clientes, les repetía cada vez:

—Si usted quiere podemos invertir en acciones de compañías más riesgosas, pero yo le recomiendo que mantenga su dinero seguro —ese comentario le valió el respeto y la recomendación de muchos clientes, muchos de los cuales se sorprendían de lo joven que era, tales comentarios de prudencia solían asociarlos con gente mayor. Además, era una época en que aun con los criterios más conservadores, los incrementos en los valores de las acciones eran excelentes. Es fácil ser genio financiero cuando todo va para arriba.

La identidad de su amiga secreta ya lo tenía confundido, puesto que Pepe ya conocía a todas las muchachas en la casa de bolsa y no había ninguna señal clara de quién pudiera ser. Es más, lo normal era que la chica se identificara, pero no lo hacía, aunque ya le hablaba mucho menos, todavía lo hacía, estaba enterada de todas sus operaciones, de sus clientes, del poco dinero que tenía invertido en un fondo, parecía que tenía micrófonos en todo el edificio.

En la oficina, se iba integrando más al grupo, incluso una vez lo invitaron al Quetzal, algo inaudito para un recién llegado; le daban resultado los consejos de su padre, especialmente el de no hablar mal de nadie.

Malena invitó a Pepe y a otros amigos a una posada en su casa. La posada fue muy distinta a las que estaba acostumbrado, para su sorpresa conocía a varias personas, algunas de la escuela, y otras de la casa de bolsa. También estaban en el rincón varios tipos vestidos de negro, con apariencia hosca y de rasgos duros. Nadie parecía hacerle caso. En cuanto se medio acercaba a una bolita, la gente se le quedaba mirando con cara de "pareces bueno, pero esta plática no es para ti", de repente vio su salvación, apareció Miguel, con una muchacha rubia espectacular. Pepe creía que por lo menos iba a tener con quien hablar esa noche, pero todo lo que hizo al pasar por su lado fue un: "Pepito", a forma de saludo, sin siquiera mirarlo por más de un segundo, la rubia le hizo un gesto de simpatía.

Sorprendido, más que enojado, buscaba a Malena, casi para despedirse, aunque no la había visto en toda la noche, lo mismo que a Maclovio, a pesar de ser los anfitriones.

Buscó distraído en donde sentarse, escogió una silla que hacía juego con una mesita estilo Luis XV; en la mesa había un ajedrez, el tablero y las piezas eran de ébano y marfil, y tenía algunas piezas acomodadas, al principio le pareció que estaban colocadas solo como adorno, pero pronto descubrió que no era así. Y se entretuvo más de media hora junto a la mesa, totalmente absorto.

—Si tocas una pieza eres hombre muerto —oyó una voz que le hablaba en tono agradable. Volteó y vio a Malena, con un vestido negro, muy entallado.

—¿En dónde andaban? —dijo viendo de reojo pasar a Maclovio.

—Cosas familiares —dijo, sin prestar mucha atención.

—Mi bis no ha encontrado la solución, juegan blancas y ganan —le dijo con su peculiar acento cortante. Pepe se quedó pensando poco más de un minuto, después de lo cual dijo:

—No estoy seguro, pero tal vez comiendo ese peón con la torre.

—Pues te la come con el peón, ¿y luego?

—Avanzamos el peón —si quita el caballo adelantamos el otro peón y coronamos.

—¿Y si no lo quita?

—De cualquier forma avanzamos el otro peón.

—Negras se queda con una torre, te come el peón avanzado en cuanto quiera.

—No puede, mira. No sé cómo exactamente, pero por ahí va la cosa.

—Pues sí, puede ser, ¿te gustaría conocer a mi bis?

—Si quieres otro día.

—No, vamos ahorita, ¿sabes?, me estoy acordando que mi bis me pidió que te trajera a la casa, ¡en serio!, sirve que vemos cómo sigue de su espalda, cuando no le falla una cosa le falla la otra.

—Ok —respondió nuevamente Pepe.

—Ven, acompáñame —le dijo tomándolo de la mano, a lo que Pepe no opuso ninguna resistencia, llevándolo escaleras arriba hasta un pasillo amplio que daba al jardín. Malena se dio cuenta de la turbación de Pepe al tomarlo de la mano, hizo una mueca de agrado, le gustaba controlar la situación y jugar con las emociones de los hombres, a su edad ya tenía bastante experiencia en ello. Entraron a una sala de tamaño regular, anteriormente era una recámara, ahora convertida en despacho y conectada al cuarto de don Abraham por una puerta interior.

Las ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas color vino, toda la luz provenía de tres lámparas ubicadas estratégicamente. La pared lateral estaba cubierta por un gran librero. En el centro, reposando sobre el cuerpo principal del librero estaba un violín con su arco cuidadosamente acomodado sobre terciopelo negro. Arriba del violín un retrato de una bella dama, con vestido negro vista de perfil, tocando piano. Le notó parecido a su hermana Graciela. A los pies del banco del piano se veía un perro maltés mirando fijamente al pintor, el perro tenía un listón por collar y cosa rara, un cascabel. Tres lámparas de luz fría iluminaban el cuadro y el violín.

—Bis, te presento a Pepe.

—Mucho gusto, joven —dijo el señor, levantándose y mirándolo fijamente; buscaba un parecido familiar con Lucha, que no le costó mucho encontrar: la forma de la cara y los ojos pequeños eran los mismos.

—Pepe dice que puede hacer que ganen las blancas —dijo Malena.

Si antes lo había visto con extrañeza, ahora lo miraba con incredulidad, don Abraham no esperaba encontrar al muchacho tan pronto, saliendo de su estupor dijo:

—Mira, ¿Pepe? —fingiendo no acordarse bien de su nombre.

—Aunque no resuelvas todo, si me das alguna pista te lo agradecería muchísimo. Este es el problema semanal del club de ajedrez al que pertenezco, pero no creas que es el de esta semana, es el de hace dos meses, y todavía no lo resuelvo. A ver, vamos a ver tu jugada.

—Toña, ofrécele un café al joven —pasaron a su habitación, en donde estaba un ajedrez tallado en madera y marfil, con las piezas en la misma posición que el otro. Pepe se sentó en una pequeña silla, de frente al Reposet de don Abraham, Pepe repitió los movimientos, don Abraham se quedó pensando unos momentos.

—Tienes razón, un final hermoso —tomó un sobre lacrado con un escudo verde y lo abrió, sacando la hoja membretada por el Club Acede, la desdobló mientras se ponía sus lentes—. Sí, efectivamente, era por ahí, yo lo había intentado, pero deseché la posibilidad de coronar sin piezas fuertes, dejando al contrario con torre y caballo, en fin, siéntate muchacho, ¿qué estudias?

—Economía.

—Te das cuenta muchacho que me he pasado resolviendo este problema por muchas horas, y llegas tú, y de repente lo resuelves, ¿sabes cómo me siento?... —dijo, volviendo a la conversación del ajedrez. Sonriendo amablemente le dijo:

—Ojalá puedas venir el próximo sábado por la tarde, no estarás muy ocupado con tu familia ¿verdad?

—No, vivo aquí enfrente con una tía, soy de Irapuato.

—¿Hermana de tu mamá?

—No, de mi papá.

—Creo que te confundí con el hijo de unos amigos, el nombre de tus padres ¿es...?

—José Correa y Luz, le dicen Lucha, ¿los conoce?, —mientras decía esto don Abraham tuvo que recargarse en el sillón.

—No, no lo creo, no hagas caso de los viejos, nos volvemos muy preguntones —le dijo mientras le extendía su mano a manera de suave pero firme despedida.

Salió de la sala y se encontró a Malena, que le estaba esperando a una buena distancia, pero no a tanta como para no poder escuchar lo que platicaba con su "bis".

—Estuvo enfermo varios años, ahora ya está bien, lo único que tuvo fue un ataque al corazón, pero de eso se alivia cualquiera —dijo en tono enigmático.

—Ya le urge que Maclovio termine la carrera para que lo ayude con sus negocios, pero parece que Maco no quiere, dice que tiene otros planes. Ahora, no lo vayas a dejar plantado el sábado, es muy raro que invite a alguien, y estaría bien que vinieras para que se distraiga un poco.

Llegaron a la estancia, y siguieron platicando hasta el garage, donde estaban también tres o cuatro invitados platicando animosamente, ahí les ofrecieron algo de tomar y se quedaron sin hablar por unos momentos, pero sin ser un silencio pesado, sino más bien una pausa natural en una conversación entre amigos de confianza. Malena observaba, era raro que ella externara una opinión.

Para Malena, Pepe era como un experimento, un niño que no había sufrido nada en la vida, dedicado a hacer las cosas bien.

Los que habían tenido una infancia feliz necesitaban tratamiento psicológico —pensó irónicamente Malena— de otra forma nunca se iban a adaptar a el mundo real.

principal

anterior siguiente

Amores y Acordes

Capítulo 11

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Ser instructor de tenis en el Junior Club era un privilegio que solo se concedía a pocos; por lo que Jaime estaba feliz de que su hermano estuviera ya dando clases, a pesar de su escasa edad, en parte por su buen tenis, y en parte debido al buen corazón de Lucio y de Rubén Baltasar, dos entrenadores que por entonces eran los mandamases. Y ya que había ido a México, quería hacerle una visita sorpresa a su hermano Manuel, para mostrarle su nueva camioneta, cosa de la que se arrepentiría más tarde, pues los policías de tránsito lo pararon más veces ese día que en toda su vida de camionero.

Al llegar al club, esperó que llegara un socio con cara de buena gente, después de decirle que era hermano de Manuel, le pidió que lo hiciera pasar por su invitado, aunque él pagara lo de la admisión. El socio no tuvo reparo alguno, y después de anotarse en el libro, los dos pasaron a los vestidores.

Después de cambiarse, Jaime se dirigió a las canchas de tenis, en donde, caminando por el corredor distinguió a la criatura más bonita que había visto en toda su vida, tendría dieciocho años, de pelo negro, de un negro tan intenso que parecía azul, recibiendo de espalda el sol de la mañana. Sus largas piernas la llevaban elegantemente. Jaime se dio cuenta de que ya no la miró con aquel sentimiento de inalcanzabilidad que le parecía tenían las socias cuando el era entrenador, después de todo él era alto y delgado, siempre bien rasurado, bien vestido, con buenas raquetas, tenis Adidas nuevos, camisa Lacoste, lentes Ray Ban; se dio cuenta de que algunos de los socios que pasaban por ahí, no solo no iban tan bien vestidos, sino que cualquiera diría que los otros habían sido los boleros y no él.

Todo eso iba pensando cuando se dirigía caminando hacia donde estaba la caseta de entrenadores, cuando escuchó unos pasos apresurados atrás de él, al volverse se dio cuenta que era su hermano: ‟no te grité porque no estaba seguro de que fueras tú”, dijo con acento claramente leonés, antes de estrecharle la mano calurosamente.

—Desde que eres rico hasta la forma de caminar te cambió.

—No inventes, vente, te invito un refresco.

—No puedo, tengo que entrenar a Malena —dijo con pesadumbre—, y quince pesos son quince pesos —invitándolo a caminar a la cancha. Todavía no llegaban cuando Malena se les acercó, era la criatura deslumbrante que se había encontrado momentos antes. Todavía no salía de su asombro cuando, conservando la distancia ella dijo.

—¿Qué pasó, ya listo?

Manuel notó el asombro de su hermano, y entonces se dirigió a Malena divertidamente:

—¿No te importa que te entrene mi hermano? Yo estoy un poco lastimado del tobillo.

Malena no se mostró muy entusiasmada, pero aceptó, Jaime estaba en un apuro, puesto que hacía mucho tiempo que no jugaba y no quería que se dieran cuenta. Para sorpresa suya, al empezar a bolear en la red, sintió que no había perdido el toque, a pesar del tiempo que llevaba sin jugar. Malena no jugaba muy bien y tenía muchos detalles en su juego que se podían corregir, de los cuales Jaime no le dijo ninguno, pues lo que quería no era que Malena subiera de juego, sino serle agradable. Después de treinta minutos de jugar, pasaron a practicar el saque, ya del mismo lado de la cancha, Malena le dijo a Jaime, ‟oye, ¿tú quien eres?”, le dijo directamente. Jaime se mostró descontrolado con lo directo de la pregunta.

—Ese reloj no es de un entrenador de tenis.

—Es imitación.

—No, m´hijo —dijo riendo altiva pero graciosamente— yo conozco un original desde veinte metros de distancia, créeme, tengo experiencia, tú no eres entrenador, ¿verdad?

—Lo que pasa es que hablabas con mi hermano en la entrada al club y yo venía caminando atrás. Dándose vuelta de un pequeño saltó se alejó, y a los pocos pasos se detuvo, y con un extraño gesto le preguntó:

—¿Te debo algo?

—Claro, me lo pagas la próxima vez.

Los dos sonrieron a forma de despedida. Después de medio minuto llegó Manuel, y encontró a Jaime viendo todavía a Malena alejarse a lo lejos.

—Bueno, ya puedes cerrar la boca —le dijo su hermano.

Se rieron los dos mientras se encaminaban a tomar un refresco. Después se fueron a comer a un buen restaurante que había cerca del club. Pasaron un buen rato comentándose anécdotas, Jaime le dio doscientos pesos 〝por si tenía algún antojo〞, después de resistirse un poco Manuel los aceptó, siempre habían sido buenos hermanos, y se buscaban siempre que había oportunidad.

Iba Jaime de regreso en la carretera pensando en Malena, tenía ganas de comentar lo sucedido con Don Paco, nunca lo había conocido como consejero en esos campos y tenía curiosidad por saber lo que opinaba al respecto.

Al día siguiente, sábado, Jaime se levantó a las seis para estar temprano en el taller del maestro Horacio, él esperaba que estuvieran cuatro de sus camiones, pues solo dos habían cargado el día anterior. Estaban los seis camiones, estacionados uno al lado del otro, pintados con los colores de la línea, tenían cierto aire de espectáculo militar, los seis operadores estaban ahí, Manuel cambiando balatas, Norberto cambiando aceite, Elpidio arreglando un elevador de la ventanilla, don Héctor cambiando focos de las calaveras, el 〝güero〞 Esteban cambiando las tablas de su camarote y el maestro Horacio con don Gabriel, 〝El Piquín〞, el primero de los operadores, el más grande en edad y el más callado de todos, también el más trabajador y respetado.

Se dio cuenta de que lo estaban esperando, cuando Manuel le llamó desde lejos, a mucha gente se le hacía curioso que le hablaran de usted, pues varios de ellos tenían hijos mayores que él.

Por otro lado le daba gusto, puesto que era señal de que había seguido bien los consejos de Don Paco, otra cosa que le dio pena al principio era comprar una camioneta nueva, después de haber trabajado lo mismo, le hubiera gustado que todos estrenaran una camioneta.

El juego se llamaba liderazgo, Don Paco le aconsejó equipar bien su camioneta, llantas anchas, rines de magnesio, un poco recortados los resortes de la suspensión, un buen equipo de sonido, asientos individuales, faros de niebla...

—Son los modernos caballos imagínate a un general en un burro, ni hablar, si te vas a comprar una camioneta que sea una cosa buena.

Al terminar de arreglarla, Jaime se dio cuenta de que no se parecía en absoluto a la camioneta que sacó de la agencia, pasó un detalle curioso cuando fue a comprarla, pues iba en su camioneta vieja, que aunque se veía todavía muy buena, era de un modelo bastante atrasado, y al pasar por la agencia vio una que le gustó, se estacionó junto al parque y caminó hasta la agencia. Al entrar buscó a un vendedor que lo atendiera, pero, por lo visto, no había nadie atento para ver quién entraba al piso de exhibición, estaban dos vendedores platicando en un cubículo, no parecían tener mucho interés en atender a Jaime, quien, trabajando en un día normal, andaba de mezclilla y con sus botas y sombrero texano, parecía más un muchacho sin algo que hacer que un próspero transportista, al pasar junto al primer vendedor, un señor de mediana edad, apenas le dirigió una mirada mientras tomaba el teléfono para hacer una llamada... el segundo no volteó siquiera a verlo, le preguntó 〝qué se le ofrecía〞, sin levantar la mirada de sus papeles, Jaime se siguió de largo sin contestarle. Se dirigió al escritorio donde estaba la recepcionista, que tenía a su cargo también el conmutador, era una muchacha delgada, de pelo castaño y de una sonrisa que parecía que anunciaba una pasta de dientes, no lucían sus encantos a primera vista por estar escondidos detrás de unos lentes bastante feos; cuando iba caminando hacia ella, se le ocurrió una idea, preguntó por el nombre del gerente, después le pidió a la muchacha un teléfono, habló a la misma agencia, viendo el número de teléfono en un calendario que estaba arriba del escritorio. La muchacha tomó la llamada y la pasó a la secretaria de la gerencia, como no estaba el gerente, Jaime le pidió que la comunicara con el Señor que acababa de entrar en un Galaxie LTD, ahí fue donde la recepcionista se dio cuenta de que estaba hablando con Jaime, que estaba a no más de un metro suyo, solo que por otra extensión.

—¿Quiere usted hablar con el Sr. Zentella? —le dijo por teléfono, recapacitando le dijo directamente a la cara, disimulando muy poco que le había caído bien el muchacho.

—Tú comunícame —le dijo Jaime.

—Te paso a su secretaria.

—¿El Señor Zentella, por favor?

—¿De parte de quién?

—Dígale que hablo de parte de un cheque.

—¿De un cheque?

—Sí, por favor dígale así.

La recepcionista miraba divertida, un poco asustada. Vio que se asomaba el Sr. Zentella por la ventana mientras platicaba con Jaime, y para su sorpresa, bajó poco después con aire jovial.

—A sus órdenes—

—Quisiera saber el precio de esta camioneta—

— Cuesta sesenta y dos mil pesos—

—Está bien, ¿cuando me la puede entregar? —

—Esta precisamente no puedo, porque ya está vendida, pero si nos deja el 50 % de anticipo se la podemos entregar en tres meses.

—Se la pago de contado y sin descuento, usted se ahorra la comisión del vendedor, aparte del descuento de contado, además, si esta camioneta está aquí es porque su cliente está consiguiendo el dinero en el banco para venir a pagársela, yo le entrego el cheque ahorita.

—Lo siento, pero ya está vendida.

A Jaime se le ocurrió que era buen momento para empezar una idea que tenía en mente desde hacía tiempo.

—Si me vende esta camioneta, le compro esa de tres toneladas con motor diesel que nadie quiere.

El Sr. Zentella cambió de expresión, pero la que no podía ni cerrar la boca era la güera que no sabía si era todo una broma. Y ya para entonces estaban los dos vendedores muy cerca para ver si necesitaba algo el Sr. Zentella, que por lo visto no bajaba muy frecuentemente al piso.

—¿No gusta tomar un café en mi despacho?

—No, gracias —dijo. "No dejes que te lleven a sus terrenos", se acordó de lo que una vez le dijo Don Paco, "nunca hagas negocios con alguien que está sentado en una silla mejor que la tuya".

Por lo menos, aquí estamos los dos parados. Parecía que el señor le había adivinado el pensamiento, pues inmediatamente le ofreció pasar a un cubículo de vendedores (en donde estaban las sillas iguales). Jaime aceptó, ya sentados, el Sr. Zentella le dijo:

—¿Estamos hablando de una operación de contado, verdad?

—Así es.

Jaime sabía que esas camionetas diesel eran un estorbo para la agencia, y esa en concreto tenía más de dos meses ahí, por lo que intuyó que les interesaría bastante deshacerse de ella.

—Este es el precio de la de tres toneladas —dijo enseñándole los números escritos en caracteres grandes y elegantes. Jaime le pidió usar la calculadora, siempre le agradecería al Padre Silvino que le enseñara la regla de tres, aunque fuera con sistemas académicos drásticos. Después de hacer unas anotaciones sacó la chequera, hizo un cheque, y se lo entregó al Sr. Zentella, quien ya para entonces sabía que estaba negociando con alguien con experiencia. Al ver el cheque y usar nuevamente la calculadora, puso una cara, no solo de desaprobación, sino también de disgusto.

—Lo menos que puedo es darle la camioneta de tres toneladas en 85 y la camioneta en 46.

—Bueno, está bien —dijo Jaime para sorpresa del Sr. Zentella, tomando el cheque anterior y haciendo otro nuevo con la mayor sencillez. "Pide lo imposible para obtener lo más posible" se acordó del consejo de Don Paco. Llenaron un pedido con dos copias, después de tomar el recibo que le trajo la cajera y la copia rosa del pedido, Jaime se despidió secamente, pero contento de haber logrado lo que quería.

El Señor Zentella se quedó un momento de pie después de despedirlo, se le acercó el vendedor más viejo, como para comentar lo que había pasado.

—Ese cheque es de hule —dijo el vendedor.

—No creo —respondió el Sr. Zentella viendo las camionetas— conozco este tipo de gentes, no importa la edad, tienen la misma mirada, y hasta te diría que caminan igual.

—Se me hace que vas a perder una buena comisión, ¿por qué no lo atendiste cuando llegó?

—Yo qué iba a saber.

—Bueno, ya sabes —se alejó caminando alegremente hacia las escaleras. La recepcionista hizo como que empezaba una carta, el Sr. Arroyo no era el vendedor más querido de la compañía. "El Pajarito", vendedor estrella, que acababa de llegar se regocijaba cada vez que su excompadre, hacía un coraje.

¡Joven!, así le decían los choferes respetuosamente, aunque Gabriel le decía Sr. Reséndiz. "Ya casi está el pescado". Era en esos momentos cuando le resultaba más difícil seguir las instrucciones de Don Paco, disfrutar de esos momentos de camaradería sería para él lo máximo en esos momentos, pero prefirió seguir actuando; respondió con una sonrisa, pero se fue a revisar los camiones y a ver si no le hacía falta algo a cada chofer, y a recoger las notas, después fue con Gabriel, que era el que llevaba las cuentas de los gastos menores para reponerle el dinero que habían gastado los operadores en el taller. Jaime estaba haciendo cuentas con los operadores, uno por uno, sacando el dinero de sobres que ya tenía preparados, separados por operador, ya tenía las cuentas preparadas.

Era común para los transportistas el pagar a los operadores de acuerdo a un porcentaje de los ingresos por flete, lo normal era el 15%. Jaime no pagaba por porcentaje, sino por viaje y por kilómetro recorrido, cuidando de que ganaran un poco más que los otros operadores, pero no directamente relacionado con lo que se cobraba. Este sistema, también recomendado por Don Paco, le evitaría muchos problemas en el futuro.

Era forzoso en ese tiempo a los transportistas pertenecer a líneas que tuvieran permiso para circular en rutas autorizadas.

Después de hacer cuentas con los choferes, lo volvieron a invitar a almorzar. Contra su voluntad, agradeció con una mirada, y se subió a su camioneta recién lavada por Chucho; un niño de pocas palabras, pero entusiasta para trabajar. Jaime creía que era la parte que más se le dificultaba de ser dueño, él hubiera pagado por poder disfrutar de ese pescado que acababan de traer de la costa, y no solo por el pescado, sino por el ambiente de gente honesta que interrumpe su trabajo para almorzar entre compañeros. Pero Don Paco tenía razón: si compartía con ellos esos momentos, el misterio que envolvía a su persona iba a empezar a desaparecer, al darse cuenta los demás que era una persona común y corriente. En algo tendría razón Don Paco, puesto que a la fecha todos los operadores se referían a él con respeto, y hasta con cierto miedo. Por autoridad no había problema, es más, le habían comentado varias veces que sus operadores no aceptaban que se refirieran a él con apodos o con comentarios despectivos. Aún con todas estas consideraciones le costó mucho vencer el impulso de regresarse y convivir con sus operadores.

A la línea que estaba afiliado Jaime le encargaban el manejo de mucha paquetería, pero ninguno de los permisionarios quería llevarla porque era mucho el tiempo que se llevaba en repartirla. Jaime había comprado la camioneta de tres toneladas con el fin de descargar todo el trailer y luego distribuir la paquetería en la camioneta de tres toneladas.

El viaje a México en su camioneta nueva fue totalmente distinto, el aparato Pioneer hacía que la cabina retumbara. Al llegar a la caseta de Salamanca apagó el estéreo, "no deja pensar", dijo. Efectivamente, antes de llegar a Querétaro ya tenía una nueva teoría:

—Hay tres formas de hacer dinero:

Uno.- Saber algo que los demás no saben.

Dos.- Ignorar algo falso que los demás toman por cierto.

Tres.- No hacer pendejadas.

Luego pensó otra más simple:

—La forma más fácil de hacerte de dinero es que te lo regalen y tú no regalarlo.

Llegó al día siguiente con Don Paco, estaba atardeciendo. Como era veintiuno de marzo, equinoccio de primavera, Don Paco estaba en el comedor esperando que dieran las seis y media, justo a las seis treinta entraba un rayo de luz por un cubo que estaba en la pared del comedor y otro más alto que estaba en la pared de la sala. Los agujeros estaban cubiertos normalmente con cubos de madera, pero este día y el veintiuno de septiembre Don Paco los quitaba y dejaba que el sol pasara libremente. Se sentó con calma a esperar que el rayo de sol fuera subiendo mientras el sol bajaba.

—Mira, la construcción debe estar de "Oriente a poniente para que no sea caliente", las ventanas al sur, para que entre el sol en invierno y en verano pase por arriba. Una de las ventajas adicionales de tener una pared al sur es que te puedes divertir un poco con estas cosas. El sol se pone exactamente al poniente, de tal forma que queda paralelo a la pared sur, si haces unos agujeros a la altura adecuada, solo tienes que esperar para verlo. Solo dos días al año lo puedes ver bien. Mati me hace un pastel de natas para celebrar. Mira, hijo, llega la edad en que debes celebrar cualquier cosa que funcione bien.

—Es una gozada —siguió Don Paco— que el sol se meta por donde se debe de meter, eso no deja de dar cierta tranquilidad —dijo con aire castizo.

Mientras esperaba ceremoniosamente en su silla la caída del sol, dijo con calma:

—¿Sabes?, a veces me he puesto a pensar en dónde está lo verdaderamente importante para hacer dinero, ¿tú que opinas? —Jaime estaba sorprendido por la pregunta de Don Paco, se conocían tan bien que en muchas ocasiones ya sabían que era lo que pensaba el otro, pero esta vez resultaba asombrosa la coincidencia.

—Creo que lo importante es retener el dinero ganado —dijo resumiendo su hasta entonces pensamiento privado.

—Bueno, sí es cierto, pero hay algo más, mira lo que pensé: hay como tres grados:

El primero, sobre todo cuando no tienes dinero, es que hay que trabajar, no hay de otra, al principio lo mejor que puedes hacer es manejar tu propio camión y chingarle duro, ese es, digamos, el operativo, no hay de otra;

Luego hay un segundo grado, que es digamos, el comercial, ¿cuánto cobras por los fletes?, ¿cuánto gastas?, ese es importante;

Pero fíjate que el que realmente deja dinero es el tercer grado, o sea el financiero. Si logras tener un negocio en que los préstamos se paguen con las utilidades de lo que compraste estás del otro lado, ahí si hay dinero en verdad.

Jaime se quedó pensando en lo pobres que parecían sus reflexiones al lado de las de Don Paco. No pudo aguantar la pregunta ¿usted ha aplicado esto de los grados?, si sabe tanto, ¿por qué no es millonario?, pensaba Jaime.

—Pues fíjate que sí, sí he aplicado estas cosas, sin saberlo, pero las he aplicado, no me puedo quejar, tengo mis ahorritos, y créeme, he trabajado mucho. Qué curioso, esto que te digo lo había pensado hace mucho, y ahora, al decírtelo, se me ocurre otra, que no se da en Estados Unidos, por lo menos hasta ahora: lo que ganas en cada devaluación si pides dinero a tasa fija. Había quien debía pesetas antes de la guerra civil y fíjate tú que fácil ha de ver sido pagarlas a razón de una por cada diez que debías. Ahora que digo pesetas, voy a ir a España en estos días, no he vuelto a visitar la tumba de mi madre desde que salí de España, y hay un detalle que últimamente no me deja dormir —decía todo esto mientras miraba al infinito levantando la ceja izquierda, como si estuviera viendo a alguien en el rincón superior de la habitación—, fíjate que a un lado de las tumbas, que estaban en un rincón, había una llave de agua, pero el lugar en donde estaba colocada era ilógico, el tubo que la surtía no podía pasar porque quedaba encajonada entre las dos tumbas. Hay algo que no checa.

El sol ya entraba desde hacía buen rato a la sala, pero le faltaba para coincidir con el cuadrado vacío de la pared del comedor, que parecía cada vez más iluminado a la vista de Don Paco. Doña Mati ya tenía puesta la mesa con galletas, café, agua mineral y una botella de Bordeaux de Sichel, el vino favorito de Don Paco. Doña Mati no tomaba vino. Ella era feliz con su champurrado de chocolate.

—El tequila para el día, el vino para la tarde y el cognac para la noche —decía Don Paco dogmáticamente. Doña Mati miraba sonriendo a Jaime, mientras meneaba la cabeza.

A las seis con veinticinco minutos, el sol empezó a entrar por el cuadrado del comedor, Mati cerró las ventanas y apagó la luz, dejando el comedor en penumbra, como era la ceremonia. A las seis treinta en punto la recámara se iluminó. Hicieron el brindis por los siguientes seis meses.

—¿Y mañana? —preguntó Jaime.

—Todavía entra el sol, pero ya no es lo mismo, pasado mañana ya no coinciden los cuadrados de las paredes, solo entra el resplandor.

Doña Mati abrió las ventanas, prendió la luz y trajo el pastel a la mesa, se sentaron a comer pastel y galletas.

—El sol sale para todos —dijo doña Mati.

—Pero no todos saben por dónde sale —dijo Don Pepe levantando alegremente las cejas—. Extraño a mi amigo, el doctor Spalek, el sí se reía de mis chistes —continuó enigmático.

—La ceremonia es la parte más emocionante del sentimiento, una vida sin ceremonias es como un vitral sin luz, existe, pero no tiene vida —completó Don Paco.

Jaime descubrió el placer que le causaba a los operadores trabajar bien; parecía que era como un juego: ellos solos se ponían acuerdo con los de las camionetas para llegar a una hora que les permitiera a los cargadores hacer maniobras y dejar cargadas las camionetas a tiempo. Jaime se fue un día a descargar una camioneta con paquetería y descubrió que muchos clientes ya contaban con ese paquete para ese día, cuando lo normal era que se tardaran tres o cuatro. Los clientes estaban felices con ese servicio de un día a otro, y mucho más barato que usar paquetería de autobús. El trabajo empezó a aumentar, Jaime compró cuatro cajas en la Fruehauf, para dar un servicio similar compañía A Implementos Mecánicos, ocupaba dos cajas por cada tractor para cargar la mercancía, de tal modo que en lugar de ocupar en camiones para dar el servicio a marchas forzadas, lo daba con tractores pero sobrado de tiempo, por lo que brindaba un servicio excelente a la planta. Usaba un pequeño truco, siempre tenía un camión en el taller de don Horacio preparado para salir, de tal modo que, cuando al gerente de operaciones le urgía un viaje extra, llamaban Jaime, y en poco tiempo el camión ya estaba cargando en la planta, esto ayudó mucho cuando se trató de incrementar los precios del flete.

El arte de dar buen servicio, escuchó en una aburridísima plática de la Cámara. Una buena parte del arte es saber esconder el artificio, en este caso un camión extra era el artificio para dar mejor servicio, no tenía mucho de artístico.

A Jaime le pagaban más de lo normal, y los operadores también estaban contentos, pues una de las cosas que más les fastidiaba era tener que esperar a cargar, a ellos lo que les gustaba era estar en carretera. Jaime compró estos cuatro remolques a crédito y en dólares. Don Paco estaba de acuerdo, y además los documentos se pagan fácilmente, lo único que le pesaba era dar a ganar el 12 % a la línea. "¿Por hacer qué?, solo se ocupan de documentar, pues hasta el trabajo lo conseguí yo", pensó, pero no se preocupaba mucho, pues de todas formas era excelente negocio. En una gasera estaban vendiendo tractos usados en excelentes condiciones, Jaime tenía que reponer un camión que se había accidentado en la Cuesta China.

En Celaya vio los camiones, estaban estacionados en un patio en la calle de Fundación, camiones rojos, se veían en muy buenas condiciones. Entraron a las oficinas, una señorita con cara de que siempre había sido la aplicada en la escuela, los atendió amablemente y llamó a la persona encargada, bajó de unas estrechas escaleras de madera una persona altísima. —Buenas tardesss— les dijo desde su metro noventa y cinco de estatura, con marcado acento extranjero, después de presentarse, platicaron de precios y condiciones. Al ver Jaime los precios y la condición de los camiones, pensó que podría hacer un negocio adicional, pues estaba seguro de que podía vender los camiones más caros en León. Le dijo al señor que si le daba buen precio, podía comprar los cuatro, Don Paco, que lo acompañaba, se le quedó viendo sabiendo que no tenía el dinero para comprarlos. El licenciado, viendo algunas cuentas, y después de meditarlo un rato, se metió en la oficina que estaba al frente de la puerta de entrada, después de dos minutos sonó el interfón de la señorita Coco:

—Dice el Sr. Nava que si pueden pasar por favor —era Raúl Nava, tendría cuarenta y cinco años, gastando un espeso bigote, con aire juvenil los invitó a sentarse.

—Me dice Hans que les interesan algunos tractos —dijo mientras sonreía. Jaime observaba, a pesar de ser una oficina relativamente chica, era de una elegancia digna de llamar la atención; había visto oficinas en donde habían gastado mucho más dinero, pero sin el buen gusto que ahí se notaba, el aroma de la caoba se confundía con el de la alfombra nueva, creando una atmósfera que hacía forzosa su comparación con las oficinas de la línea, allá podrá haber dinero, dijo pero aquí hay clase. El Lic. Nava se dirigía a Don Paco, quien suponía era el padre.

—Así es —contestó Don Paco, como dándole un pase a Jaime, pase que pasó desapercibido. Don Paco estaba muy temeroso que le dijeran que sí aceptaban pues Jaime contaba con dinero apenas para uno solo. Jaime también estaba nervioso por la misma razón. Con tono jovial dijo:

—Bueno, ¿con quién me entiendo?, ¿es su hijo? —le dijo a Don Paco.

—No, yo solo vengo acompañándolo, él es el que quiere comprar.

—¿No estás muy chavo? —le dijo a Jaime con otra sonrisa, mostrando buen humor—. No es que me quiera meter en lo que no me importa, pero me gusta saber cómo bota la pelota —siguió en tono jovial— ¿tienes dinero para pagar los cuatro camiones? —Jaime por primera vez trastabilló— ¿no, verdad?, no te apures, ¿tienes trabajo para todos?

—Sí, trabajo es lo que sobra.

—Bueno, ¿cuánto tienes? —dijo mientras sonreía amplia y amablemente.

—Doscientos mil.

Volvió a sonreír el Lic. Nava mientras miraba a Hans:

—Está bien, mira, deja checar dos cosas y si todo está bien te los fiamos, me das los doscientos y lo demás me lo pagas mensualmente, te cargo un uno porciento mensual sobre lo que me debas, ¿Ok?

Cambió la vista a Don Paco.

—No hay problema, yo respondo, le puedo firmar de aval. Bueno, ya está, denle a Coco sus datos y referencias de crédito y nos comunicamos en una semana, déjenme un cheque de algo, solo para cerrar el trato. ¿Estamos? —dijo al mismo tiempo que se levantaba para despedirlos amablemente. Jaime se distrajo mientras salía mirando el modelo a escala de un galeón español del siglo XVI.

Salieron de las oficinas, enfrente, en la gasera, estaban estacionados un Mercedes blanco con limpiadores en los faros y un Chevrolet Caprice negro.

Ya en la camioneta, Don Paco no decía palabra, hasta que Jaime dijo:

—¿Qué le pareció la operación?

—Tenía tiempo que no me encontraba a una persona así —dijo Don Paco—. Aprende, no hay por qué ser desagradable al hacer negocios. Se puede ser directo y amable al mismo tiempo. Por las referencias no hay ningún problema, seguro. Me parece que hiciste un buen trato. ¿Te fijaste en las pólizas de cheque que estaban arriba del escritorio de la contadora? —continuó Don Paco.

—No —respondió Jaime.

—Eran del tamaño del cheque, ni un centímetro más, ahí mismo cabía el número de las cuentas de contabilidad, nunca se me hubiera ocurrido, no cabe duda que ahí hay alguien que le dedica tiempo a pensar las cosas.

—Además..., refleja otras cosas: el espacio que ocupan es de la cuarta parte de una póliza normal, con el paso de los años, es una diferencia muy importante en espacio. La sencillez, ¡cuanto se necesita para hacer algo sencillo!, a veces, toda una vida —se quedó Don Paco callado, adentrándose en sus pensamientos.

Diez camiones ya eran otra cosa. Jaime bajó a Gabriel de su camión para que atendiera los otros operadores, le dio la camioneta que traía antes de comprar la roja, Gabriel había resultado excelente colaborador.

—Me faltan seis mil pesos para pagar esta semana, no sé en qué se me fue el dinero —dijo Gabriel, Jaime le recibió la noticia con una sonrisa irónica, casi burlona, sonrisa que ya se iba haciendo característica en él. De repente la cambió por una expresión seria, dirigiéndose a la camioneta por su chequera, Gabriel iba atrás, era una escena curiosa, pues un señor que casi llegaba a los sesenta, iba siguiendo a su jefe de veinte años con la cabeza agachada, como niño recién regañado—. Perdón, pero la verdad, no sé en qué se fue el dinero, y sólo compré cosas que se necesitaban — Jaime guardó silencio, sabía que no era necesario decir algo más, extendió el cheque para reponer el faltante. Antes de entregárselo lo mandó a comprar un ciento de sobres amarillos. Desde esa vez Gabriel no volvió a salirse de lo que tenía planeado gastar. Gabriel había comprado gatos hidráulicos y cajas de herramienta para todos, gasto útil y necesario, los típicos calificativos del gasto fuera de presupuesto.

Jaime llegó como tantos otros días a platicar con Don Paco, doña Matilde les preparó café y les sirvió galletas en un pequeño plato. Don Paco estaba pensativo, Jaime le miraba un poco extrañado, con naturalidad le preguntó qué le pasaba. Don Paco se puso serio y le dijo:

—Mira, Jaime, Dios te ha dado una inteligencia fuera de lo normal, pero también los muy inteligentes cometen errores; es más, a veces quiebran sus negocios y no saben ni por qué, es una paradoja, pero hay ocasiones en que a la gente le va tan bien que se queda sin nada. No es que este sea tu caso, pero los cambios de tamaño de negocio son muy peligrosos, cuando una persona trabaja sola, y mete a trabajar otra con él, hay cierto desequilibrio, yo he conocido más de un caso en que no han podido dar ese brinco, en los camiones una barrera son los cuatro camiones, pasar a cinco es muy difícil, tú no sentiste el cambio, pues pasaste directamente a seis, y me parece que estás todavía como de luna de miel con tu negocio, y aunque parece que estás trabajando y creciendo, a lo mejor te estás yendo para abajo, fíjate, aunque estoy de acuerdo que es mejor tenerlos parados que tenerlos con malos choferes, el hecho es que los tienes parados, antes operabas muy bien las cajas que te sobraban, ahora están escasos de remolques, me da miedo que te pase como con los Corn Flakes y la leche, ahorita ya debes estar pensando en comprar remolques para los tractos que te sobran, pero piensa en una cosa, lo que funciona en lo pequeño, no siempre funciona en lo grande, mira, ¿ves cómo se paran los mosquitos en el agua?, ¡es una maravilla!, —dijo en tono castizo—, pero si lo utilizas como modelo para hacer un helicóptero que se pare arriba del agua, te vas a llevar una sorpresa cuando veas que no hace ni la menor seña de querer flotar, yo soy gente de trabajo y no te sé decir bien por qué, pero lo que si te sé decir es que es peligroso ver nada más para adelante, hay que ver también a los lados, mira, ahora hay mucho trabajo, y hasta te ruegan para que hagas viajes, pero si ves, se está metiendo gente al negocio que no tiene ni idea de cómo se maneja, y estos son los peligrosos, pues con tal de ver sus camiones trabajando, bajan sus precios hasta donde el cliente quiera; sin querer, has despertado muchas envidias, has estado ganando mucho dinero con la paquetería, pero tarde o temprano los dueños de la línea te van a quitar tu negocito, ya sea para hacerlo ellos o ya sea nada más para amolarte, pero no va a seguir mucho tiempo esa situación, debes dinero en dólares, Dios no lo quiera, pero puede haber un cambio en todo esto, y no veo que tengas ningún guardadito para pasar una tormenta, en otras palabras, creo que te estás alocando —Jaime lo escuchaba con aires de "no se preocupe, todo va a salir bien", pero, aunque no estaba de acuerdo, sabía que tenía que hacerle caso, no porque estuviera o no de acuerdo, sino que era una especie de superstición la que ya tenía, si no le hago caso, me va a ir mal. Jaime solía actuar más por miedos que por razones. Se quedó callado, con la esperanza de que Don Paco cambiaría de tema, "los temas serios son muy aburridos y se prestan a muchos conflictos", pensó, por otra parte, los temas ligeros, tratados con seriedad son características de la gente sensata, y viceversa, a lo mejor por eso a los que están borrachos siempre les da por filosofar.

—Mira, cuando sacas el clutch para arrancar siempre lo sacas más o menos rápido hasta que empieza a caminar el camión, en cuanto empieza a moverse, hay que sacar el clutch mucho más despacio, tan despacio que parece que no lo estás sacando, si lo siguieras sacando a la misma velocidad, seguro que da tres tropezones y se para el camión. Del mismo modo, en un negocio, cuando empieza a dejar dinero, curiosamente, no es el momento para darle más fuerte, sino es le momento para disminuir la velocidad de crecimiento, y dejar que él mismo te vaya indicando el camino, los negocios generalmente se dirigen solos, pero nosotros nos empeñamos en estropearlos por vanidad. Fíjate en la bajada de San Juan del Río, tienes que ir más despacio que si fueras en plano, es muy fácil tomar velocidad, eso lo puede hacer cualquiera. Bajar sin humear las balatas, eso ya es otra cosa. El peligro es que te encarreres tanto que ya no puedas parar.

Don Paco estaba preparando su viaje a España, había tramitado un permiso para examinar tres cadáveres, era una decisión que le había costado mucho, el exhumar a su mamá y a su hermana tenía algo de inmoral, según él, como si no las dejara descansar en paz, por otro lado, los antiguos conocidos de España se mostraban renuentes a hablar del tema, había cosas que aclarar, de eso estaba seguro.

Jaime hizo caso a los consejos de Don Paco, a su pesar, pero le hizo caso. A los quince días, Jaime ya había vendido dos de los camiones que compró en Celaya, pagó todo lo que debía de los tres remolques a la Fruehauf, pero todavía debía lo de un remolque, los cuatro camiones de la planta, dos camionetas, el Kenworth y el faltante al Lic. Nava. Eran deudas que, aunque cuantiosas, no pesaban en ese momento, puesto que salía fácilmente para pagarlas.

Jaime sentía que por primera vez Don Paco se había equivocado, tal vez era por la edad, pensaba, él se sentía capaz de haber solventado la deuda anterior, y no solamente eso, sino de haber comprado más unidades, en ese momento los camiones se pagaban solos, no veía por qué detenerse ante tal situación de bonanza, tal vez por eso Don Paco no pasó nunca de un solo camión, pensó Jaime.

Seguía teniendo los viajes de la fábrica. El trabajo había aumentado bastante, y no se daba abasto con el equipo, de hecho, se daba cuenta de que ya había otro pequeño transportista haciendo los viajes que el no alcanzaba a sacar, cada vez que veía los otros camiones se arrepentía de haber hecho caso a Don Paco. Los viajes a la frontera habían disminuido, porque la exportación de la fábrica se había ido prácticamente a cero, pero eso parecía no tener importancia, puesto que les iba bastante bien con las ventas nacionales, de hecho, estaban importando mercancía ya manufacturada para vender, Jaime se daba cuenta porque los de Transportes Nuevo Laredo tenían los camiones en condiciones impecables, en parte porque cargaban sólo la mitad de peso de lo normal, y en parte porque cobraban más del cuádruple de la tarifa por tonelada, a Jaime se le hacía agua la boca cuando veía los camiones, y más cuando veía lo que cobraban, pero no había mucho que se pudiera hacer, esas líneas no aceptaban permisionarios, todos eran camiones propios, y fuera de un pequeño grupo de privilegiados, nadie podía cargar en frontera con destino al D.F.

Con los excedentes de dinero, Jaime les compró a sus papás una casa mucho más cómoda, pero, para su sorpresa, su papá no la aceptaba, tuvo que insistir en serio para que no lo tomara como una humillación, las relaciones nunca habían sido muy buenas, casi no se dirigían la palabra desde que tenía catorce años, todas las noches llegaba tomado a su casa, nadie le decía nada, pues se exponían a recibir una serie de golpes acompañados por gritos incoherentes, su mamá tenía que lavar ajeno para dar de comer a sus hijos, quienes, aún muy chicos, aprendieron a conseguir dinero para sostenerse a sí mismos, Jaime, con lo que ganaba recogiendo bolas en el club, podía comer bien, casi siempre llevaba unos bolillos por la noche para compartirlos en su casa, solo cuando le iba muy bien compraban leche, muchas fueron las noches que se acostaron cenando solo un bolillo acompañado por un café.

El padre de Jaime, como varios miembros de su familia, era mariachi, trabajaba para su hermano el "tibio" en el mariachi "Chapala". El mismo alcohol le impedía formar su propio mariachi, los sábados era el peor día, pues llegaba a la casa sin un centavo en la bolsa, y, como a pesar de su borrachera, se daba cuenta de la situación, se desesperaba, golpeando a quien primero se aparecía en su camino, alegando que no lo querían y que no lo respetaban. A pesar de sus defectos, era buen hombre cuando estaba sobrio, "si no tomara", todos decían. Jaime ya había intentado llevarlo a un centro de alcohólicos anónimos, pero sin resultados.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 12

No es cierto que los borrachos y los niños digan la verdad, eso lo sabe cualquier cantinero.

Llegó el sábado y Pepe estaba puntual a las cinco de la tarde en casa de don Abraham. Mientras esperaba en la biblioteca, revisaba los títulos de los libros, le llamó especialmente la atención un mueble que contenía la Enciclopedia Espasa Calpe, las enciclopedias que conocía, junto a esa, parecían de juguete. También tenía la Barsa y el Tesoro de la Juventud, sonrió al recordar que su papá decía que era tan viejo que tenía el Derecho Romano sin la última actualización. En el mueble más grande estaban, a forma de adorno, unos libros antiguos con grabados florales, encuadernados en piel, a Pepe le llamaba mucho la atención el lenguaje tan florido que usaban. Un gran retrato parecía vigilar la mesa del estudio, llamaba la atención que el señor estuviera vestido de etiqueta y que la pintura tuviera como fondo un paisaje mexicano, que, por la casita que se veía, podía bien ser en Michoacán.

—Dice el señor que si puede hacer favor de pasar.

La casa se veía muy distinta sin gente, pero lo que le parecía más extraño era estar ahí sin Maclovio ni Malena. Caía en la cuenta de que no conocía a sus papás.

El señor estaba en su sillón negro, vestía un impecable traje gris con una corbata roja de seda que llamaba la atención por lo bien hecho del nudo. Después se enteraría por Maclovio que siempre se vestía de traje. Decía Maclovio que nunca lo había visto cenar sin corbata, salvo cuando se enfermó. Recordó ahí que le había dicho que había estado sin dinero y enfermo de los nervios.

—Manías de gente grande —pensaba Pepe, mientras se alegraba de no haber faltado a su compromiso, pues notó que lo había estado esperando. Se respiraba un olor a tranquilidad, un aroma que tal vez daban los muebles antiguos y finos, o tal vez lo daba también el barniz del piso de madera, lo cierto es que se podía estar muy bien en esa especie de recibidor que tenía don Abraham afuera de su recámara.

El señor saludó a Pepe con cortesía, pero sin excesivo entusiasmo, como guardando toda señal de apresuramiento, podía saludar igual al barrendero o al dueño de un banco.

Después de sortear las blancas, salió don Abraham con peón cuatro dama, Pepe se descontroló con esa salida, estaba acostumbrado a la salida con peón de rey, en todo el juego no logró recuperar la iniciativa.

—Si juegas el mismo juego que los demás estás condenado a ser igual que los demás, tienes que dominar algo que cause sorpresa en tu enemigo. Aunque ¿sabes?, no me hagas mucho caso, la vida se parece mucho más al dominó que al ajedrez, cuando empiezas todos tienen fichas distintas, algunos buen juego y otros puras mulas. Lo que se asemeja bastante a la vida real —sonriéndose al decir esto, como acordándose de algo—, lo que hace a un buen jugador es el saber aprovechar el buen juego cuando le cae y hacer que le vaya lo menos mal posible cuando tiene un mal juego. En el ajedrez casi no cuenta la suerte, y los contrincantes empiezan parejos, cualquiera que tenga mi edad sabe que todos empezamos con fichas distintas, como en el dominó, y todos sabemos que la suerte cuenta, vaya que si cuenta. Te propongo un negocio —le dijo—, la compañía últimamente ha tenido muchos problemas, mira, necesito que me tengas informado de todo, y se me ocurrió que te hicieras cargo de la refaccionaria, mira, se llama Tractopartes Hersa, es una refaccionaria que nació solo como salida fiscal y se ha vuelto buen negocio, es un buen lugar para aprender. No me digas nada ahora, platicamos la semana que entra.

Pasó la semana, y volviendo a platicar, siempre jugando ajedrez, Pepe le dijo que no; sobre todo porque sentía que el plan era estar de espía, el no entendía nada de refacciones y, aparte, el ambiente de la casa de bolsa le gustaba mucho más y en fin, no le interesaba. Don Abraham le dijo con voz desinteresada:

—No creí que fueras a despreciar un sueldo de quince mil pesos —Pepe no contaba con que fuera tanto el dinero del que estaban hablando, al momento se arrepintió de haber rechazado la oportunidad, don Abraham, al darse cuenta de su indecisión, le dijo: —no resuelvas hoy, ni mañana, tómate otra semana, o hasta un mes si quieres, ya sabes dónde encontrarme, de cualquier forma no dejes de venir a jugar ajedrez cuando quieras.

A la mañana siguiente, se comunicó con su papá, a quien le comentó el extraño ofrecimiento, se mostró escéptico, pero no se opuso terminantemente, le pidió unos datos generales del señor y de la compañía, y le pidió que le hablara a la hora de la comida. Así lo hizo Pepe y para su sorpresa, su papá le dijo que aunque la decisión dependía de él, las referencias que había recibido del señor eran buenas, y que parecía que era una puntada de viejo... y no parecía malintencionado, pero que no dejaba de tener algo raro, él le recomendaba que siguiera en la bolsa.

Mucho más tranquilo, volvió a Inverlat por la tarde, Maclovio lo estaba esperando, ni siquiera le preguntó por qué no había ido a comer con la bolita de siempre, lo que pasaba era que se había peleado con Malena, habían discutido por la altura de la falda de tenis. A Malena le chocaban los shorts y no veía nada de malo en usar las mismas faldas que usaban todas las muchachas y señoras para jugar tenis. Lo que no parecía entender Malena era que tenía unas piernas excepcionalmente bonitas y que literalmente dejaba a todos sin respirar cuando ella pasaba. Aunque fueran medios hermanos, Maclovio era tremendamente celoso, se disgustaron a la entrada del club, Maclovio pasó primero y Malena después.

Era costumbre en Malena esa clase de desplantes, cuando se sabía segura en una situación, le gustaba jugar con las personas, en especial con las que quería, le gustaba ver hasta dónde podía llegar, y como tenía un natural encanto para pedir perdón si algo salía mal, realmente ella controlaba la situación.

Todo el camino de regreso se fueron callados, ni una sola palabra, era enfado entre hermanos, muy común por otra parte, Maclovio puso el radio en el 620, que a Malena le chocaba.

—¿Sabes?, ya comprendo porque no duras con tus novias, eres de lo más ideático, si así eres con tu hermana, imagínate cómo serás con tus novias, Dios te guarde, mi ´jito.

Malena no dejaba de pensar en el entrenador de tenis, Jaime, le resultaba especial, notaba la misma mirada de los que se habían hecho millonarios por ellos mismos, desconfiados y maquiavélicos; tal vez a él también le podría sacar algo de provecho, además de divertirse un poco. Todavía no era época de vivir de su dinero, pero ya podía darse ciertos lujos sentimentales.

Apenas el día anterior había decidido convencer a Maclovio para que se quedara en México, él era, además de su hermano, su compañero, su amigo, un amigo al que no le podía contar todo, y un hermano que había que cuidar aunque fuera más grande, pero era su hermano, por él había salido delante de la crisis de su abuelo. Si se iba a Boston se quedaría sola, su abuelo ya no quería salir de su cuarto; de sus amigos ya estaba apartada, ya sabía cómo eran todos y todas, especialmente todos, había sido novia de varios de ellos. Ninguno para acordarse, excepto el primero.

Estaba platicando Maclovio en la oficina de sus inquietudes académicas cuando llegó Miguel, con un humor exuberante, los saludó como si hiciera un año que no los viera. A Pepe no se le olvidaba que cuando le buscó la cara en la fiesta, Miguel apenas lo miró. Por lo visto, lo mismo le pasaba a Maclovio, porque los dos lo voltearon a ver con una expresión de seriedad nada común. Después de una guasa de mal gusto, se retiró dejando caer el comentario: —Espero que sepan lo de los cambios.

Habían nombrado a Isabel subdirector de la sucursal de Monterrey, por lo que el puesto quedaba libre, era un puesto en donde la promoción personal jugaba un papel muy importante, después de un rato de incertidumbre general, Eduardo se apareció enfrente al escritorio de Pepe, con tono amable le preguntó un "¿No puedes venir por favor?". Al entrar a la oficina, Pepe se puso tan nervioso que casi le ordenó a Eduardo que se sentara. Eduardo lo miró con extrañeza, y luego se sentó en su sillón ante la mirada angustiada de su subordinado que ya se había dado cuenta de su pequeño error.

—¿Te gustaría ocupar el lugar de Isabel?

Pepe lo miró sorprendido, era el más nuevo de los tres que podían aspirar a ese puesto. Inmediatamente se acordó del ofrecimiento de don Abraham. Cuando le dijo a Eduardo que si lo podía pensar un día, el gran jefe puso una cara de desconcierto, lo que esperaba era una cara de radiante entusiasmo o tal vez un "sí, cómo no", rápido y alegre, pero no un "¿lo puedo pensar?...".

Al salir de la oficina ya lo estaban esperando para ir a festejar al bar de siempre, para su sorpresa estaban casi todos los que se juntaron para celebrar, gran sorpresa, puesto que fueron llegando casi todos en la oficina. El ambiente era de gran algarabía, todos lo felicitaban, incluso los que parecerían tener algún resentimiento, estaban todas las muchachas, incluso Angy, quien se veía mucho más juvenil y desenvuelta en ese ambiente, aún cuando no se quitaba los lentes, su elegancia hacía que todos voltearan ocasionalmente la vista para mirarla, aunque le llevaba unos cuatro años a Pepe, se veía que no le era indiferente, por lo menos eso daba a entender cuando sostenía la mirada un poco más de lo necesario. Dicen que la calidad de las casas de bolsa se mide por lo feas que están las muchachas, y que a los clientes les importan más las cualidades de las muchachas que la calidad de la casa de bolsa.

A lo mejor por casualidad, pero Angy se sentó junto a Pepe toda la noche, y aunque no platicaban mucho los dos pasaban un rato muy agradable. A la una de la mañana se empezaron a retirar, solo se quedaron Pepe, Miguel y Toño, uno de los más viejos en la casa de bolsa, tenía cuarenta y tres años, y era callado, respetado por todos, Pepe nunca lo había tratado hasta ese día, y se dio cuenta de que era una persona en la que se podía confiar. Miguel empezó a decir que no le extrañaba nada que le dieran el ascenso, puesto que él siempre había sabido que tenía muchas cualidades.

—Esto es para los que piensan que los niños y los borrachos siempre dicen las verdades —se acordó Pepe de su papá, quien siempre le dijo que no tomara licor por hacerse el simpático, pues no todo lo que se dice es verdad, y sí se dicen muchas verdades que no tenían por qué haber sido dichas.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 13

Para las mujeres, solo la pobreza es peor que el aburrimiento.

Jaime no creía lo que le decía Gabriel, su empleado más antiguo: en una junta que tuvieron en la línea, decidieron que los camiones de Jaime ya no podían cargar paquetería. En adelante solo los camiones de los socios fundadores iban a dar ese servicio.

Jaime salió de prisa rumbo a las oficinas, entre desconcertado y enojado, creía que era algún error. Al llegar se dio cuenta de que era demasiado temprano, Lupita la secretaria, que siempre le saludaba muy amable, se hizo como que no se daba cuenta de que estaba ahí, fue hasta que Jaime casi le grita cuando le respondió sin voltearlo a ver, que era posible que ese día no llegara ninguno de los jefes. A Jaime le dolió el estómago al ver la actitud de la secretaria, que por conveniencia, saludaba o dejaba de saludar a quien ella quería. Pero al mismo tiempo confirmó que sí había un problema serio. Tampoco lo saludó don Julio, de él no le extrañó, pues se veía que no tenía carácter ni para matar una mosca.

Salió de ahí dejando que la puerta con tela de mosquitero cerrara más fuerte que de costumbre. Al salir de la oficina se encontró con Javier, el encargado del almacén, quien lo saludó a media bandera, sabía que él se robaba las refacciones, y él sabía que él sabía que se las robaba, de tal forma que siempre le inventaba chismes para que, si decía algo, todos pensaran que era por despecho.

Esta vez no estaba Don Paco, pero aunque estuviera en Europa, parecía que lo oía, recordaba lo que le dijo cuando había tenido un problema similar: "No hagas nada, muchas veces los errores cuestan más que las desgracias, deja que las cosas tomen su curso, cuando se abre una grieta, siempre le cae algo de tierra para taparla, espera la tierra y no hagas tonterías, sigue trabajando como si nada, son cosas que tienen que pasar, escucha esta cita de Mark Twain: 'Ya estoy viejo y conozco muchas calamidades, pero la mayoría de ellas no han sucedido'. Ese me parece que es tu caso, no te apures, vas a ver que de una u otra manera se soluciona el problema. ¿Te conté la anécdota del náufrago? Una vez le preguntaron a un pescador:

—¿Es verdad que usted ha naufragado siete veces?

—Sí, es verdad.

—Entonces debe de ser usted un gran nadador ¿no?

—No, de hecho no sé nadar.

—¿Cómo es que se ha salvado entonces?

—Mire, lo que pasaba con mis compañeros que sabían nadar era que, aunque no se viera la orilla se lanzaban para tratar de alcanzarla, en cambio yo, que no sabía nadar, no me quedaba otra que agarrarme a un madero y esperar a que me rescataran, lo cual, gracias a Dios, siempre sucedió.

El entusiasmo es la marca de los tontos, una buena decisión es una buena decisión, independientemente de quien o como se tome. Si quieres aplicar todo lo que sabes, vete a dar clases. Aquí es distinto.

Don Paco llegó a Barcelona, parecía que el puerto era un gran teatro para la macabra escena de la visita al cementerio, no paraba de llover. Tomó un taxi, cada vez que estaba cerca de una situación tensa sentía un hueco en el estómago y las corcovas de las rodillas le parecían débiles. Las grandes puertas verdes estaban abiertas, recorrió el pasillo adoquinado, tal vez si no estuviera lloviendo y se tuviera que distraer protegiéndose de la lluvia hubiera notado una tumba que le habría llamado particularmente la atención, tenía la inscripción Francisco (Patxi) Cuervo Orendáin. ¡Era su propia tumba!, siguió caminando hasta el rincón donde 37 años antes había visto la lápida de su madre y de sus hermanas.

Dos de las tres tumbas no estaban, solo estaba la de Carolina, la llave de agua estaba en el mismo lugar, goteando, igual que cuando la vio hace tanto tiempo, en el lugar donde antes se suponía que estaban las tumbas había un pequeño desnivel en el que asomaba una losa de concreto, que no era de ninguna tumba, sino de una cisterna, que debería llevar ahí una buena cantidad de años. Removió con una piedra la losa de su hermana, estaba completa y sin ninguna anomalía visible, pero de las otras dos no existía ni el menor rastro.

Tomando el sombrero que se había quitado para quitar el lodo se dirigió caminando hacia la pequeña construcción que guardaba al velador, se encontró a un joven de escasos veinticinco años, tras pedir referencias se encontró con que no tenían documentación alguna, más que de las entradas de ese año, preguntó por las tumbas ausentes, el joven no tenía ni idea, en los años que tenía no había visto en ese lugar más que la cisterna. Don Paco estaba perturbado ahora por no saber siquiera en dónde estaban los restos de su madre y su hermana, en caso de que hubieran muerto. Le dejó una tarjeta al cuidador, con el encargo de que si encontraba algo nuevo, le avisara. Este tomó la tarjeta descuidadamente hasta ver el nombre, lo encontró muy conocido, pero no sabía de dónde. Una vez que se retiró Don Paco se acordó del lugar donde había visto ese nombre, a pesar de la lluvia que todavía caía insistentemente, se fue hasta la tumba que contenía el mismo nombre de la tarjeta: Francisco Cuervo Orendáin. Volteó para ver si veía todavía a su visitante, espantado, creyendo que lo había visitado un muerto, salió corriendo del panteón, dejando que los muertos se cuidaran solos.

Don Paco, muy inquieto, no pudo dormir en toda la noche, tratando de deducir lo que había pasado.

No esperó más de las seis de la mañana para ponerse en marcha a San Just, ahí buscó a la señora Lucero, que había sido la amiga de toda la vida de doña Carmen.

El pueblo se había convertido en un suburbio de Barcelona, demasiado temprano para llamar, caminó por las calles abajo hasta llegar a la que había sido su casa, sintió un gran desasosiego, recordando la semana que había cambiado toda su vida y apretando sus manos enguantadas sollozó al acordarse de los tiempos en que vivía allí con su familia.

Volteó calle arriba, en la esquina, en una casa grande de dos pisos ahora estaba una posada para turistas, pero antes había sido la notaría del Lic. Bassols, de pronto cayó en la cuenta de que él era el que le había informado de todo, tantos años que le había vivido agradecido, y ahora aparecía como un personaje intrigante y con oscuros intereses. Antes de tocar a la puerta de la señora Lucero subió por la calle todavía mojada de la lluvia de la noche pasada, preguntó por el abogado, nadie le dio razón, fue a la tienda de abarrotes, en donde encontró a una anciana quien al verlo se turbó, recobrando el aliento dijo:

—¿Diga? —Don Paco recordó de pronto.

—¿Es usted la esposa de don Octavio? ¿La señora Mercedes? —

—¿Patxi?, ¿muchacho travieso?, te fuiste sin pagarme, ¡me debes dos duros! Muchacho, te creía muerto. Cuéntame, ¿cómo está tu madre? ¿Y Lucha, cómo está Lucha? —notando la cara de extrañeza le preguntó— ¿murieron en América?

—Mejor cuénteme usted, ¿qué fue lo último que supo de mi madre?

—Pues que se fueron a América. Y eso lo supe porque me pasó a pagar unas pesetas que me debía, su madre siempre tan honesta, eso sí.

—¿No murieron mi madre y Lucha?

—Que yo sepa no, por lo menos no aquí en el pueblo, lo que si te digo es que se fue con Lucha para América, con lo que traían puesto y lo que cabía en dos maletas. El que se quedó con todo fue el maldito de Bassols, pero de poco le valió, apenas vendió se murió a las dos semanas.

—¿Vio usted el cuerpo del notario?

—Claro, con estos ojos que se van a comer los gusanos.

—¿Le vio la cara?

—Nadie se la vio, ¿no ves que se la destrozaron los de la falange?

Don Paco volvió a mirar hacia arriba, levantando la ceja: —Una muerte muy oportuna —continuó—. ¿Y la señora Lucero?

—¿Lucero Fernández?, huy m´híjo, lo que queda.

—¿Vive?

—Sí, pero como si no viviera —dijo mientras hacía la seña con la mano de que estaba mal de la cabeza—. Está con su hija Mariana, que nunca se casó, yo creo que se quedó esperándote, muchacho. ¿Quieres un pan?, ¿algo de comer?

—No, gracias, ¿don Octavio?

—Murió de viejo, este septiembre cumple un año, yo le sigo para Navidades, ya le dije que ahí nos veíamos.

Don Paco le sonrió:

—Le dejo una tarjeta con mis datos —estoy en México, por favor llámeme si sabe algo de mi madre.

—Ve con Mariana, la pobre, a ver si no la asustas.

Avanzaba Paco calle abajo cuando se acordó y se regresó:

—Aquí están los dos duros —dijo sonriendo.

La señora abrió una caja de madera y sacó una nota.

—Aquí tienes—, ya no me debes nada.

—¡No es posible!, ¿guardó todos esos años el papel?

—Claro, me sirve para acordarme de las personas, y también de lo que me deben, je, je —Don Paco sacó un billete y se lo puso en la cajita—. Esto es por los intereses, ¿vale?

La señora sonrió— ¡vale!, saludos a tu madre— Don Paco volteó, la vio a los ojos, eran unos ojos pequeños, con brillo y picardía.

—Si la veo le doy saludos de su parte—. La viejita sonrió nuevamente.

Don Paco bajó veinte pasos por la calle, se acercó al portal grande de madera, estaba igual que hace tantos años, lo único que se veía nuevo era el aparato de intercomunicación empotrado en marco de cantera. Don Paco se acercó, tocó con la aldaba como acostumbraba: dos toquidos, espacio, dos toquidos. Mientras respondían miraba la enorme puerta de madera dura, cuantas veces había cantado pidiendo posada durante las Navidades, la misma puerta "duran más las puertas que los hombres", pensaba. Se oyó una voz por el intercomunicador:

—¿Diga? —al mismo tiempo que una señora elegantemente vestida de peinado de chongo, con suéter color vino y falda de casimir gris abrió la puerta, sus ojos cafés miraron a Don Paco confirmando la emoción que le dio al oír los dos toquidos.

—¿Patxi?, yo pensaba..., pero pasa, pasa..., ¿cómo está Lucha?, cuéntame de tú mamá, hace tantos años —decía mientras caminaban por el patio.

Las mismas jaulas con canarios, el mismo aroma de cantera mojada. Pasaron a la sala: —Mamaaaá, mira quién está aquí, es Patxi.

La señora se acercó a la sala con pequeños pasos en su andadera. Patxi hijo, dejaste tu suéter, un día lo vas a perder, ¿dónde está tu madre?, me dijo que ibas a venir.

Mariana hizo un gesto a Patxi, indicándole que estaba inventando: —Me dijo que ella iba a traer las castañas para Navidad.

La señora Lucero que Patxi recordaba era otra, sus grandes ojos azules, su piel blanca y sonrojada en las mejillas, su alegría de vivir, su alegre paso y su forma de entonar las letanías, mucho más guapa que cualquiera de sus hijas, de esa señora había que ver lo que quedaba. Noventa y dos años.

—¡Ya me he muerto dos veces! —dijo como noticia la señora.

—¿No te ha contado Mariana?, ¿ya terminaste tu escuela?, ¿cómo está Madrid? —continuó.

—No alcancé a terminar, tuve que salir, me fui a Estados Unidos y ahora vivo en México. Estoy casado, mi esposa está allá.

Mariana parpadeó nerviosa.

—Pero siéntate, ven mamá siéntate aquí. Ahora sí, cuéntanos, cómo está tu madre y tu hermana.

—¿Lucha?, no la veo desde hace treinta y tantos años, me parece que ustedes la vieron después que yo.

Mariana juntó las manos, dejándolas arriba de su falda, mientras echaba el cuerpo para adelante.

—Me dijo el licenciado Bassols que había muerto junto con Lucha y Carolina.

—Puros cuentos —gritó doña Lucero, ella me habla a cada rato, dice que va a traer las castañas para Navidades.

—Patxi, a nosotros nos dijeron que tú habías muerto y que tu mamá y Lucha habían tenido que huir por cosas que tú habías hecho —dijo Lucha.

—¿Quién les dijo?

—Bassols, pero ni modo de reclamarle, murió al poco tiempo. No hemos vuelto a saber de ellas.

Patxi se quedó en el pueblo cuatro días más averiguando lo que pudo, después fue a Barcelona a preguntar por los barcos de pasajeros que en esas fechas habían salido para América. Encontró las listas del "Marqués de Comillas", y de otros barcos, ningún nombre que se pareciera.

Regresó a México vía Madrid.

Así pasa muchas veces con nuestras desgracias, agárrate a lo que tienes, no hagas tonterías, espera, dale tiempo al tiempo, verás como todo se soluciona.

Estaba don Gumaro; don Chava con su hijo; Pascual, también con su hijo, acompañados por don Pedro, su compadre. Jaime llegó con Gabriel, sabía que se juntaban ahí a jugar dominó, a Jaime siempre se le había antojado jugar con ellos, pero nunca lo habían invitado, y si uno no era invitado, no era conveniente pararse por ahí.

Don Gumaro se levantó para recibirlo, le ofreció una silla, los demás lo saludaron levantando la mano afectuosamente y pronunciando un —"joven"— a manera de saludo. Se veía que estaban entretenidos con el juego, pues inmediatamente volvieron todos a prestar atención al dominó, después, cuando se acabó la ronda, don Pedro, hombre honesto y de pocas palabras le dijo:

—Joven, sabemos lo que le han hecho, ya sabemos todos que esas cosas no se hacen, a todos nosotros nos han hecho cosas por el estilo, y teníamos un plan, a ver si a usted le interesa, tenemos los papeles de una línea, una línea que no tiene ni un solo camión, pero están los papeles, nunca la usamos porque no queríamos ningún conflicto con mi compadre, pero a estas alturas ya no estamos para pensar en nosotros, sino en nuestros hijos, y no quisiéramos que más adelante nos dejaran sin nada. No somos mensos, nosotros ya sabemos que en estos tiempos lo que deja más es la paquetería, y que se está desaprovechando, y se va a seguir desaprovechando si no nos decidimos a hacer algo. Queremos ver si le interesa ser el gerente de esa línea y echarla a volar cuanto antes, tenemos un local en México que pudiera servir, y otro aquí, que si no son tan grandes como los de ahorita, si nos va bien entre todos podemos hacer una cosa bien montada.

Jaime se sintió halagado de que esos viejos lobos de mar pensaran en él para ese negocio, aparte se sintió bien de que se dieran cuenta de lo injusta y tonta que había sido la decisión de la línea. Después de platicar un rato, de hacer varias preguntas, les pidió unos días para resolverles.

Grande fue su sorpresa cuando a Don Paco no le gustó la idea.

—No te dejes llevar por la vanidad, ellos quieren que trabajes para ellos, no para ti, el día que se les pegue la gana te botan por la borda sin siquiera agradecerte lo que hiciste, empezar una compañía es como darla a luz, son dolores de parto, y lo malo es que son dolores de parto de un hijo que no es tuyo, por andar haciéndole al novedoso, descuidas tus camiones y lo bueno que hagas lo repartes entre todos, lo malo lo absorbes todo, si tienes ganas de divertirle, vete a las Vegas, te sale más barato que hacerle al ejecutivo.

Jaime estaba ya un poco molesto con Don Paco, pues con lo de los camiones que le dijo que vendiera, y ahora con esta oportunidad que le ofrecían, que, por puros prejuicios, según Jaime, quería dejar ir, Jaime empezaba a pensar que ya debía de tomar sus propias decisiones.

—Mira, muchacho —le dijo en el tono que le hablaba cuando sabía que no estaba de acuerdo—, tú tienes todo para hacerlo por ti mismo, busca una compañía que vendan, a lo mejor hasta crédito te dan, lo mismo que don Pedro, hay gentes que por ahí tienen sus guardaditos; investiga, cómprala tú.

Al día siguiente sus choferes lo veían con curiosidad, a ver que cara tenía.

—Ya todos saben de la junta, le dijo Gabriel. Esas juntas duran secretas lo que duran las palabras en llegar a la puerta.

Don Pedro estaba platicando con Horacio en el fondo del taller, tomando una Coca Cola y fumándose unos Delicados, Jaime se fue con ellos y se estuvo platicando por más de dos horas, solo se notaba el pasar del tiempo por las colillas tiradas en el suelo.

Después de un rato ya estaban alegando de pasos de diferencial y de los precios de los camiones en Estados Unidos, eran dos temas que siempre salían cuando los camioneros no querían despedirse.

Al día siguiente Jaime llegó a ver a Don Paco con cara de felicidad. Lo encontró más serio de lo usual, desde que llegó de Barcelona no era el mismo, decía que tenía que seguir investigando un asunto personal. Levantó las cejas suavemente, como solía hacer para preguntar algo.

—¿No habrás aceptado lo de ser gerente, verdad?

—No —dijo Jaime extendiendo la "o" como dando entender que tenía alguna noticia buena, pero que no era precisamente esa.

—¿No habrás comprado otro camión?

—Nooo —dijo en el mismo tono—. Entonces, ¿qué trais?

—Ya compré una línea.

—¿A quién?

—A don Pedro.

—¿Te la vendió?, ¿y los otros? —Jaime levantó los hombros mientras esbozaba una sonrisa—, ¿en cuánto?

—En doscientos mil pesos, pagaderos a cinco años.

—¿Así te la vendió don Pedro? —dijo Don Paco con gesto de incredulidad.

—Bueno, no exactamente, se la cambié por dos camionetas como la mía, recién sacadas de la agencia.

—¿Y de dónde las vas a sacar?

—Ya las saqué y ya hasta se las entregué, después de platicar un rato, pasamos por la Ford, le propuse el trato como de broma, como de broma aceptó, como de broma hablé con el dueño de la agencia, como de broma aceptó que se las pagara en cinco años, y como en broma me firmó el contrato.

—¿Y qué hay de los demás?

—Quedó que los iba a convencer de pasarse a mi línea, pues le ofrecí cobrarles el 10 % de comisión en lugar del 15 % que están pagando.

Todo esto lo dijo como niño que acaba de darle un gusto a su padre sin haberle hecho caso. Don Paco le dio un abrazo de gusto a Jaime.

—Vente, vamos a que la señora nos regale un cafecito y deja sacar unas galletas de la tienda para celebrar.

Estaban con el mejor ánimo, platicando sobre los planes futuros cuando se acercó doña Mati a dejarles el periódico, era raro, pues nunca se acercaba, si no era a traer más café. Al ver el encabezado, Don Paco supo por que Mati le había traído el Excélsior: "El Peso, a Flotación; el nuevo valor lo fijará el Mercado"2.

Anoche anunció Mario Ramón Beteta que el peso deja de tener paridad fija...

—Ahora sí ya la amolamos —dijo Don Paco—, por lo menos en un rato, olvídate de comprar camiones nuevos —siguió Don Paco—. ¿Cuánto debes en dólares?

—No sé exactamente, pero no es mucho, comparado con lo que debía, sólo el Kenworth y una caja Fruehauf.

—Bueno, pues ya debes el doble, por ese lado, ¿y cuánto debes en pesos?

—Ahí sí está más duro, para empezar dos camionetas completitas que saqué ayer, algo de los camiones de Celaya, más o menos la mitad de los camiones de la fábrica, y las tres cuartas partes de la casa que le acabo de comprar a mis papás.

—Dale gracias a Dios de que la tasa de interés es fija, si no, todo lo que hiciste se habría esfumado en este minuto.

Jaime, a pesar de todo, no estaba angustiado, más bien estaba tranquilo, y dentro de su tranquilidad, pensaba: "¿de dónde sacaría Don Paco tantos conocimientos?". Jaime ni siquiera sabía que se podía pedir dinero con una tasa de interés que cambiara. En fin, lo bueno es que, muy a pesar suyo, le había hecho caso y había pagado buena parte de lo que debía en dólares.

Fue un mes de entero desconcierto, las tarifas de flete subieron, las refacciones, las llantas, las autopistas, el diesel; todo subió, pero seguía habiendo trabajo, lo que sí se paró fueron los pagos; mientras eran peras o manzanas, nadie pagaba nada; al mes siguiente, la gente de la KW, Trailmobile y de la Fruehauf empezaron a llamar para cobrar, por supuesto en dólares, también por supuesto, nadie les pagaba, empezaron a salir calcomanías de "Cumpliremos en pesos", pegadas a los trailers. Los documentos en pesos se volvieron cada vez más fáciles de pagar, era una situación peculiar, como nadie pagaba nada de lo que debía en dólares, y además, las tarifas habían subido, todos los transportistas tenían dinero, los pagos de la gente que debía en pesos nunca fueron más puntuales.

Jaime se presentó en la agencia Kenworth, habló con Alfredo Martos, que ahora sí lo recibió inmediatamente, le dijo que él estaba dispuesto a pagar, pero que entendiera que no le alcanzaba para pagar lo doble, aunque no llegaron a ningún acuerdo, el hecho de haberse presentado, no solamente esa vez, sino muchas otras, le sirvió muchísimo para mantener buenas relaciones.

La tarde caía nuevamente sobre León, chocolate con churros, nada mejor a las seis y media de la tarde.

—¿Te acuerdas de los grados que te dije? —Don Paco notó que Jaime no lo seguía—, de los grados en que estás haciendo negocio..., uno operativo, otro más comercial, otro financiero, bueno, para ustedes los mexicanos hay que inventar un cuarto, digamos que es un grado Financiero especulativo, el que sea capaz de prevenir estas crisis puede hacer que sus deudas sean su mejor inversión.

En la Fruehauf fue distinto, le ofrecieron aceptar todo al tipo de cambio anterior si liquidaba todo lo que debía en ese momento, Jaime aceptó el trato, fue a México a negociar y dio la mitad, firmando un documento a treinta días por el resto, ya en pesos.

Ya estando en México, pensaba ir a jugar tenis, aprovechando que era jueves, y fue jueves el día que había visto a Malena, tenía la esperanza de encontrarla de nuevo.

Como ya suponía, hizo casi hora y media para llegar al club, pero se le hicieron como cinco minutos, por la esperanza de encontrar a Malena. El amor jala, y tiene efectos sobre muchas cosas, y unas de esas cosas son las manecillas del reloj.

Al llegar, se encontró que no había nadie que pudiera hacerle pasar como invitado, mientras llegaba alguien, caminó un poco para asomarse por las canchas, a ver si veía a Malena, no la vio en la primera cancha, pero en la tercera estaba una muchacha que podía ser ella, no alcanzaba a ver por los truenos. Le dio la vuelta a la esquina y caminó hasta donde estaba jugando la muchacha, para su sorpresa y júbilo sí era Malena, estaba jugando con el profesor Pedro Martínez, a quien conocía, pues alguna vez había ido a jugar al Atenas de León. Se quedó viéndola jugar, hasta que ella se acercó a recoger una bola cerca de la malla.

—Hola.

—Hola, qué milagro —le dijo en tono más que amigable, Jaime se sentía entre nubes de algodón por su buena suerte.

—Vine a jugar contigo, pero no me dejan entrar.

—Voy por ti en diez minutos, ¿Ok?

Tras esperar un poco, apareció bajando las escaleras, era como un sueño, la mujer perfecta. Después de registrarse, se dirigieron a las canchas, pero, sin que ninguno de los dos dijera nada, cambiaron el rumbo para un pequeño jardín que había atrás del restaurante.

—Ven, siéntate, oye, me dejaste intrigada, ¿a qué te dedicas?

—Soy camionero.

—Pues se ve que te va bien de camionero.

—¿Eres chofer?

—No exactamente, aunque lo fui, tengo varios camiones —Jaime pensó en lo curioso que funciona la mente femenina, va de un lado a otro como chapulín que brinca en el jardín, por otra parte, pensó, "transportista" se hubiera oído mejor.

—¿Es difícil manejar camiones? Me gustaría subirme en uno de esos enormes que tienen remolque, me gustaría aunque sea ir a Cuernavaca —dijo, como dando órdenes —, sentirme importante en la carretera, ver a todos los coches para abajo —decía con entusiasmo de quien tiene todo, pero le ha faltado lo más simple.

—Si de veras tienes ganas, yo te llevo.

—¿En serio?

—¡Claro!

—¡Estás bromeando!

—No, si quieres nos vemos en una semana. No, mejor de este sábado en ocho, te vienes temprano, y nos vemos aquí.

—¡Sale! ¿En verdad? —decía mientras los ojos se le iluminaban con el brillo de quien va ha hacer algo emocionante, estaba segura de que si pedía permiso le iban a decir que no y ni pensar de lo que diría Maco, casi seguro la mataba si la descubriera, con lo serio y solemne que era.

—Total, ni que fuera mi novio, ni voy a hacer nada malo —dijo como para tranquilizarse.

—Ten, te traje un regalo —Jaime sacó un estuche con un hermoso anillo de oro con una esmeralda.

—¿Oye, qué te pasa? No te puedo aceptar esto, apenas te conozco —Malena lo dijo casi de dientes para afuera, porque el anillo estaba precioso, además, no era, ni con mucho la primera vez que le regalaban una joya, algunas mucho más costosas, no tenía la costumbre de dejarlas ir, si no era por algo mayor.

Esta vez no se trataba de un viejo libidinoso que la quería conquistar, era un muchacho inteligente, tal vez sería así si hubiera sido hombre.

—Me tengo que ir, nos vemos a las ocho, ¿está bien?

Jaime asintió con la cabeza, jugando con el anillo.

Comentario de Don Paco: "Ten cuidado con las muchachas, para ellas solo la pobreza es peor que el aburrimiento. Y esta muchacha no creo que sepa lo que es la pobreza". En esto se equivocaba Don Paco.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 14

Edad avanzada es cuando se te hace más fácil llegar a Nueva York que alcanzar tus agujetas.

Al día siguiente llegó Pepe despreocupado; se sorprendió al ver que sus cosas ya no estaban en su antiguo escritorio, sino en el nuevo, era de esos momentos en los que no sabía que hacer, tenía curiosidad por ver quién se quedaba en su lugar. Pasó la señora temprano con los cafés, uno de los privilegios que tenía el nuevo puesto era que la señora pasaba antes. Otro muy importante era el del lugar de estacionamiento, ese día prefirió estacionar el suyo en el lugar de siempre, aunque se supone que ya podía usar su nuevo lugar en el sótano del edificio. No estaba el Corsar de Eduardo.

Aunque ya estaba en el nuevo lugar, había que esperar a Eduardo para que le diera los papeles de trabajo y platicaran sobre el tema, pasaron dos horas y no llegaba.

Pepe se cambió a su escritorio anterior y atendió las llamadas de sus clientes normales.

Finalmente llegó Eduardo, pero no habló con él, como era de esperar. Cerró su oficina y no salió de ella en toda la mañana, por la tarde ya no regresó. Pepe terminó la tarde con gran angustia, después de haber esperado todo el día.

—Hubiera estado mejor que no me ascendieran —pensó—, por lo menos estaba tranquilo. Ahora, si él me ascendió, ¿por qué hoy no me habló para nada? —eso de tener que ver la cara de los demás para tratar de adivinar su propio destino le resultaba realmente molesto.

El fin de semana se fue a Irapuato, no quería saber nada de la oficina. Llegó a su casa en la noche del viernes; al llegar, salieron sus papás a recibirlo. Aunque ya eran más de las doce..., en pijama lo acompañaron a cenar leche, Corn Flakes y unas quesadillas con frijoles.

—¿Se les antoja un jugo de zanahoria? —dijo Pepe a la mañana siguiente, mientras bajaba la escalera con rapidez, su papá y mamá se voltearon a verse entre sí extrañados:

—Voy al centro y vuelvo —su mamá levantó los hombros y dejó oír un:

—″Bueno...″ —como los que decía cuando no entendía, pero tampoco tenía nada en contra.

Después de un rato siguió su camino y llegó hasta el puesto de jugos ‶Pacífico″, don David ya tenía canas, el hijo había engordado más y se veía que ya se dedicaba al negocio, también había un niño como de cinco años, ‶la siguiente generación″, pensó, la vida desde afuera se ve muy simple, seguro han de tener sus problemas, seguro deben existir muchos cambios, pero una de las cosas que daba por seguro es que el niño estaría dentro de veinte años atendiendo el puesto, y se habría casado con una niña que conoció desde chico. Tal vez por eso en la India hay tan pocos divorcios, los niños se casan con quien les toca casarse y punto.

—¡Debería haber alguna ley que nos dijera con quién casarnos y listo! —pensó mientras tomaba su jugo de zanahoria. El ruido del centro de la ciudad le seguía fascinando, los voceros anunciando el Sol de Irapuato con un timbre que hacía que se oyera su voz a varias cuadras de distancia, las señoras barriendo la banqueta y el policía de tránsito preparándose para su concierto diario de silbato arriba de un taburete rojo con un letrero de Coca Cola; el panadero, siempre circulando en sentido contrario, haciendo su acto diario de equilibrio en su bicicleta con una canasta en la cabeza. El cine Irapuato con su aroma a palomitas, dulces de chocolate y grata obscuridad.

La vida debía cambiar, pero como siempre cambiaba, no como ahora cambia.

Se fue el sábado a la mueblería, se notaba algo cambiada, era natural, puesto que su mamá era la que se encargaba de ella, su papá estaba más en la constructora. Los empleados eran los de siempre, aunque había más personal, se notaba el mismo ambiente, parecía que a todos les apuraba el hacer las entregas, no se veían cosas tiradas en el piso, aunque todo se veía igual, Pepino lo veía distinto, un sencillo orden dominaba todo, no había computadoras, y nadie parecía necesitar una, bastante avance eran ya las calculadoras electrónicas, ya ni don Luis usaba su maquinita de vueltas y vueltas para hacer las cuentas.

Poco antes de las dos de la tarde. La comida todavía no estaba lista, la abuela preparaba sus tapas como todos los domingos.

Pepe se sentó en un banquito en la cocina, leyendo una revista de Mecánica Popular, Lucha entraba y salía para revisar la paella. Entró Margarita, la hermana de Pepe con una pintura de un cachorrito hecha al pastel.

—Mira, ¿te gusta?

—Sí, está padrísimo, ¿sabes que le falta?: un cascabelito.

Pepe hizo el comentario solo por hacerlo, recordando el cuadro que vio arriba de la chimenea de don Abraham.

Doña Carolina dejó de picar el ajo.

—Si le pones el cascabel siempre vas a saber por donde anda, a menos que no ande, claro.

—Los cascabeles son para los gatos.

—¿Por qué nada más para los gatos? Es más, le puedes poner un moño azul —dijo, acordándose del cuadro.

—Estás loco, parecería un perro maricón.

Carolina escuchaba atentamente:

—¿De dónde sacaste eso del perro con cascabel y moño azul? —dijo con tono serio.

—¿Qué te pasa, abuelita?

—¿De dónde lo sacaste?

Pepe respondió en voz baja:

—No sé, se me ocurrió —dijo mintiendo—, ¿por qué, abuelita?

—Tu tía Caro tenía un perrito, se llamaba Estambre y lo traía con un cascabel, lo quería mucho, se lo llevó cuando se casó. Un pintor allá en Barcelona le hizo un óleo, que también se llevó cuando se casó y en ese óleo estaba con Estambre y traía un moño azul, estaba ella montando a caballo y cargando al perro. Se me hizo mucha coincidencia que tú mencionaras lo del cascabel y lo del moño azul —doña Carolina tenía lágrimas en los ojos.

—Pobre abue —pensó Pepe, la vida no le va a alcanzar para reponerse de sus recuerdos. Estuvo tentado a decirle que había visto ese perro en un cuadro, pero, en ese cuadro no había ningún caballo, debía ser una costumbre catalana eso de andarle poniendo cascabeles a los perros, definitivamente no era el cuadro, no tenía caso hacer sufrir más a la abuela. Después se lo contaría a Lucha y vuelta a empezar con las fantasías y los llantos.

El doctor Puente les había dicho claramente que evitaran las imágenes del pasado en España.

El domingo fue Pepe a jugar Tenis al Country, la nostalgia por Malena se incrementó, tenía nada de conocerla y ya la extrañaba.

La nostalgia fue mayor en misa, misa de doce en el santuario, cuando los afortunados se paraban a comulgar con sus novias y él se levantó solo como poste, se preguntaba si a Malena le gustaría vivir en Irapuato. No lo creía, ella sin sus Liverpooles y Palacios de Hierro, el Jockey Club y el Cero Cero no sabría vivir.

20 de noviembre, corrida de toros, muere por fin Franco, doña Caro había esperado a mandar correspondencia a algunas de sus antiguas amigas, tal vez la hacían muerta, tal vez ellas ya no vivieran ahí o ya hubieran fallecido, había traído su libreta de direcciones, ahora que ya había muerto Franco no veía porque no comunicarse con sus amigas y parientes de su tierra. Fue caminando a las nuevas oficinas del correo, depositó dieciséis cartas, alguna de ellas llegaría a su destino. Había dado como remitente un apartado postal anónimo, como última precaución.

Después de comer salió para México, le costaba tener que regresar a la casa de bolsa, la incertidumbre lo agotaba, ese fin de semana se sentía más cansado que ningún otro. Empezó a considerar la propuesta de Don Abraham, aunque no le gustaba, lo preferiría a pasar otros días como el viernes.

Un poco con coraje, perfiló el coche hacia el estacionamiento, pero notó con sorpresa que el lugar que se esperaba estuviera vacante, estaba ocupado por otro coche, después de preguntar algo al muchacho lavacoches salió molesto, se fue al estacionamiento público, normalmente no lo utilizaba, pero ahora no se sentía con ganas de ahorrar.

La llegada a la oficina fue igual que la del viernes, sólo que ahora no hizo nada, excepto tomar café y platicar con Maclovio y Miguel, quien se acercaba con tonos de fingida preocupación a ver qué era lo que pasaba. Por fin llegó Eduardo, Pepe fue inmediatamente con Angy, para pedirle hablar con su jefe, para su sorpresa no le dijo que pasara, sino que esperara un momento, pero ni siquiera se apresuró a llamarlo por teléfono, sino que terminó con toda calma lo que estaba haciendo y después, en tono indiferente habló con su jefe.

—Dice que en la mañana no te puede atender, pero que lo busques en la tarde, a ver si tiene tiempo.

Pepe se puso realmente furioso, no se pudo contener y entró en el despacho de Eduardo, que estaba tranquilamente leyendo el periódico.

—Perdón, pero no he podido ver tu asunto.

—¿Cual asunto? —respondió Pepe.

—Lo de tu promoción.

—Ese es asunto tuyo, no mío —se dio cuenta de que le estaba hablando de tú, pero no le importó—. Yo no pedí la promoción, pero si tú la anunciaste no me dejes afuera sin nada que hacer —continuó Pepe.

—Mira, estas cosas pasan, y prefiero decírtelo de una vez, tu puesto se lo tengo que dar a un recomendado de uno de los socios, de veras lo siento, pero no depende de mí.

En ese entonces se acordó de don Chencho, un mozo del club que era muy humilde, pero que nunca aceptó que nadie apartara una cancha de tenis, fuera quien fuera, una vez lo despidieron por eso, pero volvió a entrar a los pocos días, don Chencho podría morir muy pobre, pero seguramente moriría con ese sentimiento de riqueza de quien que nunca fue humillado por decir mentiras; Eduardo no podría morir como don Chencho, su muerte seguramente va a estar ligada a cuantiosos donativos para tratar de borrar tantas hipocresías y mentiras, pero no tendría la dignidad de la muerte de don Chencho.

Fue hasta mucho después que comprendió por qué fue despedido, y también por qué fue contratado.

Era muy desagradable sentirse la “chaquira”, término que usaban para referirse a los inversionistas pequeños. Lo que sentía era perder la oportunidad de encontrarse de nuevo con la licenciada Esteve, se acercaba la convención en la Mansión Galindo, decía Jorge que valía la pena trabajar todo el año con tal de ser invitado, las comidas en el comedor de los “bananas” eran fuera de serie, una vez incluso conoció al chef Luengas. Tardaría mucho en volver a ese comedor.

Cuando llegó a su casa salió su tía a recibirlo con mucha apuración: —¡Ay, m´hijito, no te vayas a ir con prisa, tu papá está enfermo pero no es para que vayas a tener un accidente... !

Pepe no entendía a que se refería, pero al oír que su papá estaba enfermo corrió a detenerla, corría de un lado a otro, sin saber ni qué hacía.

—¿Está grave mi papá? —su tía comprendió que nadie le había dicho nada, y en tono sereno le dijo:

—Sí, Pepe, tu papá está en el Sanatorio, habló tu mamá, que sería mejor que te fueras para Irapuato.

Todos los asuntos que traía Pepe pasaron en ese momento a segundo plano, tomó el coche y se fue rezando todo el camino, al llegar al Sanatorio todavía encontró con vida a Don Pepe, al lado de su mamá que le tenía de la mano. Después de media hora murió. Le parecía que había un error, su padre no se podía morir, con tanta vida, con tanta seguridad, con tanta amabilidad, no se podía morir una persona como él, con esa fuerza: si estaba tan bien de todo, cómo era posible que solo porque se le tapó una arteria se muriera, era ilógico. Todo lo que pensaba, los consejos que le dio, los ratos de amable comprensión, hasta los corajes que hacia, los paseos en la avioneta, todo parecía un error de alguien, a Dios era el único al que le podía reclamar.

Sentía que las lágrimas que le salían por fuera le mojaban todo por dentro. Asomándose por la ventana del hospital veía a las personas pasar, ¡qué despreocupadas se veían!, tal vez no tuvieran un buen empleo, tal vez no supieran inglés, pero no tenían su pena, ni siquiera sabían de ella. Se refugió con Lucha, ahogada en llanto, trató de consolar a Aurelio, su hermano más pequeño, pobre, todos los años que no le tocaron vivir con un padre. La tarde cayó y llegó la noche, una larga noche.

Su primo Aurelio pagó los gastos del hospital, once mil pesos. No había reparado en eso, pero no había dinero para pagar la cuenta.

Efectivamente, Pepe no lo sabía, pero la devaluación había afectado mucho más de lo que el pensaba a la constructora, y lo malo es que estaba todo hipotecado, incluyendo la casa y la mueblería.

Su mamá estaba asombrosamente serena, aunque se le notaba el profundo dolor, más se ocupaba de consolar a sus hijos que de mortificarse ella.

La que se encargó de todos los trámites fue Graciela, que siempre había sido muy ecuánime, si había llorado, no se le notaba, había arreglado todo lo del sepelio.

—Yo siempre pensé que era más complicado... —dijo a Pepe, en tono de confidencialidad.

Pasó todo lo fuerte, al salir a la calle y ver a la demás gente sentía Pepe una gran envidia por aquellos que caminaban como si nada hubiera pasado. "Uno se espanta de lo fácil de soportar que es el dolor ajeno", decía su papá.

El lunes fue a hablar con el abogado y con el gerente del banco. Parecía que la muerte de Don Pepe se debió a una angustia por la situación económica en la que se encontraba.

El gerente del banco, que se suponía era amigo de la familia, ya había interpuesto la demanda de embargo precautorio de bienes, un proveedor hizo lo mismo, el socio con que estaba en la constructora, compadre de Don Pepe, hizo lo mismo..., total, los chacales estaban prestos a echarse sobre lo que quedaba de la presa.

Se necesitaban seiscientos cincuenta mil pesos para salvar lo apremiante de la situación. Al voltear la cara con los familiares todos se acercaron a ofrecer que podían, pero a pesar de la buena voluntad, no se alcanzaba a solucionar el problema. Después de platicar con su mamá, se dio cuenta de que aún vendiendo la casa no salían del apuro, a menos que...

—Lo único que puedo hacer es adelantarte dos años de sueldo —le dijo don Abraham —. Le agradezco mucho, pero eso no me ayuda en este momento.

—¿Por qué no?, si es la cantidad de la que me hablas. ¿Pues a poco crees que te iba a pagar una miseria? A Pepe se le nublaron los ojos de la alegría y de agradecimiento.

Lo primero que se le ocurrió fue avisarle a su mamá, llegando a casa le telefoneó para darle la buena noticia, se sorprendió de que a su mamá no le diera tanta alegría, hay que pensar las cosas y fijarse en los ofrecimientos hijo, lo primero que hay que fijarse cuando se comete un error es no volver a cometer otro, el firmar en dólares fue uno, no quiero cometer otro. No hubiera pasado nada si nos debieran en dólares, pero nos debían en pesos, ese fue el error. Quedaron en platicar llegando a Irapuato al día siguiente. Después de explicarle a su mamá y de contarle lo del extraño trabajo, su mamá estaba aún más asustada.

Solo estuvo dispuesta a aceptar cuando Pepe le dijo que ni ella ni Pepe tenían que firmar nada, todo era de palabra.

Doña Carolina solo alcanzó a opinar —...se me hace muy rarito.

A la semana siguiente ya estaba Pepe trabajando en la compañía de transportes de don Abraham, ya había hecho la transferencia.

Lucha tenía con que pagar, pero no por eso pagó, todavía tenía coraje con los amigos de su marido que habían interpuesto la demanda en cuanto se enteraron de su fallecimiento, incluso su sagrado compadre. Del gerente de Bancomer no le extrañó, siempre le había parecido falso y convenenciero. Ya con el dinero en la mano consultó con Paco, un primo segundo de su esposo, un abogado civilista con mucho prestigio en México. Lo primero que hizo para hacer tiempo fue interponer un recurso para cambiar el asunto de lo civil a lo mercantil, eso le dio tres meses de respiro.

Después de un juicio largo y tedioso ganó Lucha las dos demandas más grandes, en una Bancomer no tenía los pagarés originales, se habían perdido en la inundación, y en otra, la de su compadre, resultó más sencillo, ninguna de las notas estaba firmada por su marido, el punto clave fue que no reconoció la deuda, se transó en la vigésima parte del monto de la demanda. Hubo otras deudas que fueron cubiertas al cien por ciento y hasta con intereses, las de la quebradora de piedra y el asfalto.

Don Pedro, un hombre atrabancado y poco diplomático, pero honesto, que había asistido de lejos al funeral, nunca se presentó para cobrar, pero Lucha sabía que se le debía el dinero. Cuando se presentó Lucha, don Pedro le dijo que no le debía nada, Lucha le dio un cheque con el monto exacto. Don Pedro le dijo que no se lo podía aceptar porque ni siquiera tenía los documentos firmados. Ya los había roto. Lucha le dejó el cheque. Nunca apareció como cobrado en su nueva cuenta, número cincuenta y siete, de Banco del Centro.

Pepe llegó a su nuevo trabajo. Había que hacer inventario, las tarjetas para el doble conteo, don Benja lo orientó, del negocio de refacciones no tenía ni idea. Poco a poco, y gracias a los consejos de don Abraham fue tomando el control del negocio. Lo primero que le recomendó fue eliminar las piezas obsoletas. Mira, por un lado tienes que dar buen servicio, pero por otro, debes de simplificar la operación, me da la impresión de que tienes refacciones para camiones de marcas que ya ni tenemos. Recuerda, lo primero es dar servicio a la transportadora. Cancela los créditos, ¿cuántas personas tienes en ese departamento?, ten en cuenta que los otros solo nos compran cuando no encuentran en otra parte, que le vamos a hacer, les dan celos. Y si solo te compran lo que nadie más tiene, ¿para que les das barato y a crédito? No tiene caso.

No pongas un margen de utilidad parejo, mira las piezas de mucho movimiento y de alto precio, gánales poco; a las de bajo precio y bajo movimiento por lo menos cárgales el doble, nadie se quejará.

Nunca luches contra el precio de mercado, ni te fíes de esos tontos que todavía creen en el control en los descuentos. Ni siquiera asistas a esas juntas, no vale la pena perder el tiempo.

El ambiente era totalmente distinto que en la casa de bolsa, aunque no faltaba la muchacha guapa que hay en todas las oficinas, el nivel de arreglo era totalmente distinto, se veía que aquí tenían que trabajar.

Antes de la hora de la comida se dio cuenta que los saldos estaban bien corridos, lo que no checaba para nada eran los documentos que tenían adentro, unos que ya estaban pagados aparecían allí, y otros que no estaban pagados no estaban. En la tarde le trajeron otro montón de facturas, esta vez eran las que se debía a los proveedores. Tardó buen rato en ordenarlas, lo primero que pensó es que si se perdía alguna, nadie se daría cuenta. Realmente, los proveedores tenían razón en preocuparse por sus pagos.

En algún momento sintió ganas de ir con el contador y decirle que no checaba nada, pero pensó que él ya lo sabía, y que se vería como un novato dando noticias que todo mundo conocía.

Al tratar de mover la pieza, don Abraham rozó con su manga la reina y calló al suelo, cerca de su zapato, Pepe se le quedó viendo, don Abraham le pidió con la mirada que la recogiera.

—Edad avanzada es cuando ves mucho más fácil llegar a Nueva York que a tus agujetas —dijo, mientras Pepe recogía la pieza que se había caído—. Y de las reinas ni hablamos —dejó caer la ocurrencia con picardía casi juvenil. Pepe captó el doble sentido y se sonrió con él. Don Abraham inmediatamente recobró la postura.

Durante el juego, don Abraham le fue pidiendo más datos sobre lo que le había dicho de las cuentas, de una forma casual también le pidió que consiguiera un gerente, que viera a varias gentes de las que Pepe conocía y que le trajera varias propuestas.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 15

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

No todo se puede simplificar. Para hacer bien las cosas no basta con seguir unas cuantas reglas simples. Hay que entender cómo funcionan las cosas para hacer que den resultados. Hay que tener oficio para hacer las cosas, no se puede ir navegando de una actividad a otra y querer triunfar con teorías generales.

Jaime consiguió todos los fletes de la planta, y por medio del Sr. Swaine también obtuvo el transporte en otras tres plantas grandes. Para subir rápido no hay como las piernas de otro más grande. El Sr. Swaine era ese que tenía las piernas más grandes, y si estaba dispuesto a ayudarlo, ¿por qué desaprovechar? Contrató 20 % arriba de tarifa, en esos tiempos era algo estándar, pues seguía existiendo escasez de camiones.

Se presentaron otras personas a quererse adherir a la nueva línea, apenas formada. A Jaime se le presentó el problema de la comisión, ¿les cobraría el mismo porcentaje que a los primeros o se les cobraría más? después de una sesión de café con Don Paco, quedó definido que sería la misma para todos, el principal problema de cualquier organización no es entre la cabeza y cada uno de los miembros, sino de los miembros entre sí. Con una comisión fija, podría haber resentimiento de los primeros, pero se evitaban conflictos entre los permisionarios. En esa misma semana empezaron a pegar calcomanías en las puertas de los camiones afiliados. Aunque no fueran todos los camiones propiedad de Jaime, ya eran en total sesenta camiones, de cualquier forma, le dejaban casi lo mismo sus camiones que los que no eran de él.

Empezaron a surgir problemas de control, los gastos en llantas le parecían excesivos, lo mismo que el gasto de diesel y en refacciones. Tenía que pasar, las tarifas no habían subido proporcionalmente a la devaluación y los costos de muchas cosas estaban en dólares. Al principio no se sintió, porque los camiones no requirieron de esos gastos, y con la euforia del trabajo, muchos no se dieron cuenta de que en realidad estaban perdiendo dinero, solo que no se notaba en su bolsa, pero los camiones ya no estaban tan bien enllantados y cada día que pasaba se iban haciendo más viejos sin guardar dinero para reponerlos.

Existían varias falacias con los camiones viejos, por ese tiempo era común oír:

—Me deja lo mismo el camión viejo que el nuevo —o—: hace los mismos viajes que el nuevo.

Por supuesto había algún mes que sí era cierto, pero la gran mayoría no lo era, y no solo se perdía dinero por reparar los camiones, sino el tiempo que se perdía y hacía perder.

Entre los camioneros no era frecuente llevar una contabilidad. Esto daba lugar a conclusiones curiosas. Cuando dejaban de deber, empezaban a desaparecer. Pero eso no se daba por el hecho de que debieran, sino porque el dinero que debían era de camiones que habían comprado nuevos, y esos camiones, aparte de pagar su deuda, dejaban un remanente al flujo de efectivo. Cuando un camionero se cansaba de las presiones de los créditos, dejaba de comprar camiones nuevos, y claro, poco a poco los gastos se iban incrementando hasta que los camiones desaparecían. Y como este era un proceso largo, era muy difícil que se dieran cuanta de la causa, y echaban la culpa a otras cosas, generalmente a los choferes. Paradójicamente:

—Una buena forma de asegurar el fracaso es dejar de arriesgar.

Todo el día lo dedicó a los trámites en la cámara de transportes, en México, a pesar de ocupar casi un edificio completo en la calle de Turín, no se veían muchas personas trabajando, tampoco se veía que hicieran mucho, aparte de llenar recibos. Después de un buen rato, encontró al "agilito", que nunca falta en las dependencias de este tipo, es el clásico chaparrito como de treinta y cinco años, que es el que arregla todo el papeleo en quince minutos, claro, mediante una corta feria. Este chaparrito se hizo cargo de todos los trámites en lo sucesivo. Era el "Chirrís".

—¡Hola! —después de 15 minutos de la hora de la cita llegó Malena, para desagrado de Jaime llegó con otra amiga, él se había imaginado que iría sola, como siempre, pero al ver a la otra amiga se sintió desconcertado aunque fingió no verse sorprendido. Le pareció cara conocida, la había visto antes, pero no recordaba dónde. Después de la obligada presentación, y de un gesto de disculpa, Malena se dirigió a Jaime:

—¿Listos?

Jaime les hizo una señal para indicar el camino hacia el camión, que había dejado estacionado a dos cuadras de distancia. La amiga de Malena los seguía prudentemente, era bajita de estatura, ni flaca ni gorda, de cabello rubio, lacio y de un tamaño que hacía que le rozara los hombros. Las dos iban vestidas de botas y mezclilla, tal y como Jaime se había imaginado. Subirse a un tractocamión y montar a caballo eran para ellas actividades muy similares.

Llegaron al tracto y tropezaron con el primer problema, no había una banca corrida como Malena se lo había imaginado, sino que había solo dos asientos, el del ayudante y el del chofer, al darse cuenta de esto Gaby, la amiga de Malena, le preguntó a Jaime si se podía ir en el camarote, después subió con cierta dificultad, pero con gran entusiasmo, en pocos segundos ya estaba sentada en cuclillas en el colchón, con el libro de la universidad que había llevado, con el lejanísimo propósito de estudiar, volteando para todos lados, como quien se sube a la cabina de un avión. Malena subió después, se instaló en el asiento del ayudante, dando pequeños saltos, entre nerviosos y de emoción, cruzando miradas de complicidad con Gaby, mientras Jaime daba la vuelta para subirse por la otra puerta.

Arrancaron después de un minuto, las muchachas iban encantadas, Jaime también iba contento, a pesar de que no iba a ser tan romántico el viaje como se lo había imaginado. Para sorpresa de Jaime, no preguntaron muchas cosas acerca del camión, más bien empezaron a preguntar cosas acerca de cómo manejarlo, preguntas indirectas como:

—¿Se necesita ser muy fuerte para manejarlos?

—¿Toma mucho tiempo el aprender a manejarlos? —hasta que después de un tiempo Gaby se animó a preguntar:

—¿Tú crees que alguien como yo pudiera aunque sea arrancarlo?

Jaime sonrió al notar la forma inocente de pedir las cosas de Gaby.

—Claro que alguien como tú podría arrancarlo —dijo con aire despreocupado y alegre, pasaron minutos en los que Gaby no dijo nada, un poco apenada.

—Vamos a parar en Tres Marías, ¿quisieras hacer un intento?

—¿No es peligroso? —contestó Gaby a forma de contestación afirmativa.

—No, para nada.

A Jaime le pareció familiar la escena, le recordó cuando se le hacía fácil todo, que al ver cuando empezó a manejar, le parecía que sería muy fácil, que sólo con aprender varias cosas esenciales, sería fácil de llevar, ahora se daba cuenta de lo equivocado que estaba, de la misma forma que estaba equivocada Gaby si pensaba que con un poco de teoría ella podría manejar el camión como cualquier operador. De la misma forma que manejar un vehículo, manejar una empresa requiere de muchas habilidades que no se enseñan en ningún libro, sino que se deben aprender a fuerza de práctica y observación. Al empezar la subida, fue necesario ir haciendo cambios descendentes de velocidades para que el camión pudiera subir, Jaime con la práctica los hacía con gran facilidad, Malena se animó a preguntar:

—¿Para qué haces tantos cambios de velocidades?

Jaime se daba cuenta de la simplicidad de razonamiento que da la ignorancia. Se dio cuenta de que, si por Malena fuera, escogería una sola velocidad, la que ella juzgara más apropiada, aunque fuera muy baja, y de ahí en adelante, todo el camino igual. Con ese razonamiento, tardarían horas y horas en ir de un lugar a otro. No todo se puede simplificar. Para hacer bien las cosas no basta con seguir unas cuantas reglas simples. Hay que entender cómo funcionan las cosas para hacer que den resultados. Hay que tener oficio para hacer las cosas, no se puede ir navegando de una actividad a otra y querer triunfar con teorías generales.

Llegaron a la gasolinera, Malena se había quedado dormida, Gaby se acercó a Jaime y le dijo:

—¿Sabes?, yo ya te conocía..., yo trabajaba en Implementos, en la planta de Naucalpan, con el Sr. Swaine, ¿te acuerdas...?

Jaime la volteó a ver: —Si es cierto, tú estabas con el patán ese, en el estacionamiento, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Qué hacías ahí...?

—Trabajaba, por supuesto, hacía mis prácticas de contabilidad. Desde que Malena me platicó de ti me hice la idea de que eras el mismo de la planta, no me equivoqué..., solo que no le dije a Malena nada. ¿Te importa si no le decimos nada?

Jaime la volteó a ver divertido: —Ok.

—¿No quieren un refresco? —dijo Jaime en voz alta, como para despertar a Malena, no podía creer que se había quedado dormida en un camión.

Jaime sacó de una hielera tres refrescos y unas papas fritas, Malena notó que Gaby se le quedaba viendo insistentemente a Jaime, y Jaime parecía dirigirse más a Gaby que a ella, lo que le ocasionó cierto coraje. Estaba harta de situaciones como esta, ella misma lo había provocado y ahora le daba envidia. No sabía por qué había invitado a su amiga.

Llegaron a una especie de parque que está antes de llegar a Cuernavaca, al bajarse, el clima era agradable, con un poco de viento.

Jaime bajó lo que tenía preparado para el día de campo, botella de vino blanco, dos copas, fruta, cinco sandwiches preparados en el cuarenta y cuatro, y fresas cristalizadas de postre. Se veía a las claras que en el plan no estaba incluida Gaby, pero parecía que ahora era indispensable, a pesar de que casi no hablaba.

—¿Quieres manejar un poco? —le dijo Jaime a Gaby, cumpliéndole lo que le había ofrecido, pero sintiendo que hacía un lado a Malena. Aunque la veía muy bonita, ya no le pareció tan atractiva, el verla insegura y vacilante hacía que la primera atracción se fuera desvaneciendo... en cambio veía a Gaby mucho más natural, y más simpática.

Al estar Gaby sentada en el asiento del conductor y Jaime en el del ayudante, Malena pasó necesariamente al camarote, que aunque estaba ampliamente comunicado con la cabina, parecía que estaba a kilómetros de distancia.

—Cuando sientas que ya va despegando el camión, deja de sacar el clutch, déjalo todo como está en ese momento, el camión solo te irá pidiendo lo que necesitas hacer, solo hay que saberlo oír —le repitió el consejo a Gaby, quien temerosa hizo que el camión empezara a avanzar, a los pocos metros se detuvo y nerviosa sacó el clutch antes de sacar la velocidad, lo que hizo que el camión diera dos tumbos antes de apagarse la máquina, asustada miró a Jaime, quien permanecía tranquilo e impasible.

Jaime se quedó pensando, eso de dejar de sacar el clutch cuando empieza a despegar lo podría aplicar a su negocio, era tiempo de dejar de sacar el clutch, ya no más aprender cosas nuevas, no más experimentos, había que dejar que el negocio madurara por sí mismo, por lo menos ahora que empezaba a despegar.

Llegaron a México sin ningún problema, Malena se despidió groseramente de Jaime, no así Gaby. Las dos sabían que si pudo haber algo entre los dos, ese algo había disminuido tremendamente. Malena se sentía culpable por ello, sabía que Jaime se daba cuenta de que ella estaba confusa, y sentía pena por haber metido a Jaime en este lío sentimental. Malena se extrañaba de que ella misma se sintiera mal, no era el primero en tener conflictos por ella, y conflictos mucho más fuertes, y a ella nunca le había afectado, lo que le dolía es que esta vez no lo había hecho siguiendo un plan, había sido personal. La que no paraba de mirar a Jaime era Gaby, quien seguía con toda atención cada cosa que Jaime decía, incluso le pidió trabajo en su oficina en México, que ya estaba por abrir.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 16

El poder desgasta, sobre todo cuando no se tiene.

—Estos son algunos de los que yo creo que podrían servir para el puesto —le dijo a don Abraham, con mano temblorosa tomó la lista, rápidamente le dio una revisada, después preguntó por ciertos detalles de algunos de ellos, pero sin interés real—. Sigue buscando, tal vez haya alguien más entre tus compañeros de la casa de bolsa, busca a alguien con facilidad para las relaciones públicas.

Al oír eso, inmediatamente pensó en Miguel, pero no le pareció adecuado por su carácter doble y ligereza en el actuar. Por no dejar se lo mencionó a don Abraham.

—Tal vez ese sea el joven que necesitamos, déjame los datos y yo llamo a la agencia de personal para que lo entrevisten.

Pepe salió de allí algo extrañado, no era Miguel el tipo de persona que a don Abraham parecía caerle mejor, pero bueno, se trataba de negocios, no de un club de simpatía, decía.

Don Pueblito era un señor de mediana edad que se encargaba del aseo en la oficina, había hecho amistad con Pepe, pues los dos entraban a trabajar más temprano de lo normal, Pepe no había escogido materias en la mañana. Habían hecho buena amistad, don Pueblito estaba enterado de muchas más cosas de las que Pepe hubiera creído, además de su natural simpatía, tenía un carácter campechano y despreocupado que hacía que la gente le contara muchas de sus intimidades, y como no era chismoso, la gente lo tomaba como consejero. Don Pueblito había notado que algo estaba pasando, pues cierto tipo de problemas se iban solucionando de una forma más rápida de lo normal. Por ejemplo, el gerente de tráfico estaba dándole mucha lata a una muchacha que era su ayudante, y de repente, la cambiaron de departamento y la sustituyeron por una que estaba francamente horrible. Otra fue la del aumento de sueldo de don Jorge, que había trabajado en la compañía casi desde que empezó y seguía ganando apenas lo necesario para sobrevivir, también estaba el caso de la Sra. Tere, que, sin que lo pidiera obtuvo el dinero para una operación muy costosa de su pierna —no imaginaba don Pueblito que sus comentarios a Pepe tuvieran un efecto tan directo— pero había varias personas que comenzaban a relacionar a don Pueblito con estos cambios, por lo que fue tomando importancia dentro de la compañía, recibiendo pequeños regalos de las secretarias; a la vez que su red de información se hacía más profunda y extensa. Todo esto beneficiaba indirectamente a Pepe, quien se enteraba de los acontecimientos casi al mismo tiempo que ocurrían.

Para sorpresa de Pepe, don Abraham había ya hablado a la agencia de personal para que contrataran a Miguel, le parecía particularmente extraño, puesto que don Abraham había expresado varias veces la grave inconveniencia de contratar a gente sin experiencia, además le causaba cierta repulsión el depender de Miguel, y también sentía recelo de que fuera a ganar tanto dinero, a pesar de que él ganaría lo mismo, según el convenio con el don Abraham.

Sintió envidia de Miguel, de cualquier forma él era el que iba a estar al frente del negocio, estaba cansado, sin entusiasmo.

—El poder desgasta —pensó—, sobre todo cuando no se tiene.

Tractopartes Hersa funcionaba bien, tenía un mercado cautivo: la transportadora, la venta al público era complementaria. Una vez cubiertos los gastos fijos, era prácticamente imposible operar con pérdidas.

A pesar del trabajo y de las desveladas estudiando, se sentía muy contento, con energía, hasta su aspecto físico había mejorado, tenía la teoría de que el hombre debe de dormir menos de siete horas diarias para sentirse bien, que dormir más de eso estropea la mente y el cuerpo del hombre. Se daba cuenta de que cuando iba a Irapuato, después de comer, le daba un sueño terrible y sentía la necesidad de dormir siesta, cosa que en México sería impensable, ahí andaba buscando quince minutos libres para resolver alguno de sus pendientes. El cuerpo se adecua a las necesidades del hombre. Ni todo el pan ni todo el sueño.

Malena era como una constante en su mente, cuando estaba haciendo una tarea, se deleitaba pensando en cómo sería Malena de esposa. Más de una vez dejaba de hacer lo que estaba haciendo cuando sus sueños se hacían más interesantes, no faltó quien lo sorprendiera mirando al infinito con el extremo de la pluma en la boca.

Cummins de Occidente SA de CV le invita a usted a su convención anual, a celebrarse en la Ciudad de Guadalajara, Jal., del 24 al 27 de abril de 1977.

La invitación se la trajo Maru, secretaria de Miguel, él no podía ir porque coincidía con su citatorio para el juicio de anulación de matrimonio, tampoco podía ir José Miguel, su compañero inseparable, a manera de concesión le dejó la oportunidad a Pepe, para ir a la convención junto con José Luis el gerente de Mantenimiento.

En el segundo día de la convención se encontró con Jaime, acababa de llegar de León junto con Cuco Muñoz, mientras la conferencia de las nuevas máquinas 350 se desarrollaba vio enfrente a un joven de su edad, solo que más delgado y atlético, moreno con dientes blanquísimos, sus movimientos irradiaban salud, no podía compararse con su aspecto adormilado, le daba trabajo no dormirse mientras Javier González explicaba los beneficios del after-cooler; le parecía cara conocida, muy conocida, pero no ubicaba el lugar en donde lo había visto, notó que lo miraba buscando también reconocerlo. Dejó de mirarlo —no fuera a creer que era homosexual.

Abriendo su carpeta de piel con la C de Cummins grabada en dorado, apuntó en el block de hojas amarillas —¿conoces al chavo de enfrente?— y se lo enseñó a José Luis, éste lo leyó y tomó el cuaderno para apuntar con letra grande y clara, propia de ingeniero, "ha de ser de León, el de al lado es Cuco Muñoz". Cuando leyó la palabra "León" se acordó de la inundación, era el que había pasado con el camión enfrente a la mueblería, estaba mucho mejor vestido, pero era él, seguro.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 17

Siempre hay un punto de conveniencia, ni tanto que no salga el jugo, ni tanto que se desperdicie la mitad del limón.

—¿Te acuerdas de mí? —se le acercó el joven que se le hacía cara conocida.

Jaime hizo una mueca de interrogación típica en él, cerrando el ojo izquierdo como para aguzar la memoria.

—Te doy una pista, me debes una llave de estrías y una perica.

Irapuato, en ese momento recordó la escena, era el que estaba en el segundo piso arriba de la mueblería.

—¿Qué haces aquí?, ¿tienes camiones?, ¿trabajas en Cummins?

—No, trabajo en Transportes Culiacán, corremos para Tijuana.

—Sí, conozco los camiones, verdes con franja amarilla.

—Y tú, ¿que haces?, ¿eres hijo de don Cuco?

—No, para nada, lo acabo de conocer, él tiene muchos camiones, yo voy empezando.

—¿Cuántos tienes?

—Ocho.

—¿Tuyos? ¿Pues cuántos años tienes?

—Voy a cumplir veinte.

—¿Tu papá tiene camiones?

—No, se dedica a otra cosa —Jaime se dio cuenta de que a su interlocutor no le quedaba claro el asunto al ver el gesto en su cara. Siguió la plática sobre el futuro del transporte.

Pasó la comida, no se volvieron a ver hasta la noche, después de darse un baño se encontró nuevamente con Pepe en el bar "Mi Pueblito Cantina", que estaba dentro del hotel. Invitaron a Pepe y a José Luis a la mesa de Jaime en donde ya había más de ocho gentes.

Después de un rato llegó Javier.

—¿Qué están haciendo aquí?, vámonos.

—¿A dónde? —oooh, ustedes síganme, es aquí cerquita. ¿En dónde es, por si nos perdemos?, en el Guadalajara Grill.

Eran apenas las nueve de la noche, por el ambiente parecería la una de la mañana, los muppets ambientaban y mareaban a medio restaurante, los mariachis acompañaban a los que se animaban a cantar.

Después de diez minutos les asignaron mesa, un chiste común de José Luis sobre las cartas y en poco rato ya estaban ambientados, unos tequilas ayudaron, Jaime se excusó, seguía siendo abstemio. El recuerdo que le traía el vino asociado a su infancia hacía que le causara repulsión. En la mesa contigua estaban sentadas cuatro muchachas, se veía que la pasaban bien sin compañía masculina; en otras mesas gente joven platicaba animadamente. Sin mucho que decir los que estaban en la mesa se dedicaban a escuchar mientras les servían las cubas. Jaime se levantó para ir al baño, poco antes que Pepe, al subir las escaleras se dieron cuenta que los baños estaban ocupados. Pepe hizo un ademán de despreocupación seguido por una sombra de golpe de revés.

—¿Juegas tenis? —preguntó Jaime, casi al mismo tiempo recordó una escena del club Atenas. Se dio cuenta de que Pepe también recordó en ese momento donde se habían visto por primera vez.

—¿No jugaste en el Atenas alguna vez? —siguió Jaime, notaba que Pepe no alcanzaba a relacionar por completo, después de todo Jaime era bolero, y su posición ahora era radicalmente distinta.

—¿No te acuerdas?, me ganaste el primer set seis cero.

Pepe caía en la cuenta todavía desconcertado, a forma de media pregunta le dijo: —Y tú me ganaste los otros dos sets—; un baño se desocupó —pérame, la urgencia es la urgencia —dijo Jaime.

Se encontraron nuevamente en la mesa, Pepe empezaba a tomar su segundo tequila cuando se acercó el mesero diciendo que alguien tenía que pasar a cantar de los que estaban en esa mesa. José Luis empujó a Pepe, Jaime se levantó,

—Te acompaño.

—¿De dónde son? — preguntó el mesero.

—De León —dijo Jaime.

—De Irapuato —dijo Pepe.

—"El dueto Guanajuato" —los presentó el capitán, Caminos de Guanajuato, la canción obligada.

La voz de Jaime opacaba la de Pepe, quien se limitó a hacer la segunda. Las cuatro muchachas de la mesa contigua empezaron a gritar pidiendo otra canción.

Tenía ya casi dos años que Jaime no acompañaba a su papá a trabajar en el Mariachi "Chapala", estaba por pedir el violín al mariachi cuando vio que Pepe se le había adelantado con la misma idea.

—¿Amorcito Corazón? —Jaime asintió con la cabeza, aclarando la garganta mientras se acercaba el micrófono, vio a Pepe tocar los mismos armónicos que Don Paco. La canción fue un éxito, todo el restaurante aplaudió, el silbidito de Jaime siempre le había dado buenos dividendos.

Ya en la mesa Jaime le preguntó a Pepe:

—Oye, ¿y esos armónicos?

—¿Cuales?

—Mi, la, re, sol.

—Es costumbre de familia —Jaime volvió a preguntar.

—¿Es española tu familia?

—Mmh..., mi mamá nació allá...

—Qué curioso —terminó Jaime la conversación.

La inauguración de la oficina de México fue todo un evento. Jaime había comprado un terreno en una zona que parecía totalmente despoblada, si bien estaba sobre la carretera de entrada a México, no había nada más alrededor, fuera de algunas casas de cartón que se veían a la distancia del terreno bardado.

Comprar terrenos a crédito con tasa fija tiene tres fuentes de utilidad, le dijo Don Paco; una, conserva su valor, la inflación no le hace nada; otra, el crecimiento natural de la ciudad hace que su precio vaya subiendo cada vez más; y la tercera, si viene una devaluación o una inflación muy fuerte, los documentos son cada vez más fáciles de pagar.

El tiempo daría a Don Paco toda la razón. Mira, confirmamos, en México un forma es adivinando cómo estará la tasa de interés en el futuro. Puedes hacerte de mucho dinero pidiendo en dólares: si no hay cambios fuertes la tasa en dólares siempre será la más barata; pero lo normal en México es que hagas dinero pidiendo en pesos y a tasa fija, México es el país de las sorpresas.

—Predecir es difícil, sobre todo el futuro3.

Asistieron a la inauguración los papás de Jaime, por supuesto Don Paco y su esposa, el presidente del la línea Galgos; el presidente de la cámara de transportes. También estuvieron todos los socios de la línea con sus esposas, los que amenizaron el evento fueron los representantes y proveedores, siempre tenían alguna ocurrencia. Jaime había adquirido la costumbre de festejar los chistes un grado menos de lo normal, para guardar la imagen decía. En efecto, a pesar de su edad todos lo trataban con gran respeto, salvo alguno que no lo conocía y que se quería hacer el gracioso con él, con una sonrisa característica de Jaime, se alejaba del impertinente sin decir palabra, había aprendido bien la lección, si aguantas una tienes que aguantar diez.

Pensó en invitar a Malena a la inauguración pero desechó la idea al pensar que sería tanto como rogarle, hacía más de cuatro años del paseo a Cuernavaca, el que, curiosamente echó a perder la relación. De cualquier forma era la muchacha que más le había llamado la atención en toda su vida.

El local era grande, las oficinas no eran lujosas. Jaime tenía la idea de invitarla cuando tuviera unas oficinas que realmente fueran de llamar la atención. Pronto tendría la oportunidad.

Los fotógrafos llegaron un poco más tarde, el papá de Jaime nunca se vio más complacido, pues no faltaba quien pensara que era el dueño de todo, y que Jaime era solamente el junior. Domingo, pese a varios temores familiares, se comportó correctamente. Estaba muy desconcertado, pues en toda su vida nadie lo había tratado con verdadero respeto. Eso fue un impacto tremendo para él, no tomó ni una copa en toda la reunión para asombro de su esposa y de sus hijos, de hecho, desde esa noche nunca volvió a tomar más, y su vida y forma de actuar cambió radicalmente.

Cuco Muñoz se mostró muy amable con Jaime, queriendo dar la impresión de que era su protegido. Por lo menos físicamente lo podía ser, le sacaba diez centímetros y cuarenta kilos. Luego se enteró Jaime que había hecho comentarios diciendo que "ya pronto se le acabaría la "luna de miel"".

Ya entrada la reunión Jaime se salió de las oficinas, ni en sus propias reuniones le gustaba ser el último en salir.

Ya estaba el Chirris esperándolo en el coche para cuando él salió, tenía ya tiempo que usaba chofer, al principio no quería, pues le parecía ridículo ocupar alguien que manejara cuando él podía hacerlo, le hacía sentirse inválido, pero al poco tiempo se dio cuenta una vez más que Don Paco tenía razón.

Aprende a dirigir tus energías hacia cosas importantes, no las malgastes en actividades menores. No dependas de nadie, pero tampoco desperdicies tus fuerzas. En cuanto se subió al coche se quedó dormido tratando de adivinar en cuánto tiempo tendría una compañía igual de grande que Galgos.

En la tercera parte de la página de sociales venía la inauguración de las oficinas, como una enorme coincidencia, en la misma página del Heraldo venían las fotos del Jockey Club, Malena estaba en primer plano, no se veía acompañada por ningún hombre. Bellísima como siempre, Jaime se quedo viendo la fotografía por más de media hora. Estaba decidido a hablarle por teléfono. Lo de Cuernavaca había sido solo un mal momento en sus relaciones, estaba seguro.

Malena se quedó viendo las fotos sorprendida también de la coincidencia; los dos en la misma página. Le impresionó una en que Jaime estaba muy serio posando con señores que casi le triplicaban la edad. Veía a la cámara con aquella seriedad con la que a veces la miraba a ella cuando estaba pensando en otra cosa. Se le quedó viendo a la foto por más de dos horas, sin sentir el paso del tiempo. A los pocos días fue a casa de Gaby con el propósito de enseñarle las fotos, cuál no sería su sorpresa que no sólo las había visto, sino que había mandado ampliar precisamente la foto que más le había gustado a ella y la tenía pegada con tachuelas en una pared de su recámara. La cara se le iluminaba de felicidad cuando se le quedaba viendo.

—Tú dijiste que ya no te gustaba —dijo como a forma de excusa, con una sonrisa de "ni modo, chiquita".

Malena no se quedó con las ganas de hablar con Jaime, al día siguiente llamó invitándolo para la cena que el club de industriales le había organizado a su bisabuelo en el Campo Marte.

El multilíneas NEC replicó encendiendo el botón de la línea "C", le llama la señorita Malena. Jaime tomó la llamada inmediatamente, después de saludarse con naturalidad, como si se acabaran de ver la semana pasada, Malena lo invitó a la cena de su bisabuelo, Jaime, que ya sabía de la fiesta, tenia su plan especial.

—Ok, ahí nos vemos.

—Bueno, ¿pasas a mi casa por los boletos?

—Mira, la verdad ya me habían invitado.

—¿Quién?

—Oooooooh.

—Entonces, ¿sí vas a ir?

—Claro que sí, ahí nos vemos.

Malena le pidió a Mayita la lista de invitados, no se veía por ninguna parte el nombre de Jaime, ni siquiera un Reséndiz, Malena se quedo intrigada, ¿le habría tomado el pelo?, había algo raro en el tono de voz de Jaime.

Jaime desayunó al día siguiente con Don Paco, sabía que todo se lo debía a él, no sólo por la ayuda inicial, sino por los consejos que le había dado todo el tiempo desde que lo conoció.

Aunque cada vez necesitaba menos de nuevos consejos, siempre lo consultaba cuando tenía alguna duda sobre la estrategia a seguir.

—Voy a estudiar Derecho —dijo como distraído mientras ponía sal a los huevos.

—¿Por tu cuenta?

—No, en la Universidad.

—¿En la UNAM?

—Exactamente.

—Pero necesitas estudiar preparatoria para poder entrar.

—Ya estudié, mañana presento mi último examen.

—¿Cuándo, cómo? —preguntó asombrado Don Paco.

—¿No habrás pagado por... ?

—No, no, para nada, presenté exámenes en la preparatoria abierta, eso sí, contraté un profesor particular, sobre todo para cálculo.

—¿No te quitará mucho tiempo del negocio?

—Sí me va a quitar, por supuesto, pero no del negocio, voy a estudiar la carrera en la Universidad abierta. Voy a ir sólo los sábados.

—¿Y por qué Derecho y no Administración de empresas?

—Necesito las dos cosas, pero me gusta más el Derecho, además usted me enseñó una cosa: "cuando las cosas salen mal terminan con el médico, y cuando salen bien terminan con un abogado". Y modestamente, las cosas van bastante bien. Así que quiero ser yo mismo mi propio abogado. La verdad estoy un poco decepcionado de las leyes, por eso las quiero estudiar —dijo en tono irónico. No quiero depender de alguien que me diga lo que puedo y lo que no puedo hacer en los momentos decisivos.

—Mira, afuera de la línea hay un señor que vende fruta preparada, sandía, piña en rebanadas.

Jaime escuchaba:

—Cuando corta el limón para ponerlo en el exprimidor no lo hace por la mitad, lo corta más bien pegado a una orilla, desperdicia tantito, me preguntaba cuando lo veía ¿qué tan pegado a la orilla lo debe cortar?, si lo corta demasiado pegado, no le sale nada de jugo al limón; si lo corta muy pegado a la mitad, desperdicia demasiado. Hay un punto en que no se desperdicia tanto y el jugo sale bien, lo mismo pasa con muchas cosas en la vida, si no gastas nada de dinero, ¿de qué te sirve tenerlo?, si por el contrario, te lo gastas todo, sufres en la pobreza. Hay un punto de conveniencia, te puedes pasar buena parte de tu vida encontrándolo, a lo mejor nunca lo encuentras. No te confundas, no está en medio, de la misma forma que el señor de las frutas no parte el limón por la mitad. Te puede pasar también con el estudio, si no estudias nada, terminarás aislándote del mundo, pero también, como el frutero, te puedes pasar y te vuelves un teórico que no sirve para nada, por no contar el tiempo que perdiste. No está mal que estudies, al contrario, pero ten cuidado, no se te vaya a pasar la mano con el cuchillo.

principal ⮝

⮜ anterior siguiente ⮞

Amores y Acordes

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 18

“No pierde el que se enoja, sino el que se deja llevar por el enojo”.

Miguel estrenó el puesto remodelando su oficina, no se sentía a gusto en un lugar tan anticuado, “hay que modernizar todo, empezando por la oficina, por supuesto”. No tardó en echarse encima algunas enemistades, pero mucho menos de las que Pepe se esperaba, pronto se dio cuenta del porqué, había creado un “bono de productividad”, que no era otra cosa que un bono para poder dar a la gente dinero que le rindiera culto y negárselo a quien le pusiera algún obstáculo. Claro, esto le costó a la compañía un dineral, pero funcionaba. Tal vez repartiendo dinero era la única forma de sostenerse arriba.

Pepe ya casi no jugaba ajedrez con don Abraham, solo se limitaban a hablar de negocios, don Abraham seguía enviando las instrucciones por medio de los miembros del consejo, en donde el abogado apoderado de la consolidadora tenía la última palabra, y por instrucciones directas, no podía cesar a nadie sin previa autorización del consejo de administración de la transportadora, Miguel obedecía casi a todas, curiosamente las que no obedecía eran las más importantes. Y no pasaba nada.

Las relaciones entre Miguel y Pepe eran un punto menos que malas. Miguel no le tenía confianza a Pepe, lo consideraba un rival para su puesto, Miguel ya había tratado de correr varias veces a Pepe, pero en el consejo se negaban rotundamente diciendo que nunca había estado tan bien manejado ese departamento, una vez, que Miguel estuvo especialmente terco en correr a Pepe, el licenciado Santibáñez le dijo directamente, no lo vamos a correr, punto, si se empeña, podemos ver quién califica mejor para los puestos, Miguel dudó.

—Licenciado, la autoridad se delega, la responsabilidad se comparte, nosotros también compartimos la responsabilidad, y déjeme decirle que, personalmente, antes de correrlo a él yo lo correría a usted —esa fue la última vez que se tocó ese punto. La siguiente vez sería otro el que estuviera en el banquillo.

Llegó Lucha con Pedro, hermano de Pepino; después de los recibimientos formales de la tía, tía por parte de su papá. La relación entre ellas siempre había sido tensa, pero llevadera.

Pepe chico daba a su tía una cantidad más que suficiente para el pagar su mantenimiento, de cualquier forma el entendido era que Pepe estaba ahí como un favor a su difunto padre. Desde la devaluación, la tía había visto bastante mermado su capital, y el tema principal de la visita era el de la casa de Acapulco que mantenían en copropiedad. El tema se trató inesperadamente en la cena, se dio por iniciada la plática sobre el tema con un aclaramiento de garganta y un levantamiento de cejas por parte de la tía, acompañado de un gesto con la barbilla mientras pronunciaba un —bueno— como indicándole a Lucha que era hora de que sus hijos se retiraran, Lucha le dijo en tono amable que prefería que se quedaran, puesto que ya estaba grandecitos, y además, dijo como dejando caer las palabras —nuestra parte de la casa de Acapulco está a nombre de ellos.

Pepe observaba divertido, mientras veía como la muchacha de servicio se reía discretamente. La situación de la Sra. Lucha era muy distinta al tiempo en que enviudó, ahora, el fraccionamiento, no sólo se salvó, sino que se estaban trazando otras dos calles más, además de la mueblería que seguía siendo la maquinita de dar dinero de toda la vida. Los terrenos que había comprado Lucha el las afueras de Irapuato habían quintuplicado su valor al instalarse una tienda de autoservicio exactamente a un lado.

Lo que menos quería Lucha era aprovecharse de la situación, tenía la esperanza de llegar a un arreglo justo, pero no quería de ningún modo regalarle la casa a su cuñada. La plática empezó con un desdeñoso:

—Pues tú dirás... —de parte de la cuñada.

—Estoy aquí porque tú me dijiste que querías arreglar lo de la casa de Acapulco —le dijo en tono amable pero no sumiso.

Aclarándose nuevamente la garganta continuó la cuñada

—Dado que falta Pepe, es muy normal que necesites dinero...

—No necesito dinero —dijo rápidamente, todavía conservando la amabilidad. La tía levantó las cejas y dejó oír un:

—Qué raro —calculadamente audible.

Pepe volteó a ver a su mamá, esperando ver alguna reacción después de esa grosería, para sorpresa de él, su mamá estaba ecuánime tomando otro sorbo de café.

—El avalúo dio trescientos mil dólares, si estás de acuerdo firmamos la semana que entra y te doy la mitad, ahora que ya quieres vender... —le dijo como recordándole que no quiso vender cuando a Lucha le hacía falta ese dinero. Hasta ahora Pepe estaba comprendiendo muchas cosas.

—Yo no tengo ninguna necesidad de vender, y trescientos mil dólares son una bicoca para mí —dijo la tía después de soltar una sonora carcajada de desprecio.

—Hay dos mal entendidos aquí —dijo Lucha—, primero, tú me hablaste diciendo que querías vender, segundo, no son trescientos mil dólares para ti... son ciento cincuenta mil —dijo mientras daba un sorbo a la taza de café. Pepe estaba divertido por el aplomo y firmeza de su mamá, nunca la había visto tratar negocios y se sentía orgulloso de ella.

—En ese caso mejor yo te compro —blofeó la tía.

—De acuerdo, tú me dices cuándo pasamos a firmar.

La tía se puso nerviosa, sabía que la había tomado en terreno falso.

—¿Y yo para qué quiero esa casa?, ¡ni que estuviera loca!, tú la quieres porque seguramente te vas a casar pronto y quieres disfrutar todas las propiedades que te dejó mi hermano con tu nuevo marido.

Lucha seguía serena:

—Te doy ciento cuarenta mil dólares.

—¿Qué te pasa, hace diez minutos me decías ciento cincuenta mil?

La miró con ojos desorbitados: —¡Dame los ciento cincuenta mil que me habías dicho!

Pepe miró a su mamá sorprendido de la forma de cobrarse la afrenta, pidió permiso para retirarse y se fue a la cocina con su hermano, y volvió a los pocos minutos, ya solo. Al volver se dio cuenta de que su tía había seguido soltando la lengua, porque la oferta ahora era de solo cien mil, la tía ya había dejado atrás todas las poses de educación y de pretendida riqueza, ahora estaba desesperada reclamando las anteriores ofertas, y ya no ofendía a Lucha tal vez por miedo de que bajara aún más la oferta.

—Está bien, pero necesito el dinero la siguiente semana sin falta.

—Muy bien —la tía se levantó de la mesa como si no hubiera pasado nada.

—Las sábanas están limpias —espero que no tengan frío, si necesitan cobijas, hay en los closets. Que pasen buenas noches —dijo despidiéndose de beso con todos. Lucha dirigió un guiño de ojo a sus hijos. Una vez arriba, los dos se acercaron a Lucha, mamá, tenemos que bajar las cosas del coche, como estaban las cosas estábamos seguros de que no íbamos a dormir aquí.

—Hijos, no pierde el que se enoja, sino el que se deja llevar por el enojo, que pasen buenas noches —dijo, dándoles un beso.

Se quedaron los dos mirándose:

—Qué bueno que a nosotros nos castigaba con nalgadas, si nos hubiera castigado con dinero no nos alcanzaría la vida para pagarle —dijeron con buen humor mientras se ponían la pijama.

Finalmente, después de regateos por el pago de impuestos, la operación se hizo finalmente por ciento cincuenta mil, Lucha pagó lo que debía pagar, aunque les dijo después en tono de confidencia: "...aunque se hubiera dado con ochenta mil...", sonriendo pícaramente. Pepe se explicaba ahora por qué los negocios en Irapuato iban para arriba.

La tarde caía suavemente sobre el patio, Don Paco leía El Excélsior en un sillón de hierro forjado pintado de blanco, junto a una de las macetas blancas sembradas de geranios. Levantó la vista por arriba de sus lentes para recibir a Jaime que llegaba.

—Muchacho, ¿dónde andas?

—Aquí Don Paco.

—Ven platícame, hace mucho que no me cuentas nada, puras celebraciones —dijo alargando la "e" final a forma de congratulación. Últimamente se le notaba más el acento español en las ces. Jaime se desvió a la cocina para saludar a doña Mati.

—Hola, hijo, ¿un cafecito? —respondió la señora, amable como siempre.

Jaime no dejó de notar los calcetines blancos de Don Paco, quien al darse cuenta de la mirada le dijo:

—¿Ya vas a criticarme mis calcetines?

—No, Don Paco, nada más se me hizo raro.

—¡Ja!, lo que pasa es que hoy amanecí de rebelde —siguió diciendo levantando las dos cejas, como burlándose de él mismo. Platicaron mientras leían el periódico.

Al ver el estuche de violín se acordó de Guadalajara, ni le cuento que me tocó cantar y tocar el violín en Guadalajara.

—Por cierto, ¿se acuerda de un cuate que me prestó herramienta para conectar el Inter en la inundación de Irapuato?, pues me lo encontré de vuelta.

—Mhhh—fue el comentario de Don Paco.

—Por cierto también toca el violín.

Don Paco volteó a verlo con más atención. Con tono de sorpresa, Jaime continuó:

—No me lo va a creer, pero usa los mismos armónicos.

—¿Cuál, el de...?

—Sí, ese mero, mi, la, re, sol...

—Y es de Irapuato, ¿verdad? —preguntó Don Paco.

—Sí —Jaime notó que era algo realmente importante para él.

—¿Tienes su teléfono?

—El de México, él no vive en Irapuato.

—Está bien, ¿lo tienes aquí?

—Sí, tengo su tarjeta.

Llamó del teléfono de la cocina.

—¡Chaparrita, ponte el chal que vamos a Irapuato! —Doña Mati, callada como siempre, fue a su cuarto para cambiarse de ropa.

Jaime terminó de hablar por teléfono, ya tengo la dirección de la mueblería y de su casa, Don Paco meditaba, decidió llevarse el saco Beige nuevo para encontrarse con su hermana, salía al patio donde estaba Jaime, que le dijo: "oiga, ahora que me acuerdo ¿sabe que la mamá de Pepe es española?"

—Vaya que si lo voy a saber, si es mi hermana —hasta ese momento, Jaime cayó en la cuenta, Don Paco solo le había contado partes aisladas de su familia, dejando muchas partes oscuras.

—Vente si quieres ver algo interesante —subieron al Dodge Dart a esperar a doña Mati para partir a Irapuato.

Doña Carolina extendió el brazo para contestar el teléfono.

—Aloooó, ¿doña Carolina?, ¿Lucha?, se oyó una voz emocionada, ¿Carolina...?

—¿Quién eres?, dijo doña Carolina en tono amable

—Mariana, la hija de Lucero, de acá de España.

—¿De cuál...?, ¿Marianita?..., mi reina, ¿cómo están?, ¿cómo están tus papás? Esta sí que es sorpresa —dijo en tono por demás castizo, dejando el tejido a un lado, como para hacer más caso a la plática.

—Recibimos tu carta en la mañana, no te hablamos inmediatamente porque te despertábamos, mira que nos esperamos hasta que fuera buena hora, qué sorpresa recibirla... —se oyó un silencio.

—¿Qué pasa...? —dijo Carolina— ¿algo malo?, ¿tus papás...?

—Bueno, mi don Luis ya se fue a platicar con los angelitos...

—Hija, qué forma de decirlo...

—Mamá está un poco enferma, pero está bien... doña Caro, lo que pasa es que estoy un poco confundida..., en la carta me dice que habían matado a Carolina, a su hijita y a Patxi, pero, doña Caro, eso no es posible...

—¿Cómo que no?, ¿qué quieres decir?

—Doña Caro, Patxi estuvo con nosotros hace poco más de tres meses.

—¿Cómo que estuvo con ustedes?, ¿vivo?

—Claro que vivo, estuvo platicando con nosotras, él creía que ustedes habían muerto. Pero mire, él se lo podrá contar mejor, aquí nos dejó una tarjeta con su teléfono. Si quiere, se lo paso.

—¡Claro hija, claro, imagínate nada más...! ¡Qué cosa Dios mío!, espera un momento, Luchaaa, ¡¡¡que tu hermano vive!!!, y vive en México..., si yo sabía, Virgen Santa del Cielo, contesta el teléfono, es Marianita, la hija de Lucero...

—¿Luchaa?, hola, tocayita, ánimas del cielo, creí que nunca sabría de ustedes, oye, ¿por qué dice mi mamá que vive Patxi?

—Pues, ¿por qué va a ser?, porque es cierto, mira, estuvo aquí sentado en mismo sillón que estoy yo hablándote.

—¿Y cómo está?, ¿es un anciano?, ¿está sano?, ¡ay mi reina, está majísimo con sus canas y su vocesota!

—Pero, Lucero, ¿en dónde vive?, ¿tienes su teléfono?, mira aquí tengo su tarjeta, dice León, Gto. Sé que es en México porque me lo dijo, que aquí no dice..., mira, su teléfono es el 7 2205 y me dijo que había que marcar antes cuatro siete uno.

—Marianita, dame tu teléfono..., ¿te importa si te hablo luego?

Colgando marcó a León y nadie contestó. Después de varios intentos habló a España para checar el teléfono, Mariana se lo confirmó, estaba bien.

—Calma madre, hemos esperado tantos años, que no esperemos a que regrese a su casa.

—Pues no, yo no aguanto, háblale a Marianita para que te dé su dirección, seguro la tiene, y por supuesto nos arrancamos a verlo, faltaba más. Mientras consigues la dirección yo me voy a dar una arregladita. ¡Patxi, mi hijo, Patxi!

Todavía se estaba arreglando doña Carolina cuando se oyó el timbre. Dos timbrazos cortos, un tiempo y luego otros dos timbrazos. Lucha se quedó boquiabierta, recordaba perfectamente que así tocaba su hermano.

—¡Es Patxi!, ¡Dios mío, no puede ser! —bajó las escaleras apuradamente y abrió la puerta, al verlo se quedó paralizada, la garganta se le cerró y las piernas se le entumieron, tantos años, solo con la lejana esperanza de que viviera, verlo nuevamente, solo le alcanzaron las fuerzas para levantar los dos brazos. Patxi subió los dos escalones para abrazarla, los dos hermanos se estrecharon sin poder hablar. Lucha soltó en llanto.

—Pero Patxi, ¿cómo nos encontraste?, justo íbamos a León, nos acaban de dar tu dirección hace una hora.

—Pero, mírate, estás igual a la tía Carmen.

—Y tú a papá. Se miraron unos segundos a los ojos, tomados de las manos.

Patxi presentó a doña Mati y a Jaime: —Pasen, hay que ver cómo se lo decimos a mamá, no se vaya a enfermar —volteó al no obtener respuesta. Esta vez era Patxi el que estaba mudo, de sus ojos, ya humedecidos brotaron gruesas lágrimas.

—Pero, Dios mío, ¿creías que ella ya había...? Claro, qué tonta soy. Pasen, pasen, siéntense. Voy a ver a mi mamá, no sea que se venga rodando por las escaleras. A la mitad de las escaleras volteó: —¡Claro que eras tú!, ¿no viniste a jugar golf a Villas hace como un año?

—Sí, por supuesto, y luego ¿por qué no me buscaste?

—Es una larga historia, dijo Lucha.

—A mí me pareció verte entrando a una fiesta en la Posada de Belén.

—¡Claro, yo también te vi Patxi!, pero me pareció una alucinación. Creo que mejor subes, deja preparar el escenario —le dijo cerrándole un ojo, con la misma coquetería de su niñez.

Doña Carolina terminaba con dificultades, de ponerse su vestido, después de peinarse. Piedad la ayudó a ponerse los zapatos.

—¿Ya nos vamos?, traite la caminadera, oí voces, ¿quién llegó?

—Patxi —le dijo tranquilamente Lucha.

—¿Cómo Patxi?

—Así es, está allá abajo.

—¿Mi Patxi, m...? —no pudo agregar más, con la cabeza asintió Lucha, también presa de la emoción. Se le quedó viendo a la imagen del Perpetuo Socorro que tenía arriba de su cabecera. Trató de aclararse la garganta, inútilmente, con la mano le hizo señas para que lo pasara. Lucha salió del cuarto y se asomó por las escaleras, al pie estaba Patxi esperando la señal para subir de dos en dos los escalones, voló por la escalera. Asomó Patxi por la puerta abierta, alcanzó a ver los zapatos negros con discretas medias color carne. El estómago otra vez lo traicionaba, apenas podía mover los pies, su pelo, naturalmente peinado se veía ahora fuera de lugar por la emoción. Sintiendo los labios secos avanzó los dos pasos que le permitieron ver a su madre sentada en el sillón con sus grandes ojos nublados viéndole como quien ve a un santo.

Dio cuatro pasos para llegar a su sillón y cayó de hinojos para besarle sus manos, pasándolas por sus mejillas, y besándolas nuevamente, recargando su cabeza en el regazo de doña Carolina, que respiraba profundo entre sollozo y sollozo. Doña Carolina pasaba los dedos de su mano por entre los perlados cabellos de su hijo. Lucha observaba la escena bañada también en lágrimas, después de un rato pidió a Piedad galletas y té.

Estuvieron platicando mientras llegaban Pedro, Aurelio, Martha y Margarita de la escuela. Fueron presentando a su tío, hablaron con Pepe, tenía un problema que le impedía ir de inmediato con ellos.

Comieron todos juntos, tratando de atar todos los cabos, Bassols salía a relucir cada dos minutos. Jaime llevó a doña Mati a pasear en el coche mientras Don Paco estaba con su familia.

—Yo sé de alguien que puede ser —dijo doña Carolina, ese señor para el que está trabajando Pepe, tiene el aire de Bassols, lo puedo oler. Y apostaría a que tiene el cuadro de Carolina con el perro y su cascabel, de seguro lo tiene colgado en su despacho.

Vamos a hablarle a Pepe y verán.

—¡Ay, Lucha qué lástima que ya se murió tu marido!, que si no, ¡mira que tantos años de creernos locas!, ¡ya ves, a ti hasta al doctor te mandó!

Después de varios minutos lograron localizarlo: —te paso a tu abuela, que quiere hablar contigo.

—Pepino, oye, hijo, ¿te acuerdas de lo que me dijiste del cuadro del perro con un cascabel?

Pepe trastabilló:

—Sí abuela, sí me acuerdo.

—Bueno, pues ahora sí dime dónde lo viste, y déjate de cosas.

No se escuchó nada por el auricular por unos segundos.

—Está en casa de don Abraham, el señor que nos prestó el dinero cuando la muerte de mi papá. Pero no te dije nada porque ahí no había ninguna mujer, como tú decías. Mira, si lo quieren ver va a estar un poco difícil, porque acaba de tener un paro cardíaco y no dejan que nadie lo vea, dicen que no sale de esta, también por eso no he salido para allá.

—Mira, hijo, eso de que se esté muriendo, lo dudo. ¿Tienes la dirección del hospital en donde está?

—Es muy fácil, es el Humana, mi mamá sabe dónde es.

Patxi al oír la conversación dedujo todo de inmediato.

—Mira, estamos a un paso, llevo a Mati a León y mañana me arranco con Jaime a ver al enfermo —dijo haciendo con los dedos las comillas.

La sala de Gayosso estaba dispuesta para recibir a los deudos, debía ser un personaje importante, tenían asignados dos salones grandes, una recepcionista se encargaba de recibir apuntando los nombres en un libro de visitas. Don Abraham, en el féretro, miraba al techo absorto en sus pensamientos, Malena observaba mientras Mondragón aplicaba la inyección de Rohynol, pasaron trece minutos, Bassols, sin decir palabra cerró los ojos quedando bajo los efectos de la anestesia. El enfermero, vestido de negro, pasando como uno de los deudos cambió el cuerpo a la sala donde estaba el tablero de fieltro negro con letras blancas de plástico: Abraham..., Malena le entregó un sobre y se devolvió al cuerpo ya inerte de su abuelo, le tomó la mano izquierda a forma de despedida. Después de unos momentos abrió las puertas y quitó el cordón negro que limitaba el paso de los visitantes. Ya estaban ahí los primeros, con la etiqueta requerida. La etiqueta en ese funeral, como en muchas otras cosas consistía en ser parte adecuada del paisaje. No hizo falta mucho maquillaje para darle la apariencia de muerto a don Abraham. Contaban con seis horas de anestesia.

La pesadez llegó pausadamente, don Abraham, con dejadez dejó que llegara la inconciencia.

Era medio día cuando llegó Pepe con Don Paco, acompañados por Bustamante, comandante de la Policía Judicial Federal y por Andrés, un amigo de Pepe, vistiendo un blazer negro, corbata del mismo color con motivos negros, pantalón gris y mocasines impecablemente boleados. Malena ya no estaba.

La expresión de las personas reunidas no era distinta de la que tendrían en una fiesta de bodas, pequeños grupos platicaban animosamente, aunque con volumen discreto. Las únicas diferencias eran que las bebidas no tenían alcohol, y que el festejado estaba más inmóvil de lo normal, fuera de eso, era una reunión agradable en un salón desproporcionadamente caro.

Al poco rato llegó Jaime con "el chirris", su ayudante; saludó afectuosamente a Don Paco. Jaime no estaba enterado del todo de la relación que tenía Don Paco con don Abraham. Había aprendido a ser respetuoso con la intimidad de Don Paco.

Después de un rato Jaime se acercó a ver al difunto, alcanzó a ver una parte de la carátula de su reloj, haciendo involuntariamente un gesto de extrañeza.

Patxi estaba nervioso, notaba el ambiente teatral, no dejaba de ser mucha coincidencia que el licenciado Bassols, ahora don Abraham, se muriera justo un día después de que se descubriera lo que había hecho casi cuarenta años antes. Se acercó de nuevo al féretro, se le quedó mirando fijamente, era él, el padre de su amigo Fernando, el suegro de su hermana, el mismo que lo separó media vida de su madre, "todavía me tiene que responder muchas cosas, ni crea que me la vuelve a hacer", le dijo en voz baja.

Pepe y Jaime empezaron a platicar de Malena, con los últimos sucesos había surgido entre ellos un especial lazo de confianza y camaradería, Don Paco prestó a su conversación especial interés. Después de unos minutos se apartó Patxi para ver nuevamente el cuerpo, al llegar al féretro se asomó por en medio del herraje cromado del carrito que sostenía el féretro, confirmó lo que esperaba, tenía varios orificios de buen tamaño, suficiente para dejar pasar una buena cantidad de aire. Ahora estaba totalmente seguro, no le harían de nuevo la misma jugada.

Mandó llamar al Dr. García Velasco, cardiólogo amigo suyo, estaba en el hospital Dalinde no muy lejos de la funeraria. Tardaría un tiempo en llegar, tal vez una hora.

Pepe le dijo a Jaime: —Yo también me di cuenta, qué raro, ¿verdad?

Jaime lo volteó a ver para adivinar en sus ojos si hablaban de lo mismo. La situación parecía repetirse una vez más, solo que esta vez él estaba presente un día antes de la "desaparición" del licenciado Bassols.

Malena llegó al estacionamiento de Gayosso, no se sorprendió de ver la camioneta de Jaime, pero cuando vio un Dodge Dart con placas de Guanajuato y con una calcomanía de KW pegada en el vidrio lateral apresuró el paso. Subió las escaleras hasta el punto donde podía ver a los que estaban en el pasillo. Pudo distinguir a Pepe platicando con Jaime, junto a ellos estaba un señor como de sesenta años, que seguramente era Patxi, de quien le había contado su abuelo. Se regresó rápidamente para apresurar el traslado al Jardín de los Recuerdos.

En el camino se encontró con Miguel, iba con su mamá, una elegante señora de elevada estatura, que no alcanzaba a esconder lo que en su juventud fue una indiscutible belleza. Se saludaron seca y rápidamente. Iba acompañada por un señor de mediana edad con movimientos corporales propios de un abogado, "la sorpresa que te vas a llevar m´hijita", habló sola mientras subía las escaleras, "ni un clavo te vas a llevar, tus favores ya fueron pagados, mi reina", siguió, "estuviste cerca, pero hay un cambio de última hora, Ville de France, Niza, Montecarlo, ja, ja, ja..., Narvarte, hija de la fregada, y eso si bien te va".

A Patxi le palpitaba aceleradamente el corazón, sentía que estaba a punto de pasar algo, los escalofríos recorrían su cuerpo, su cardiólogo no llegaba.

Pepe se fijó en el reloj de Don Paco, un Omega plano de acero. En eso se acordó de lo que había notado de raro y lo comentó con Jaime.

—Qué raro que le dejen a un muerto el reloj, sobre todo un reloj de oro, ¿verdad?

—No se me hace tan raro —dijo, como dejando, caer la palabras Don Paco—. Sobre todo cuando lo piensas seguir usando.

Pepe hizo un gesto de incomprensión, pero no hizo más comentarios.

Llegaron los del servicio de traslado de Jardines del Recuerdo, mucho antes de lo programado. Los papeles no estaban listos todavía, esperaron junto a los baños. Apareció Malena, impecablemente vestida de negro y con paso apresurado, pasó junto a Pepe y Jaime sin saludar.

Patxi se empezaba a impacientar, llamó de vuelta al doctor, ya había salido, pero no aparecía. Patxi no perdió la calma.

—Váyase a la puerta, yo no me le despego al "difunto", si ve salir una carroza y yo no estoy, no se le despegue, seguro la van a cambiar por otra, o algo raro va a pasar, pase lo que pase no la pierda de vista, cuidado en los pasos a desnivel.

Los tres se quedaron observando el féretro y a los empleados que esperaban por los papeles.

—Estos güeyes se van a volar el Rolex —dijo Pepe. —No se pierde mucho, es "chafa".

—¿Cómo crees?

—En serio, me fijé en el segundero, da brinquitos cada segundo, el original no da brinquitos. Seguro, ¿eh?

Patxi prestó inusitada atención al comentario de Jaime. Se mostraba muy nervioso.

—¿Cómo que no es original?

—No, es bien chafa, en Tepito se consigue en cien pesos.

Pasaron los empleados de la funeraria por el féretro, los visitantes se mostraban extrañados, haciéndose a un lado para dejarlos pasar.

—¡Holaaa! —era Miguel, con su peculiar alegría superficial.

—Les presento a mi mamá.

—Mucho gusto, señora —dijeron casi al mismo tiempo Jaime y Pepe mientras extendían la mano. Patxi estaba totalmente absorto observando a Miguel, Jaime le tuvo que decir: "Don Paco", entonces reaccionó saludando a los dos, no sin dejar de notar el fino Cartier que portaba la señora. Una vez que se retiraron preguntó ansiosamente Patxi:

—¿Quién es este?

—Un compañero de la casa de bolsa.

—¿De la misma donde tú estás trabajando?

—Sí, ¿por qué?

—Haz de cuenta que estoy viendo de vuelta a Bassols, solo que con pelo.

Pepe tardó en relacionar a Bassols con el sujeto que los había embaucado en España. Patxi volteó a ver nuevamente a Miguel, y luego a su mamá. Resonaron en su mente las palabras de Jaime "no se pierde mucho, es bien chafa". En eso pasó rápidamente Malena con los documentos, igual sin saludar. Patxi preguntó "¿Malena, verdad?", con la mirada le respondieron los dos afirmativamente, como para no perturbar sus lucubraciones.

—Voy al baño.

Al poco tiempo salió corriendo, volteando hacia la sala, ya se habían llevado el cuerpo, hizo un gesto a Jaime para que lo siguiera mientras se dirigía rápidamente a las escaleras.

—Esta hija de la fregada... —Jaime y Pepe corrieron tras él, el amigo de Pepe se quedó en la estancia con el chirris. La carroza ya había salido, como caso único, sin cortejo. El Super Bee del comandante Bustamante no estaba, seguramente iba tras la carroza.

—Jaime, ¿en qué te viniste?

—En la Harley —dijo en tono bajo, sabía que a Don Paco no le gustaba que se llevara la Harley a México. El doctor García Velasco iba entrando al estacionamiento.

—Jaime, traite la moto rápido. Doctor, pérate. Pepe, estaciona el coche del doctor.

—Comper, m´hijo —le dijo a Jaime bajándolo de la Harley—, súbete, doctor.

—Don Paco, ¿sabe manejar motocicleta?

—Claro, ¿por qué crees que estoy cojo? —dijo sonriendo. García Velasco, con toda su buena voluntad e ignorancia de las circunstancias subió animosamente en la Harley, se le veía en la cara que no le disgustaba la aventura. Patxi arrancó la moto dando al mismo tiempo vuelta, inclinándola fuertemente al dar vuelta en Félix Cuevas, Jaime dijo a Pepe: "míralo, qué calladito se lo tenía".

Siguió hasta periférico, era viernes, el tráfico estaba pesado, la motocicleta les ayudaba a avanzar entre los carros detenidos. Avanzaban, pero no encontraban la carroza, fue hasta Reforma cuando vio momentáneamente la carroza; avanzó, rozando con los puños los espejos de los coches. Llegando a la curva de Palmas volvió a ver la guayín negra, avanzaba lentamente con el tráfico. Patxi se acordó del Super Bee de Bustamante al mismo tiempo que vio en la cuchilla de una de las calles de Polanco la guayín estacionada, Bustamante estaba atrás, adentro del Super Bee, cerrándole el paso a la carroza se bajó buscando al chofer, Bustamante se bajó para auxiliarle, no había nadie en el asiento del conductor, voltearon a la parte trasera y ahí estaba el chofer, sacando su cartera, el comandante le enseñó su charola. Patxi, al asomarse por la ventanilla, alcanzó a notar que el chofer llevaba calcetines blancos, propios más de un enfermero que de un chofer vestido de negro. Esperó a que se bajara y luego lo tomó violentamente por el cuello, viendo de reojo a Bustamante que se aprestaba a ayudar. El pobre tipo, asustado, no opuso ninguna resistencia.

—¿Quién te contrató?

—¿Quién te contrató, hijo de la fregada? —le dijo nuevamente mientras lo levantaba contra el coche.

—Nadie..., ahí de Gayosso... —dijo, inseguro. En ese momento Patxi sintió que podía perder todo lo ganado. Se le ocurrió:

—¿Quién te dio la inyección allá en Gayosso? —el chofer cambió la expresión, y perdió totalmente el control.

—Un viejo al que le dicen Bruno.

—¿Cuándo lo inyectaste estaba despierto, verdad?

—Sí, pero yo no hice nada, no he matado a nadie.

—Todavía —le dijo Patxi—, ¿qué hacías allá atrás?

—Nada, nada..., estaba revisando.

El doctor García Velasco abrió la puerta trasera y encontró un frasquito, con la etiqueta medio arrancada.

—Pregúntale por la segunda inyección, la que le acaba de poner ahorita —dijo el doctor García Velasco.

—Ya oíste, pendejo...

—Esa me la cambió la "Buena".

—¿Quién es "la Buena"?

—Una vieja jovencita, vestida de negro, que está muy buena.

—Malena —pensó Patxi. En ese segundo encajaron todas las piezas.

—¿Qué le inyectaste?

—No sé, nada más me dio el pomito para que se lo pusiera cuando llegara aquí.

—¿Y por dónde se la pusiste?

—La caja tiene un cajón por donde se le puede sacar el brazo. Ese me lo enseñó "la Buena" ya hasta el último —dijo, ya cooperando totalmente, el chofer/enfermero.

El doctor observó nuevamente el pomito con la etiqueta blanca apenas legible, Valium;

—Me dijo la chava que era para mantenerlo dormido.

—¿Qué fue lo que le inyectaste allá en Gayosso?

—Rinol, o algo así.

—Rohynol —corrigió García Velasco—. ¿Hace cuánto le pusiste el Valium?

—Ahorita...

—Vámonos de volada al hospital militar, manéjale Paco, yo me voy atrás —abrió hasta donde le fue posible la tapa del ataúd.

—No se puede morir así, tengo algo que preguntarle.

Todavía no cae en paro respiratorio, pero no tarda nada —se quitó un zapato para detener la tapa y poder meter la mano hasta el cuello de don Abraham. Bustamante se quedó con el chofer de la carroza y Patxi tomó el volante de la carroza, en la glorieta se detuvieron por el tráfico.

—Oye, doctor, ¿por qué es tan grave la inyección de Valium?

—Está contraindicada para el Rohynol, a este güey se lo querían echar, y se lo van a echar si no llegamos rápido al hospital.

Tardaron dos minutos más para dar una vuelta en "U" y llegaron a emergencias del Hospital Militar, en la puerta los detuvieron, no era normal ver a un muerto entrar a urgencias, "está resucitando...", le dijo al cabo. El guardia los dejó pasar al ver la caja a medio abrir, detenida con un zapato, indicándoles con formalidad la rampa de entrada.

Don Abraham recobró la conciencia súbitamente, pero no se podía mover, ni siquiera abrir los ojos. Se le apareció la imagen de su madre en San Just, de su padre, platicando con él en su despacho, su primera comunión, los paseos en el "Hispano-Suizo", sus hermanos, cuando conoció a su esposa, su hijo, su despacho. Todo transcurría como una película, rápida, pero al mismo tiempo completa. La boda de su hijo, su nuera, su adorada nuera, su regreso a San Just, la velada con el piano, sus noches de amor, el nacimiento de Almudena, todas las imágenes transcurrían sin dolor ni emoción, simplemente pasaban por su mente, quería despertarse pero no podía.

Siguieron las imágenes, ya como alucinaciones, aparecía falsificando las actas de defunción, viendo la cara de dolor de doña Carolina, de la pequeña Lucha. La despedida de Patxi para Estados Unidos.

Veía al militar persiguiéndolo por haberse robado el oro que los republicanos llevaban a Rusia.

Todos de repente se juntaban caminando lentamente, volviéndose a él con la mirada de reproche por todo el daño que les había causado. Cuando iban caminando hacía él, se interpuso su pequeña Almudena, por la que había hecho todo. Se le quedaba viendo seria y luego, con una sonrisa lo miraba directamente a los ojos, como comprendiéndolo todo, veía luego a Pepe, y como había tratado de reparar algo del mal que había hecho. Llegaba por fin a Malena, su nieta adorada, la que se parecía tanto a él.

Recorrió su depresión, la pobreza, las vecindades en donde vivió en la colonia Doctores, cuando Malena recuperó la casa donde habían vivido y fraudes que juntos habían planeado hasta llegar a recuperar todo el dinero. Maclovio, su otro nieto, nada comparado con su hermana mayor.

Luego venía Lourdes, su amante, que lo olvidó por completo cuando perdió el dinero, apareciéndose de nuevo con su hijo Miguel.

Recordó por último todo el plan para hacer su nueva vida en la Riviera Francesa, con otro nombre y otra esposa. Malena lo había planeado todo tan bien.

Recordó todo hasta que le pusieron la inyección del narcótico en Gayosso, seguía sin poder moverse. Estaba sorprendido de lo lúcido que estaba, podía pensar perfectamente, y al mismo tiempo ver toda su vida si el quería, como una extraña proyección en donde se podía meter cuando quisiera. Estaba pensando en regresar al tiempo en que vivía con Carolina y su hija cuando cayó en cuenta que había algo raro, eso les pasaba a los que se estaban muriendo, y él no se estaba muriendo, por lo menos eso pensaba él. Seguía con los ojos cerrados y sin poderse mover, pero en un momento notó que podía ver, se podía ver a sí mismo, se alejó, pues estaba muy oscuro, desde arriba podía ver cómo lo llevaban de prisa por un corredor verde. No sentía ningún dolor, ni angustia. Sintió ganas de salir cuando llegaron a un cuarto con una cortinilla blanca de un lado y una ventana con respiración por la parte de arriba.

En ese momento pensó en salir por la ventana, sabía que ya no regresaría. Sintió que ya no tenía nada a que quedarse. Lourdes no era suficiente premio para aguantar su vida, si fuera Carolina regresaría de inmediato, pensó con entera lucidez. En eso estaba cuando se veía a sí mismo, a un doctor y a Patxi, de quién no había sabido nada desde que lo dejó en el muelle. Se alegraba de que estuviera bien, se alegró también de que Lucha y hasta su mamá doña Carolina estuvieran bien. En cierta forma, ahora podía descansar, vio que el mal que había hecho no había tenido tantas consecuencias malas. Se disponía a irse por la ventana cuando, como un campanazo, lo metieron de nuevo en su cuerpo. Sintió de nuevo esa sensación de sus órganos, de sus dolores, sintió nuevamente su artritis. Fue mayor su desasosiego cuando pudo abrir los ojos y darse cuenta de que lo habían regresado de nuevo a su cuerpo, tenía la boca y la nariz oprimida por una mascarilla, con los ojos trataba de expresar que no quería que lo regresaran, que no quería que lo salvaran, ya había acabado en el mundo, miró de nuevo con recelo al que lo veía a los ojos, pidiéndole con la mirada que lo dejara. Fue en vano, no entendieron. Cayó en un sueño como tantos otros, un sueño de mortales, sobresaltado por los remordimientos y por lo que pudo haber sido y no fue.

Cuando llegaron a la rampa ya había empezado el shock respiratorio, bajaron rápidamente la caja al piso, de donde lo pasaron a una camilla. Recorrieron un largo pasillo para llegar a un cuarto donde estaba el equipo de respiración artificial.

—Siemens, como hay aparatos para cada cosa —pensó Patxi, no pudo evitar pensar— ¿les convendrá hacer aparatos de estos?, ¿cuántos se venderán?, ¿cuántos fabricantes habrá de respiración artificial?

En eso estaba cuando veía la manguera saliendo del conducto pintado de color verde, súbitamente tosió don Abraham, separando momentáneamente la mascarilla. Abrió desmesuradamente los ojos, con expresión de fastidio y enojo, volvió a una somnolencia agitada por la insuficiencia de aire en sus pulmones. Pasaron veinte minutos, ya le habían puesto el electro, García Velasco le dirigió una mirada a Patxi indicándole que todo estaba controlado.

Bustamante llegó minutos después.

Se dio aviso al ministerio público, se giraron las órdenes de aprehensión necesarias.

Malena nunca pisó la cárcel, se presentó amparada una semana después. El juez de primera instancia declaró su libertad incondicional por falta de pruebas.

Don Abraham le dijo a Patxi todo lo que había pasado en España.

Patxi todavía tenía esperanzas de que viviera su hermana Carolina. Don Abraham se las quitó dándole elementos para que lo comprobara.

Y murió dejando a Malena y a Pepe sus acciones de la compañía de transportes.

Miguel y su mamá fueron acusados de complicidad por alterar documentos oficiales, pagaron una fianza, y se cambiaron a vivir a la colonia Del Valle. No se dieron por vencidos con lo poco que les había tocado en herencia, demandaron la nulidad del testamento, fue un juicio tormentoso y largo.

Los demás siguieron su vida.

Tiempo después, ya en León, después de la merienda, Jaime dice:

—Una pregunta, Don Paco, después de tanta cosa, ¿para qué quería salvar a don Abraham?

—Mira, me interesaba saber de Carolina, aunque tenía muy pocas esperanzas —dijo, mirando a la esquina superior de su comedor, cerrando un poco el ojo izquierdo habló con voz condescendiente :

—De cualquier forma, hay cosas que se hacen porque se deben hacer, y punto —hizo un silencio, — Las cosas pasan, las cosas pasan.

FIN

< anterior principal ^